

CAP. V

VIDA Y MISIÓN MARIANISTA EN LA ERA DE LA GRAN BURGUESÍA (1845-1870)

La Compañía de María, al igual que todas las nuevas asociaciones de vida religiosa surgidas en el conjunto del movimiento congregacional, nació con muy poca precisión en su organización institucional; pues Chaminade y sus primeros discípulos tuvieron que administrar una Congregación muy reducida en personas y obras. Por ello, los órganos de gobiernos fueron muy elementales y, más bien, centralizados en las iniciativas personales de Chaminade, de sus secretarios –Monier y Roussel- y de religiosos emprendedores –discípulos de la primera hora- como Lalanne, Brougnon-Perrière, Clouzet... Además, dado que el Consejo General estaba disperso, la influencia de sus decisiones sobre las obras era muy reducida por lo que la autonomía y la diversidad de procedimientos de los directores de los establecimientos era muy grande. Circunstancia que estuvo en la base del conflicto administrativo de Chaminade con sus Consejeros y de las lamentaciones de irregularidad y de relajación que se repiten en las circulares del fundador y su sucesor, el padre Caillet. Además de estos problemas prácticos, los había de naturaleza carismática, pues se tenía que orientar a los nuevos religiosos en un género de vida consagrada muy distinto en sus formas externas a las antiguas Órdenes monásticas. La Compañía era una de las Congregaciones surgida entre las nuevas formas de vida religiosa del siglo XIX, caracterizadas por la profesión de votos simples, una sólida centralización en la persona de un superior general y la concreción de la tarea evangelizadora en obras de utilidad social. En su origen las nuevas congregaciones se caracterizaron por poseer una fisonomía bastante laical y una mínima estructura de vida y organización interior; características que si bien fueron muy válidas para la misión, producían bastante confusión en la administración interna y en la identidad de los nuevos religiosos. Así, la Compañía de María estaba integrada por tres clases de religiosos, bastante permeables entre si: los docentes -a su vez estratificados en maestros, bachilleres y licenciados- los sacerdotes -con tareas clericales y escolares- y los obreros -muy diversificados en sus funciones domésticas, agrícolas y algunas docentes-. A la pluralidad de personas le correspondía la diversidad de tareas. Esto explica que no estuvieran clarificados la organización de los noviciados, de las provincias, de las personas de gobierno y sus consejos. En estas condiciones, ¿cómo dar unidad a este cuerpo social en aspectos tan dispares como la formación inicial, el vestido, el régimen alimenticio, los horarios, formas de piedad...? Finalmente, y unido a estas necesidades administrativas y de gobierno, faltaba por conseguir la aprobación canónica de las Constituciones y de la Compañía de María por la Santa Sede.

A todas estas tareas se aplicó el padre Caillet durante su largo generalato, de 1848 y 1868, amparado en el marco del acelerado desarrollo económico y social de Francia y del trato de favor a las instituciones religiosas, gracias a la libertad de segunda enseñanza por la Ley Falloux de 1850; Ley que permitió a la Compañía abrir obras en este nivel docente –sobre todo, el emblemático Colegio Stanislas de París- y trasladar a la capital del país la sede de la Administración General en 1861. Luego vino el Decreto de 31 de enero de 1852, una de las primeras medidas legales del nuevo régimen imperial que, al reconocer la utilidad social de las Congregaciones, favoreció el aumento de las vocaciones entre 1855 y 1859, de tal manera que en 1861 la vida religiosa femenina en Francia superaran los 100.000 efectivos. En esta situación de favor legal y de bonanza económica de la sociedad francesa, el padre Caillet pudo aplicarse a la mejora institucional de la Compañía. En el primer período del generalato (1848-1858) la organización administrativa de la Compañía se pudo hacer con relativa calma, sin más contratiempo que la guerra de la Sonderbund (1847) en Suiza, que retrasó la implantación de la Compañía en este país; pero se pudo fundar en Estados Unidos (1849), con una inmejorable perspectiva de crecimiento en

aquella sociedad tan emprendedora, erigir tres nuevas Provincias en Francia (1849) y recibir la dirección de dos centros educativos fuera del país, uno en Maguncia, Alemania, (1851) y otro en Graz, Austria, (1857). Finalmente, se pudo culminar en el Capítulo General de 1858 la reglamentación de todos los pormenores prácticos de la vida de los religiosos marianistas y la organización de los órganos de gobierno de las Provincias. Así, se configuró una Compañía de María centralizada en sus órganos de gobierno y uniformada en la vida de los religiosos, en perfecta adecuación al principio del orden burgués, en cuyo ámbito cultural se desenvolvía el apostolado escolar marianista.

Mayores dificultades tendrá la decisión del Capítulo General de 1864 de incorporar en las Constituciones las nuevas situaciones de las Provincias y de las casas, con sus respectivos órganos de gobierno; así como los usos y costumbres de los religiosos minuciosamente regulados; y someter la organización carismática-institucional marianista a la ley común de la Iglesia para conseguir de la Santa Sede la aprobación de las Constituciones y de la Compañía de María. La revisión de las Constituciones provocó un conflicto carismático de tal envergadura que estuvo a punto de hacer desaparecer el principio de la composición mixta y dividir la Compañía en dos Congregaciones, una de sacerdotes y otra de hermanos. En este proceso, que necesitó cuatro Capítulos Generales hasta terminar en el Capítulo 1868, sólo se consiguió la aprobación canónica de la Compañía por el Breve de Pío IX de 11 de agosto de 1865.

1. DESARROLLO INDUSTRIAL Y EDUCACIÓN EN LA FRANCIA DEL II IMPERIO (1848-1870)

a) La era de la gran burguesía

La revolución de 1848 se desencadenó contra la política conservadora de la gran burguesía enriquecida durante la Monarquía de Julio. Demócratas y liberales se alzaron contra la Monarquía censataria y, unidos a los obreros de París, habían implantaron en Francia una República con la doble intención de aumentar la participación política y de redimir a los trabajadores de sus condiciones de vida miserables. Las jornadas de febrero de 1848 tuvieron el carácter de una insurrección popular contra la burguesía enriquecida, apoyada en la nueva moralidad del hedonismo y del dinero. Consecuentemente, las masas obreras habían comprendido que la miseria que padecían era obra de una ley histórica y no voluntad de Dios. En París se había acumulado una inmensidad de obreros fabriles que vivían en el paro y la miseria, pues “las máquinas no habían disminuido los sufrimientos y miserias de las clases trabajadoras”.¹ El trabajo industrial había sometido a los obreros, incluidos niños y mujeres, a extenuantes jornadas de trabajo de catorce horas y a un trato inhumano. Igual de miserables eran las condiciones de vida fuera de la fábrica: familias hacinadas en camaranchones, desnutridos, las ropas andrajosas, sin ocio, ni educación, ni seguros de accidente, de enfermedad o de paro; mortalidad infantil, alcoholismo, prostitución (sólo en París, un tercio de los niños eran ilegítimos). De esta situación degradada daba cuenta en 1840 el católico Villermé, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en su obra titulada *Estado físico y moral del obrero*.

La decepción sufrida ante las esperanzas puestas en la revolución de 1830 hizo que los obreros evolucionaran hacia el socialismo romántico, que fue abriendo el camino a las ideas democrático-republicanas. Así, el 25 de febrero de 1848 los franceses se dieron de nuevo una República, deseosos de implantar el sufragio universal y de redimir a los proletarios de sus miserables condiciones de vida. Se formó un Gobierno provisional constituido por republicanos radicales, filántropos (Arago y Carnot) y socialistas (Luis Blanc), seguidores de las doctrinas de Saint-Simon y Fourier, que impusieron algunas medidas humanitarias en la legislación laboral y

¹ José Pijoan, *Historia del mundo* (Barcelona, 1965) 93 y sigs.

crearon los talleres nacionales, una suerte de obras públicas para dar trabajo y comida en París a unos 120.000 parados. Pero los hombres del Gobierno provisional eran retóricos y oradores sin experiencia política, que no supieron disminuir la inmensa masa de obreros parados y hambrientos. Así, el mismo Gobierno tuvo que suprimir los talleres nacionales porque no producían nada y se habían convertido en focos de agitación y propaganda socialista y bonapartista.

A diferencia de 1830, el clero salió incólume de las jornadas de 1848; si bien, en un principio, los católicos franceses temieron que la abolición de la Monarquía trajera los tiempos del terror revolucionario, pues aunque los hombres del Gobierno provisional no eran en conjunto ni ateos ni anticlericales, sin embargo, se hablaba de una posible supresión del Concordato y el ministro de Instrucción Pública tenía en proyecto la publicación de un manual laico de instrucción cívica. Pronto pudieron observar que el nuevo gobierno no mostraba la menor hostilidad religiosa, sino que era respetuoso con la Iglesia². A esta actitud de respeto había ayudado el alejamiento del clero de toda actividad política durante la Monarquía de Julio; pero, sobre todo, se debió a una recuperación de la religión a partir de 1835, gracias a libertad de primera enseñanza de la Ley Guizot, de 1833, que permitió a las Congregaciones acaparar la dirección de las escuelas municipales. Con el mismo fin habían trabajado los amigos de Lamennais, que, asociando Dios y libertad, habían mostrado una Iglesia aliada de todos los que luchaban por la libertad. Su propuesta de una Iglesia libre en una sociedad libre había puesto punto final a la Iglesia galicana, hipotecada con el poder. Además, la experiencia favorable de la actuación política de los católicos en los regímenes liberales de las repúblicas americanas demostraba que los católicos y la Iglesia no era reacios al sistema constitucional-parlamentario. La imagen proliberal de Pío IX en los primeros días de su pontificado avalaba esta apreciación. Finalmente, la imposición del sufragio universal, en un país donde el campesinado todavía continuaba bajo la influencia del clero, aseguró a la Iglesia una mayor presencia del partido católico en el Parlamento, mucho más numerosa y eficaz que en el sistema anterior en el que el campesinado no tenía derecho al voto. Así, la II República haría un compromiso con la Iglesia por la extensión de la libertad de enseñanza a todos los niveles docentes. Por la Ley Falloux, la enseñanza secundaria fue liberalizada. Pero la burguesía liberal no admitiría la pérdida para el Estado del monopolio de la *Université*.

Aunque en los primeros días de la República, clérigos jóvenes y seglares avanzados en sus ideas sociales, como Ozanam y Lacordaire, capitaneados por el arzobispo de París, monseñor Affre, apoyaron el ideal republicano con su legislación a favor del proletariado, a la gran mayoría de los católicos les preocupaba el mantenimiento del orden y la propiedad. Las revueltas obreras del mes de junio y su violenta represión provocaron entre los católicos el pánico ante el desorden, la revolución y el proletariado; y es así como se creó la convicción en el mundo católico y burgués de que la religión y la moral estaban amenazadas juntamente con el orden social tradicional. Convicción confirmada, todavía más, por el curso de los acontecimientos cuando el 24 de noviembre de 1848 el papa Pío IX tuvo que huir para refugiarse en el reino de Nápoles, acosado por los radicales que implantaron la República romana. Así se pasó, en el pensamiento católico, del amor a la libertad, al temor a las instituciones libres. A partir de este momento va tomando forma la alianza entre la religión y la gran burguesía en defensa del orden burgués contra el socialismo y las tendencias radicales y antirreligiosas. En tal modo que, en las elecciones a la Asamblea constituyente, el electorado se inclinó por los partidos del orden, representados por los monárquicos de Thiers y Molé y los católicos de Montalembert y Falloux. De esta forma, la República radical y socialista se había transformado en un República burguesa y de derechas, en la que en las elecciones de diciembre de 1848 salió vencedor el príncipe Luis Napoleón Bonaparte (sobrino de Napoleón) sobre el candidato socialista y el representante liberal republicano.

² Aubert, "Repercusión de los sucesos de 1848 en Francia", en Jedin, *Manual de historia de la Iglesia* (Barcelona 1978) VII, 640 y sigs.; la influencia sobre la Iglesia y las Congregaciones en C. Robles, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1839-1890* (Madrid 1989) 117-124.

Luis Napoleón Bonaparte no tenía otro programa político que su ambición personal. Había sido elegido por su parentesco con el Emperador y por su habilidad para componer un programa integrado por las propuestas de todos sus adversarios: de la burguesía tomó su preocupación por el orden; de los republicanos, el sufragio universal; y de los socialistas, el deseo de dar una solución a la condición obrera³. Durante los tres primeros años de su mandato gobernó ateniéndose a la Constitución republicana; y contando con una Asamblea legislativa dócil, se permitió dar comienzo a una legislación antiliberal. Así, el príncipe Presidente incorporó a los católicos a su gobierno, entregándoles el ministerio de Instrucción Pública, lo que permitió la liberalización de la segunda enseñanza. Se creó, ahora, la solidaridad de los católicos con el príncipe Presidente –y luego Emperador-; unión entre el sable y el hisopo que debilitó a los católicos demócratas.

Luis Napoleón ambicionaba más poder. En 1851 ya preparaba, apoyado en los partidarios de la restauración bonapartista, un golpe de Estado, sin otro móvil que su propia ambición. Con un estilo de proclamas populistas, en las que reclamaba más autoridad de la que la Constitución le otorgaba, y con el fin de defender la República y salvar el país de la anarquía, respetando la voluntad popular y secundando los designios de la Providencia, Luis Napoleón afirmaba garantizar la libertad y dar reposo y prosperidad al país. De esta forma fue atrayéndose la voluntad del pueblo y en la noche del 2 de diciembre de 1851, aniversario de la batalla de Austerlitz, dio el golpe de Estado. El pueblo no protestó y el golpe fue refrendado por el plebiscito del 21 de diciembre. Ante los católicos, Napoleón apareció como la única manera de hacer aceptable la República, pero sin los republicanos. Montalembert aconsejó votar sí para “defender nuestras iglesias, casas y mujeres contra aquellos cuyas apetencias no respetan nada” y repitió la consigna de que votar en el plebiscito contra Napoleón era “dar la razón a la revolución socialista”. En efecto, ante la crisis moral y religiosa, los obispos y el clero pensaron que no había otra política que el orden y la dictadura y fue así como monseñor Sibourg, arzobispo de París, acogió con satisfacción el golpe. Este paso significó para los católicos sociales verse reducidos a una minoría en el conjunto de fuerzas políticas del catolicismo francés.

Luis Napoleón juró, entonces, fundar su gobierno sobre “la religión, la justicia, la honradez y el amor a las clases humildes”. El bonapartismo significaba una opción por el orden y el desarrollo. El 14 de enero de 1852 Luis Napoleón fue elegido presidente de la II República y gobernó con un poder personal sin restricciones. Y aunque la nueva Constitución declaraba vigentes los principios de 1789, ahora habría una orientación menos laica de la práctica republicana. En realidad, se trató de una democracia autoritaria que usó el sufragio universal –más bien el plebiscito- para apoyo de su política personal. En definitiva, el golpe consolidó el partido del orden, se atrajo a los católicos y reafirmó los principios conservadores. Se dieron concesiones a la Iglesia, que pudo acrecentar su red escolar, favoreciendo el desarrollo de las Congregaciones. Un sistema policíaco impedía toda suerte de oposición, en modo tal que el 2 de diciembre de 1852, el Presidente se proclamó Emperador con el título de Napoleón III. De nuevo en esta ocasión, con algunas excepciones como Lacordaire, Ozanam y monseñor Dupanloup, los católicos secundaron el criterio de Veillot de que “sólo hay ya opción entre Bonaparte como emperador y la república socialista”.⁴

Elevado al máximo rango, Napoleón se rodeó de una camarilla de financieros sin escrúpulos pertenecientes a la alta burguesía, a quienes se debe la consolidación del capitalismo francés; y con él, la expansión imperialista, el librecambio, el comercio, y el firme paso hacia la industrialización. El Estado apoyó con subvenciones y créditos blandos toda empresa que pudiera producir riqueza, aunque representara un privilegio

³ Lesourd, “Francia de 1848-1870”, en J. Néré, *Historia contemporánea. El siglo XIX. Historia Universal. Labor* (Barcelona 1986) V, 113.

⁴ Sobre la alianza de los católicos con Napoleón III, J. Maurain, *La politique ecclésiastique du Seconde Empire de 1852 à 1869* (Paris 1930) y A. Plessis, *De la fête impériale au mur des fédérés. 1852-1871* (Paris 1972) 22-23, citados por C. Robles, *Las Hermanas del Ángel de la guarda, 1830-1890*, 122-123.

escandaloso, si bien, disfrazado de interés público como fue el caso de las ayudas a los ferrocarriles y la obra magna del canal de Suez. Una política de inmensas obras públicas sirvió para apaciguar a la “fiera revolucionaria” proporcionando trabajo y bienestar a las clases trabajadoras, a la vez que enriquecía a los grandes capitales. El más emblemático plan de trabajo público fue la urbanización moderna de París, por el barón Haussmann, que dio trabajo a miles de obreros. Los bancos invirtieron capitales fabulosos y todo contribuyó a hacer de la Capital el gran emblema de ciudad burguesa con los nuevos edificios de la revolución industrial: estación de ferrocarril, correos y telégrafos, bibliotecas y museos, la Universidad, la Corte de justicia, los edificios del Parlamento, la ópera, el mercado de abastos..., además de los amplios bulevares y los palacios de la burguesía (“Hôtel”). Subyugados por el mito del progreso científico-técnico, tanto los burgueses como los utópicos saint-simonianos, apoyaron la política económica de Napoleón, convencidos de que el desarrollo material arrastraría tras de sí el bienestar social y moral por fuerza de un determinismo histórico. Los hechos parecían confirmar esta afirmación: el despegue industrial y el desarrollo urbano demandaban mano de obra y alimentos, factores que produjeron un gran desarrollo de la agricultura. Se producen mejoras técnicas en los cultivos, en la roturación de los campos y en la maquinaria agrícola; se emplearon fertilizantes; se mejoró la red de canales e irrigación, así como los sistemas de drenaje para conquistar nuevas tierras. Por primera vez subió el nivel de vida de los campesinos. La mecanización y el aumento de la natalidad produjeron un excedente de mano de obra en el campo. El mundo rural era un ejército de reserva para el régimen y, así, integrar al campesino en la estructura social se convirtió en el gran reto de la II República. La escuela y la generalización de la enseñanza, fue el gran instrumento para esta integración.

La industrialización fue un motivo de demanda de escolarización. El trabajo en talleres industriales exigía una mano de obra inteligente, capaz de trabajar con máquinas cada vez más complicadas. Los patronos, familias y Ayuntamientos manifestaban un vivo interés por asegurar a la juventud una instrucción primaria y religiosa. Se necesitaba mano de obra adaptada a las nuevas condiciones técnicas, obreros disciplinados y alejados de la propaganda socialista. De hecho, la mejora de la educación se corresponde con la multiplicación de talleres en las regiones industrializadas durante el Segundo Imperio. De aquí la importancia de la gratuidad de la primera enseñanza y la facilidad para erigir centros de bachillerato. En este frente iban a estar las Congregaciones docentes.

Aunque el despegue industrial fue obra de la Monarquía orleanista, hasta 1850 Francia fue un país de base económica agraria y asentamiento rural; el crecimiento sostenido y acelerado se dio en el decenio 1850-1860. También en este campo, a Napoleón III le sonrió la fortuna, pues el segundo Imperio aconteció durante una fase de expansión económica general en los países industrializados. El Emperador y sus consejeros supieron darse cuenta de esta tendencia y aprovecharse de ella con sus medidas económicas. De esta suerte, aumentó la producción industrial y la renta nacional y, así, se elevó el salario real y el nivel de vida; factores que resultaron decisivos para la disminución de la mortalidad y el crecimiento de la tasa de natalidad. El aumento de la población fue sensible, pues se pasó de 35.400.000 habitantes en 1845 a 38.070.000 en 1868; con todo, era inferior al de Inglaterra en la misma época. El crecimiento de la población afectó, sobre todo, a las aglomeraciones urbanas a expensas de las zonas rurales; en tal modo que si en 1845 el porcentaje de la población rural era del 75'6% y el de la población urbana del 24'2%, en 1870 los habitantes de núcleos rurales suponían el 68'9% de la población frente al 32'4% de los habitantes de las ciudades.

Con estos logros económicos y sociales, durante el segundo Imperio se acabó por configurar en Francia el *ethos* burgués; una representación de la vida cuyas virtudes no buscan otro fin que el acrecentamiento de la riqueza por medio del saber práctico, el trabajo, el orden, el cálculo y la prudencia en la actividad económica. La burguesía defenderá como valores inalienables la propiedad privada, que favorece el beneficio económico y proporciona la seguridad; únicos principios que defiende el Código Civil.

b) La Iglesia en el orden burgués y la libertad de enseñanza

Los mismos principios de orden y buena administración, trabajo, ahorro y eficacia en la misión pasaron a configurar la vida religiosa decimonónica, como perfecta inculturación en la formulación burguesa de la vida. Si ya el padre Chaminade y sus colaboradores comenzaron a someter a la Compañía a estos principios de orden y regularidad, le tocará al padre Caillet afrontar la fase conflictiva de esta ordenación institucional del cuerpo social marianista, dejando al padre Simler el protagonismo de acabar el proceso de la definitiva formulación carismática e institucional de la Compañía de María en el marco conceptual y vital de la burguesía. Este proceso de uniformidad, conducirá a las nuevas congregaciones de votos simples a buscar su asimilación con las antiguas Órdenes monásticas y conventuales, cuyos votos solemnes eran vistos como la genuina vida religiosa. Por este camino se producirá la llamada “conventualización del movimiento congregacional”, bajo la fórmula de la regularidad y vida común en grandes comunidades empleadas en la atención de grandes obras colegiales, hospitalarias o de diversas orientaciones asistenciales. Y no solamente las formas de vida se asimilarán al espíritu burgués, sino también en la actividad pastoral-profesional, a través de las cuales las nuevas congregaciones de hermanos o hermanas recibieron el reconocimiento público por su utilidad social. En este sentido, los Marianistas, dedicados a la misión de la enseñanza escolar van a encontrar la mayor ventaja para su asentamiento en la sociedad burguesa, gracias a la liberalización de la segunda enseñanza por obra de la Ley Falloux.

Desde los primeros años de la Monarquía orleanista, representantes del partido liberal y católicos liberales en torno al *L’Avenir* de Lamennais, con Lacordaire y Dalambert –grupo al que estaba unido el padre Lalanne- pugnaron por la libertad de enseñanza contra el monopolio de la Administración docente estatal (*Université*). Para debilitar a los enemigos del régimen y atraerse a los católicos a la causa de la Monarquía de Julio, la ley Guizot de 1833 había permitido la libertad de la primera enseñanza, al mismo tiempo que negaba los principios liberales de una enseñanza laica, gratuita y obligatoria. Pero la revolución de 1848 intentó corregir aquella orientación retomando en la nueva Constitución del 4 de noviembre de 1848 la concepción republicana en materia escolar. Hipólito Carnot, ministro de Instrucción Pública, saint-simoniano y apóstol de la instrucción generalizada, era un acérrimo defensor del monopolio estatal de la *Université* y contrario a las Congregaciones religiosas en la escuela. Los republicanos esperaban que la cohesión social de la nación, en torno a la legitimidad republicana, debía ser la obra de los maestros de escuela; y fue así como los maestros laicos se convirtieron en los educadores y guías morales del pueblo; mientras que el párroco predicaba la resignación, el maestro incitaba a la revolución. Sin embargo, la fortuna sonrió a las Congregaciones docentes cuando la burguesía, asustada por los progresos del socialismo, se aproximó al clero para hacer un frente común contra el peligro socialista, cuyas doctrinas eran propagadas por los maestros. En consecuencia, los nuevos gobernantes, entregarán la primera y segunda enseñanza a las Congregaciones -cuyas exigencias económicas, por lo demás, no eran muy elevadas-, para contener al pueblo con el apoyo de la religión. Por esta maniobra política, se llegó a la ley Falloux de 15 de marzo de 1850 que estableció la libertad de la enseñanza secundaria y aumentó las prerrogativas escolares de la Iglesia.

Es cierto que Luis Napoleón Bonaparte necesitaba del apoyo de la Iglesia para sostenerse en el poder; pero al mismo tiempo, mantuvo una vivo sentido de las libertades civiles y políticas. Así, sin llegar a conceder una absoluta libertad a las instituciones religiosas, Napoleón dictó medidas legales favorables a las Congregaciones; sobre todo, con la Ley Falloux, por la que permitió a los miembros de las Congregaciones no autorizadas el ejercicio de la enseñanza primaria y secundaria; y con las mismas intenciones, entre 1851 y 1870, el Emperador autorizó 277 nuevas Congregaciones. No obstante esta actitud tolerante hacia los hermanos y hermanas docentes, no faltaron actuaciones contrarias a la plena libertad de acción de la Iglesia católica: La Constitución de 1852 conservó la libertad de cultos y los Rectores de las

Academias departamentales recordaron siempre a los directores de las escuelas de los religiosos que la ley Falloux no suprimía ciertas prohibiciones legales que pesaban sobre aquellas Congregaciones que no habían sido legalmente reconocidas. En todo caso, aun con sus contradicciones, el tiempo de Luis Napoleón fue de tolerancia y favor para las Congregaciones religiosas.

La ley escolar que lleva este nombre se debió a Alfredo Federico Pedro, conde de Falloux (1811-1886), legitimista convencido y clerical, que se unió al grupo de los católicos liberales, convirtiéndose en un luchador por la libertad de enseñanza; motivos por los que Luis Napoleón lo llamó a formar parte de su primer gabinete, como ministro de Instrucción Pública y de Cultos, a partir del 20 de diciembre de 1848.

A comienzos de la segunda mitad del siglo, la escolarización en Francia alcanzaba al 50% de la población infantil y el analfabetismo había descendido a un 38'7%. Se había aceptado que el estallido revolucionario de 1848 había sido incubado por la enseñanza laica y socialista de los maestros. Para los conservadores, el maestro laico era el agente de la propaganda democrática; por lo que había que preservar a la población rural de esa idea de disolución de la sociedad. Para dominar a los maestros era necesaria la reforma de la *Université*, órgano administrativo que controlaba todo el sistema escolar. Tarea que se impuso Falloux, al frente de su ministerio. El 3 de enero de 1849, a las pocas semanas de entrar en el Gobierno, formó una comisión parlamentaria, integrada por católicos, con el fin de preparar una nueva ley de enseñanza. No obstante la oposición de los profesores universitarios y de las izquierdas, el 15 de marzo de 1850 fue aprobado por la Cámara el proyecto elaborado por la comisión formada por Falloux, cuando él ya no estaba en el gobierno. Según la nueva ley, cualquier ciudadano no eclesiástico con diploma podía abrir una escuela primaria y si poseía el bachillerato podía abrir un establecimiento de enseñanza secundaria. La Ley consolidaba algunos privilegios de la Iglesia: a los sacerdotes y religiosos les bastaba con presentar las cartas de obediencia del superior de su Orden o de su obispo para ser aceptados en la enseñanza pública sin examen previo; tampoco era necesario presentar el certificado de estudios y se eliminaron muchas trabas legales para entregar la dirección de las escuelas municipales a las Congregaciones masculinas; los Seminarios menores pasaron a gozar de gran autonomía académica; los obispos pasaban a formar parte de los consejos académicos (tres en el Consejo Superior de la *Université* y uno en el Consejo departamental) y las escuelas públicas municipales quedaban bajo la inspección del cura párroco; si bien, se mantenía el principio liberal de que solamente la *Université* conservaba el monopolio de otorgar títulos de bachillerato, de licenciatura y de doctorado. El brevet de capacitación docente podía ser reemplazado por el diploma de bachillerato, por ser ministro de una de las religiones autorizadas o por un certificado de experiencia docente; esta normativa facilitaba extraordinariamente el ejercicio de la docencia a los miembros de las Congregaciones, aunque la Ley no dispensó totalmente a los religiosos de la necesidad del brevet de capacitación. Entonces, muchos de ellos se presentaron a examen para ganarse el favor de las autoridades civiles y académicas que inspeccionaban los centros de los religiosos. La ley Falloux significó, así, un gran triunfo para la Iglesia y puso fin a cuarenta años de monopolio universitario. Monseñor Dupanloup la denominó "concordato para la enseñanza". La ley coronaba la actividad política del liberalismo católico a favor de la libertad de enseñanza.

En consecuencia, esta nueva legislación escolar favoreció la multiplicación por toda Francia de colegios católicos, pues muchos particulares, ayuntamientos, políticos, párrocos y obispos pidieron maestros y profesores a las Congregaciones para atender escuelas de primera y segunda enseñanza. Las Congregaciones se implantaron en las pequeñas poblaciones rurales, en respuesta a las peticiones de los notables locales, y en menos de quince meses, a partir de finales de 1851, más de 250 colegios habían abierto sus puertas. Entre 1850 y 1875 el número de niños educados por religiosos se elevó de 953.000 a 2.168.000, mientras que el número de las escuelas laicas sólo

pasó de 2.309.000 a 2.649.000⁵. Gracias a esta nueva circunstancia histórica, el movimiento congregacional conoció durante el gobierno de Luis Napoleón su era de mayor prosperidad. También la Compañía de María pudo orientar su tarea docente hacia los hijos de la burguesía en colegios de segunda enseñanza implantados en núcleos urbanos en expansión. En 1876 (¿don Federico?) Bel sostenía que la Compañía de María había sido fundada para dirigir sus medios educativos hacia la burguesía; pues las clases pobres estaban atendidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la nobleza por los Jesuitas⁶. De esta forma, gracias a la expansión de la burguesía y a las leyes docentes la Compañía pudo continuar su permanente expansión en obras y efectivos humanos.

La disputa parlamentaria para aprobar la Ley, (339 votos contra 237) conllevó que su aplicación creara un foso ideológico en la sociedad francesa; pues la intolerancia de los vencedores sirvió de pretexto para la batalla escolar al caer Napoleón III y los radicales apoderarse del poder en la Tercera República. Pero la Ley supuso, también, la mejora de las condiciones de vida de los maestros que por primera vez se beneficiaron del “hambre de instrucción” que hubo durante el segundo Imperio, de 1860 a 1870. En efecto, la ley Falloux se debe enmarcar en el contexto de franco desarrollo industrial y urbano, en el que la demanda de escolarización se convirtió en uno de los mayores y más urgentes servicios sociales a prestar a la burguesía que necesitaba de la enseñanza media y superior para preparar a sus hijos para la dirección y gestión de los negocios y empresas familiares, ocupar los puestos de la administración pública y órganos de gobierno del Estado y desempeñar las profesiones liberales en la sociedad civil. Esta demanda exigió liberar el sistema educativo francés con el fin de dar cabida en él a todos los posibles agentes docentes, Congregaciones religiosas incluidas.

La prosperidad económica del país y el apoyo legal a la Iglesia significó una era de paz y desarrollo para las instituciones eclesíásticas como nunca antes habían gozado después de la Gran Revolución. Además, los católicos disponían de una amplia representación en el Parlamento y si no se logró suprimir del Concordato los *artículos orgánicos* que supeditaban al gobierno la designación episcopal, sí se lograron decisiones legales y administrativas muy ventajosas. Las Congregaciones religiosas, favorecidas por una legislación más magnánima, se desarrollaron rápidamente. En este crecimiento fueron favorecidas por el papa Pío IX, que prestó su apoyo decidido a las Congregaciones con superior general, uniéndolas a la Santa Sede como remedio para superar los conflictos con los obispos. Entre 1830 y 1878 la Iglesia de Francia conoció la renovación de sus efectivos humanos. Un clero abundante y rejuvenecido ofreció el modelo del sacerdote emprendedor, muy unido a la vida de sus feligreses, con interés pastoral y bien formado. Si en 1830 la Iglesia contaba con 80.000 clérigos entre sacerdotes, religiosos y religiosas (31.000 eran religiosas), en 1848 el número de religiosos se elevó en 28.000 efectivos; otros 37.357 más en 1851; diez años después el número de religiosos era de 106.899 (de ellos, 58.883 eran religiosas, de cuyos efectivos, el 65´18% se dedicaba a la enseñanza); y en 1877 la cifra de religiosos era de 158.022; es decir, tres veces más que al estallar la Gran Revolución en 1789. En fin, en 1878 las cifras alcanzaban las cantidades de 56.000 sacerdotes seculares, 30.000 religiosos y 130.000 religiosas. La gran mayoría de los hermanos y hermanas de las nuevas congregaciones estaban dedicados a la enseñanza primaria y la atención de enfermos en las zonas rurales.⁷ Las vocaciones provenían de todas las clases sociales y las regiones más religiosas eran el Jura y el sur del Macizo Central. Justamente allí donde la Compañía de María tenía una importante implantación, además los departamentos del Franco-Condado y Alsacia.

⁵ Lebon, *Histoire*, 44; Aubert, “Los éxitos aparentes de la Iglesia de Francia durante el II Imperio y el orden moral”, en Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, VII, 682.

⁶ Carta circular de Bel, 20-II-1876 en AGMAR: 53.4.156.

⁷ Estadísticas de C. Robles, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1839-1890*, que toma de Berthier de Sauvigny, *La Restauration* y de Langlois, *Le catholicisme au féminin*; Schelker, *La Société de Marie en Alsace*, 72-73.

También el clero alcanzaba ahora cifras insospechadas; si en 1853 había 49.969 sacerdotes seculares, el número aumentó a 54.000 sacerdotes (unos 700 habitantes por sacerdote); y en 1869 a 56.295. Esto permitió a los obispos fundar 1.600 nuevas parroquias. El presupuesto destinado a culto no cesó de aumentarse y el clero dispuso de notable influencia en los Liceos y establecimientos de enseñanza superior, en virtud del derecho de inspección.

La prosperidad que empujaba la vida francesa también se reflejó en la vida y en la misión de la Compañía de María. Así, aumentó el número de religiosos y de obras escolares, entre las que se comenzó a dirigir colegios de segunda enseñanza; la deuda de más de 200.000 fr que el padre Caillet heredó al recibir el generalato en 1845, y cuyos intereses erosionaban el crédito de la Compañía ante sus acreedores y prestamistas, se fue remontando gracias, sobre todo, a la tarea de don Domingo Clouzet de racionalizar y centralizar la economía de todas las casas y provincias en la Administración General; pero también a la política de su sucesor, don Félix Fontaine. En su puesto de Ecónomo general, Fontaine, aceptando las reglas del capitalismo financiero, confió las finanzas de la Compañía a agentes de cambio de gran confianza (Ferdinand Moreau), para invertir en las grandes compañías ferroviarias de Francia, en el Tesoro público, en la compraventa de títulos de renta del Estado, en obligaciones del crédito hipotecario y de la villa de París para su urbanización y en otros valores industriales. No en vano, cuando aún era ecónomo del Colegio Stanislas de París, recomendaba a las religiosas marianistas que querían construir un edificio escolar en Ajaccio, que “nada mejor que pedir un crédito y tener invertido en valores en los ferrocarriles”, pues “los ferrocarriles dan un beneficio muy ventajoso”⁸.

Aun cuando el crecimiento económico francés sirvió de soporte para el crecimiento material de la obra marianista, sin embargo fueron las numerosas vocaciones las que permitieron disponer de abundantes jóvenes religiosos para aceptar la dirección de nuevas escuelas y colegios; y así el trabajo de los religiosos y las matrículas de los numerosos alumnos se convirtió en la más importante fuente de recursos económicos. De tal manera que la expansión del personal y de las obras creó nuevos problemas de todo orden: administrativo, económico, formación de los religiosos jóvenes, estilo de vida de las comunidades, regulación de las obras escolares... Situaciones nuevas que obligaron a darle a la Compañía una mejor organización interna (Capítulo General de 1858) y tener que rehacer las Constituciones (Capítulo General de 1864). La primera generación de marianistas, formados por el padre Chaminade, interpretaron estos cambios sociales como disipación del primitivo fervor de la Compañía; y propusieron reaccionar formando mejor a los jóvenes en el espíritu religioso y darles una mayor preparación académica.

No es de extrañar que el padre Andrés Fridblatt, que acumulaba los cargos de Provincial de Alsacia y Maestro de novicios en Ebersmunster, además de director del gran establecimiento escolar de Saint-Hippolyte, reconociera en marzo de 1869 al padre Simler, entonces Maestro de novicios del Noviciado eclesiástico de Besançon (rector del Seminario interno de la Compañía): “En general la Compañía está muy enferma”. Afirmaba que el padre Perrodin, superior del Seminario marianista de la Magdalena, en Burdeos, era del mismo pensar. La causa estaba en que “reina en general en los jóvenes (religiosos) sobre todo un espíritu de sensualidad, de orgullo, de pretensión, de independencia, en fin, el espíritu del mundo”. Fridblatt lo achacaba a que “entrando muy jóvenes en la vida religiosa (...) no comprenden (...) el espíritu religioso”; además de la inexperiencia y el contacto inevitable con el mundo “que cautiva a nuestros jóvenes” con sus bienes materiales. Por lo tanto, “es importante que los jóvenes reciban el espíritu religioso”, sin el cual, “una buena instrucción profana sólo sirve para formar hombres pretenciosos”.⁹

⁸ D. Félix Fontaine, correspondencia con las Hijas de María, en AGMAR: 40.5.14; de las inversiones del Sr. Fontaine como Ecónomo general, informe firmado el 8-VI-1873, en el dossier Fontaine Félix, AGMAR: RSM-68.

⁹ P. Fridblatt al P. Simler, 3-III-1860, en AGMAR: RSM André Fridblatt-13.

En conclusión, los católicos y la Jerarquía se transformaron en uno de los pilares del régimen, junto con el Ejército y la burguesía, comprendida desde los banqueros más ricos hasta los pequeños comerciantes de provincias. Es en este momento cuando comenzó la alianza de la Iglesia con la gran burguesía, bajo el común principio del orden, y por la entrega de la escuela a la Iglesia. Factores que están en el origen del anticlericalismo violento del proletariado y del liberalismo radical. La Iglesia fue muy favorable al Emperador hasta 1860, en que la unificación italiana exigió la desaparición de los Estados Pontificios. Entonces, los católicos franceses, que profesaban profundos sentimientos ultramontanos, se sintieron heridos al comprobar que el hombre al que habían apoyado había abandonado la causa del Papa; y desde aquel momento le retiraron su apoyo político.¹⁰

2. EL GENERALATO DEL PADRE JORGE CAILLET (1845-1868)

En el momento en el que el padre Jorge Caillet asumía el gobierno de la Compañía de María, por elección del Capítulo General de 1845, recibía el cargo de 316 religiosos (21 sacerdotes y 104 hermanos obreros) con una edad media de 31 años, distribuidos entre 42 establecimientos. Estos se agrupaban en torno a las casas centrales de la Magdalena de Burdeos –dirigida por el mismo padre Caillet-, de Réalmont –bajo la dirección del padre Narciso Roussel-, de Courtefontaine, en el Franco-Condado -dirigida por el padre Julio César Perrodin- (de la que dependían las cuatro comunidades establecidas en Suiza) y de Ebersmunster, casa central de la Provincia de Alsacia, cuyo Provincial era el padre León Meyer. En cuanto a centros escolares se dirigían 24 escuelas municipales de primera enseñanza (10 de ellas en Alsacia), 7 escuelas primarias libres, 1 colegio de segunda enseñanza, 9 internados, la Escuela Normal de Sion, la parroquia de Courtefontaine, y el orfanato de École; las casas de formación residían en Burdeos -Santa Ana y el Noviciado eclesiástico de la Magdalena-, y en las casas centrales de Réalmont, Ebersmunster, Courtefontaine, además del noviciado de los hermanos obreros en la comunidad de San José en Saint-Remy.¹¹

Salvo los establecimientos situados en las ciudades de Burdeos, Estrasburgo y Besançon, la Compañía estaba extendida en un hábitat bastante rural, donde la mayoría de sus hombres se hallaban empleados en escuelas municipales de primera enseñanza; nivel docente para el que se necesitaba una titulación académica muy elemental, normalmente reducida al Brevet simple (que el Ministerio daba por ser religioso), y eran raros los casos de marianistas con Brevet completo o bachilleres. En este medio demográfico-cultural pervivían con fuerza las tradiciones católicas, circunstancia que hacía más eficaz la actuación docente y religiosa de los maestros marianistas sobre sus alumnos y sus familias; a la vez que proporcionaba numerosas vocaciones religiosas a la Compañía de María.

En esta situación, el padre Caillet y los hombres de su Consejo –los padres Chevaux y Fontaine y don Domingo Clouzet- se encontraron con dos graves problemas a resolver: 1) atajar la enorme deuda económica de 200.000 fr que la primera expansión de las obras de la Compañía había generado y que había sido el detonante del conflicto carismático-institucional del fundador con sus consejeros; deuda que en el aquel momento estaba impidiendo la segunda gran expansión de la Compañía cuando la aceleración económica del país demandaba más escolarización y se estaba a las puertas de la libertad de enseñanza; y 2) “las dificultades que se encontraban en una Administración que estaba toda ella por ser organizada”, como

¹⁰ Lesourd, “Francia de 1848-1870”, Neré, *Historia Universal. Labor*, V, 126 y 133. Aubert, “Repercusión de los sucesos de 1848 en Francia”, en Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, VII, 640-646; Idem, “Los éxitos aparentes de la Iglesia de Francia durante el II Imperio y el orden moral”, en Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, VII, 677 y 685.

¹¹ Personal y obras en el curso 1845-46 según Weltz y Cada, en Cada, *Early Members*, 346-352 y 511-513.

manifestó el padre Fontaine en su Informe al Capítulo General de 1858¹². Pues el potencial expansivo de la Compañía, plétórica de hombres y de solicitud de nuevas fundaciones, requería regular la organización administrativa no sólo de los órganos centrales de gobierno, general y provincial, sino también de las comunidades, obras escolares y casas de formación; tarea a la que se aplicó el padre Caillet, hombre dotado de un extraordinario sentido del orden, ayudado por eficaces consejeros y hombres de gobierno en lo económico (Clouzet), lo administrativo (Fontaine) y en los principios religiosos (Chevaux).

a) Administrador enérgico y hombre de sentida piedad

Jorge Caillet Witmer era suizo, nacido el 22 de febrero de 1790 en Alle, cerca de Porrentruy, cantón de Berna; sus padres, de oficio labradores, habían formado una familia de dos hijos varones y seis hijas, en la que se vivía las costumbres patriarcales del mundo rural fuertemente imbuido del sentido católico de la vida; no en vano, una de las hijas, María Caillet, nacida el 9 de enero de 1787, ingresó religiosa en las Hijas de María (Marianistas) el 25 de agosto de 1822. Alentado por este marco familiar, Jorge Caillet ingresó en el Seminario de Besançon y fue ordenado sacerdote el 9 de marzo de 1816 por el Obispo de Lausana, monseñor Yenni, en la iglesia de Santa Úrsula, Friburgo. Es probable que su ministerio sacerdotal lo desarrollara como Rector del Seminario de Porrentruy. Pero en el contexto de enfervorecido despertar religioso después de las guerras napoleónicas, también el joven seminarista Caillet sentía un vivo deseo de consagración a Dios, sostenido por una sentida devoción mariana; deseo que había compartido con su condiscípulo, Carlos Rothéa, ahora sacerdote profeso en la reciente fundación religiosa del señor Chaminade dedicada a la Virgen. Rothéa atrajo a su condiscípulo a la joven Compañía de María y con fecha de 4 de mayo de 1822 el Obispo-Príncipe de Basilea le concedió las dimisorias para que entrara en el Noviciado marianista de Burdeos. El 22 de mayo de 1822 el padre Caillet fue admitido en el Noviciado eclesiástico de la Magdalena, abierto en el mes de febrero y en donde el mismo Caillet fue el primer superior. Al siguiente 27 de octubre emitió sus primeros votos en la capilla del Noviciado de San Lorenzo. En este momento no había en la Compañía más sacerdotes que Chaminade y los padres Collineau, Lalanne y Rothéa (sobre un total de 26 religiosos). La profesión definitiva la hizo también en San Lorenzo el 20 de octubre de 1828. Bajo un fuerte sentido de la autoridad y de un talante reservado, el padre Caillet cultivaba una emotiva piedad, un hondo sentido de fe y un amor afectuoso a la Virgen. Tenía una gran estima por el estado religioso y por la Compañía de María.¹³

Caillet poseía el aspecto severo y ceñudo del hombre de fuerte carácter, enérgico para el gobierno y buen administrador, que se mostraba firme a la hora de poner en práctica lo mandado por la autoridad, a la que él se atenía como voluntad de Dios. Carecía de la brillante inteligencia y del don de gentes del padre Lalanne; Chaminade lo sabía y reconocía que Caillet no tenía habilidad en los negocios mundanos; pero era un verdadero religioso, lleno de espíritu de fe y de celo a los que unía la constancia en el trabajo y firmeza en la administración; por eso se apoyó en él y lo retuvo a su lado durante veinte años¹⁴. Por la firmeza de sus creencias y la convicción de sus palabras, Chaminade le encomendó la formación de los futuros sacerdotes marianistas y de los hermanos destinados a la segunda enseñanza, las predicaciones en los cursillos de profesores en Saint-Remy y la dirección de la

¹² P. Juan Bautista Fontaine, *Rapport sur l'état de la Société de Marie présenté au Chapitre general de 1858*, pág. 32, en AGMAR: 51.3.11.

¹³ Tomado de los documentos del P. Caillet en AGMAR: RSM (Caillet, Georges); y en AGMAR: 23.1 a 4; hay noticia biográfica, por el Superior General, P. Chevaux, circular nº 30 (18-VIII-1874), con motivo de su muerte y en *Lettres Chaminade*, I, p. 353-354.

¹⁴ Sobre el carácter y las cualidades del P. Caillet, en Vasey, G. J. *Chaminade. Inquisitio Historica* (Roma 1970) 25-48; Lebon, *La Société de Marie*, 24 (pro manuscrito); Chaminade da su opinión sobre Caillet en carta a Clouzet, Burdeos, 13-IV-1825, en *LCh*, I, 542-543.

Congregación de la Magdalena. Pero sobre todo, se apoyó en él para resolver negocios y gestiones de la mayor importancia. Tales como la organización de la vida y de los trabajos de acondicionamiento del palacio y de explotación agrícola de la finca de Saint-Remy y la misión de negociar en los despachos ministeriales de París la aprobación civil de la Compañía. Tras lo cual, el padre Chaminade le nombró su representante y delegado directo en la organización de las nuevas obras y comunidades que comenzaban a fundarse. Con su nombre compró para la Compañía de María los inmuebles de Brusques, Cordes, Tarn, Gensac, Gironde; y el 29 de marzo de 1826 Chaminade lo nombró su consejero adjunto y visitador de las casas, con voto deliberativo en el Consejo General. Provisto de esta autoridad, el padre Caillet reemplazará a Chaminade al frente de la Casa General en la Magdalena cuando el fundador curse las visitas a las casas del Nordeste en 1827 y 1829 y durante su alejamiento en Agen de 1831 a 1836. Pasada la Revolución de Julio, Chaminade lo eligió para ejercer el Oficio de Celo y, así, desde el 12 de noviembre de 1833, el padre Caillet se convirtió en el primer asistente del Consejo General y en este puesto se encontraba cuando se declaró el conflicto con el fundador que daría lugar al Capítulo General de 1845 en el que salió elegido segundo Superior General. En aquel momento, el padre Caillet contaba 55 años; su complexión física y su porte externo recordaba su origen campesino; de estatura media, ancho de hombros y aplomado; su constitución era robusta y gozaba de buena salud; sus movimientos, como su lenguaje, eran lentos y mesurados y sus maneras reservadas.

Por prescripción del artículo 406 de las Constituciones de 1839 que definía a san José como “fiel ministro de la augusta Virgen para administrar su familia y su casa, el Superior general añade siempre a su nombre el del glorioso Patriarca a quien fue confiada la Sagrada Familia, tomándole por modelo de una administración prudente y activa, firme y paternal”, el padre Caillet añadió a su nombre de pila el de José. De ahora en adelante, está práctica fue asumida por todo los Superiores Generales de la Compañía de María.

b) Cohesión espiritual e institucional

No se puede decir que el padre Chaminade se hubiera visto tan absorbido por el conflicto con sus asistentes, que no hubiese tenido tiempo para seguir la administración de la Compañía. Por el contrario, Chaminade dictó normas para regular la admisión de novicios, las vacaciones de los religiosos, la creación de la Provincia de Alsacia y llegó hasta a dar indicaciones para mejorar los métodos de enseñanza. Pero es cierto que la falta de regularidad en las reuniones del Consejo General impidió dictar normas que ayudaran a los religiosos a orientarse en su vida y misión. Sin llegar a darse un vacío de poder, sí se sentía una cierta anomía y cada uno, directores, capellanes, prefectos..., se guiaban por su propia iniciativa, dentro de la mejor voluntad, en una Compañía que experimentaba un permanente ritmo de crecimiento de personal y de obras.

En consecuencia, al padre Caillet le va a corresponder la tarea de dar cohesión espiritual e institucional a este cuerpo social todavía en formación. Y lo hará con decisión y firmeza; pero también, movido por un gran amor a la Compañía; y todo esto, contando con la estima de todos que ven en él al hombre seguro y clarividente en el gobierno; reconocimiento que le valió permanecer en el cargo durante veintitrés años. En estas circunstancias, el nuevo Superior General se va a mostrar recto y enérgico en la guía de la Compañía, imponiendo a sus hombres lo que creía que era el deber que tenían que cumplir, sin preocuparse de los medios para hacerlo aceptar¹⁵.

No obstante su firme sentido del deber, el padre Caillet no carecía de un corazón sensible, lleno de ternura y piedad mariana. En las circulares a sus religiosos se muestra un hombre afectuoso e, incluso, sentimental en sus expresiones. No es raro leer en sus circulares expresiones como “mi corazón se siente incapaz de expresar todo el bien que os deseo a cada uno de aquellos que el Señor me ha dado

¹⁵ Lebon, *Société de Marie*, 24-25, con testimonios personales del P. Demangeon.

como hijos. (...) Entre todos los votos de buenos deseos que os hago, hay uno, queridos hijos, que de modo muy especial llevo en el corazón; y es el de veros progresar más y más en el conocimiento y amor a María. ¡María! ¡Oh! Cómo ante este nombre me parecer veros estremecer. Porque es tan dulce este nombre sagrado. Más deleitoso a nuestro oído que la más melodiosa sinfonía (...)” (circular nº 3, del 13 de enero de 1846). De tal modo que en el padre Caillet coexisten las dos expresiones decimonónicas del sentimiento religioso: hacia fuera, la normatividad y hacia dentro, una piedad sentimental.

Por este motivo, Caillet va a ser el hombre oportuno en la sucesión al fundador para la organización regular de todos los ámbitos de la vida religiosa marianista. Así se manifiesta desde el primer momento de su gobierno con la circular, nº 4 (del 28 de marzo de 1846), *sobre la Regla*, en la que ante todo, desvela el deseo de sacrificarse por cada uno de sus religiosos y visitar todas las comunidades para conocerlos personalmente a todos y saber de “sus penas, sus inquietudes, sus esperanzas, y sus temores”; y, seguidamente, hacer votos para que todos sus religiosos se encuentren en un estado “de celo y de ardor para correr en las vías de la perfección, sometidos con docilidad a las reglas santas que deben guiar nuestra marcha”. Porque para el padre Caillet, “la regla es para el alma religiosa el camino de la vida, el código de la felicidad; escuchándolo no se equivoca y siguiéndolo no se extravía”. Importante para la práctica de la Regla eran los “Reglamentos” y el “Coutumier” (libro de usos y costumbres) que regulaban todos los aspectos de la vida común, bajo el principio de que “la falta de uniformidad acarrea graves inconvenientes. De ahí la necesidad de un *Coutumier*”.¹⁶

A través de un inmenso cuerpo doctrinal, de hasta 95 circulares, en las que los artículos de las Constituciones de 1839 son citados con asiduidad, el padre Caillet va a ordenar todos los ámbitos de la vida de la Compañía, desde los más generales y elevados, como el Capítulo General, hasta los detalles más particulares, como el horario de las comunidades durante las vacaciones de verano, la visita a la familia, los libros que se pueden leer y la prensa a recibir en las comunidades, pasando por la devoción a la Virgen y la práctica de las virtudes religiosas, sobre todo de la modestia y la obediencia, de la que son modelos san José y Nuestro Señor Jesucristo en su vida oculta en Nazaret. Pero sobre todo, Caillet va a poner toda su intención de gobierno en hacer que los religiosos practiquen una vivencia austera y minuciosa de todos los componentes espirituales y materiales de la vida religiosa comprendidos de manera unitaria bajo los conceptos de “fe, regularidad, obediencia, pobreza y mortificación, objetos de nuestros esfuerzos” (circular 70, del 14, de junio de 1863); así, insistirá en la educación de la voluntad, la observancia de la pobreza, la práctica del silencio, la normativa sobre régimen alimenticio y los ayunos reglamentados, los programas de estudios de los religiosos y los retiros anuales.

Todos los superiores de las nuevas Congregaciones coincidieron en esta política de uniformar sus Institutos religiosos con el fin de asegurar el buen funcionamiento de los mismos. La redacción de reglamentos, formularios, libros de usos y costumbres, programas, catecismos de vida interior,... proporcionó un conjunto de prohibiciones y mandatos que tenían la intención de dar unidad y regularidad a la vida de los nuevos religiosos. La regularidad, como ideal de auténtica vida religiosa, atrajo a las Congregaciones de hermanos hacia el modelo monástico de separación del mundo, en contradicción con el fuerte carácter secular con la que habían nacido, para un trabajo pastoral directo entre las gentes. Pero había, también, en los superiores un enorme interés por dar consistencia espiritual a unos hombres y mujeres que desempeñaban un duro trabajo en la escuela, el hospital, el orfanato..., pues las Congregaciones habían llegado a ser la mejor concreción práctica del nuevo

¹⁶ Sobre la Regla, Caillet, Circular nº 4 (28-III-1846), en *Extraits de Recueil des Circulaires du R. P. Chaminade (...) et du R. P. Caillet* (Lons-le-Saunier 1863) 73-77; sobre el “Coutumier”, hay esbozos del *Coutumier o Recueil des usages suivis dans la Société de Marie*, del P. Chevaux, D. Francisco Boby, D. Francisco Girardet, en AGMAR: 61.2.1; 61.5.1; 61.6.1; 61.11.1-30.

catolicismo de las obras que se había formado en Francia después de la Revolución. Se formó así una espiritualidad de la abnegación y la humildad capaz de sostener a los religiosos en sus tareas apostólicas. Por eso, en las nuevas Constituciones, las duras condiciones de trabajo que los hermanos y hermanas tenían que soportar era consideradas como la nueva forma del ayuno; el silencio y la dedicación al trabajo, era la forma principal de devoción (acuñándose el refrán de que “antes es la obligación que la devoción”); y las largas horas de coro de las Órdenes monásticas fueron sustituidas por la hora de meditación. El capítulo de culpas se transforma en el instrumento para practicar la obediencia y la abnegación en la dedicación humilde a la misión del Instituto. Así se va creando un cuerpo ascético y espiritual reglamentado que, concretado en múltiples devociones sensibles, tiene como finalidad sostener al religioso en la fatiga de su misión secular, bajo la forma de una actividad profesional.

Superior general de su tiempo, el padre Caillet, a través de este concepto ascético, uniforme y reglamentado de la vida religiosa, instará a sus religiosos a cultivar la vida interior y el deseo de perfección, la oración y sus condiciones: el recogimiento, la mortificación y la pureza de corazón. Para este fin, también él se sirvió de la composición de “Formularios” de oraciones vocales para la recitación en común de los religiosos. Estos Formularios ya provenían del padre Chaminade y tienen su origen en el *Manual del Servidor de María* empleado por los congregantes. Así hacia 1843 se publicó un *Formulaire du prière de la Société de Marie*; luego en 1847 apareció en Besançon el *Formulaire des Prières vocales a l'usage de la Société de Marie* y otra edición en 1856 en Burdeos. Igualmente, completó el “Ceremonial” de la Compañía con las fórmulas de la profesión de votos, renovaciones, recepción de postulantes y de novicios. El primero de ellos apareció en 1840 y con el padre Caillet conoció dos ediciones: de 1855 y 1865. De aquí que a través del *Règlement des postulats et des noviciats*, de 1863, y el *Règlement et programme du noviciat*, del 18 de junio de 1864, proveyó para la organización y programa de las casas de formación. En una palabra, su objetivo era avanzar en la “unión y la regularidad para obtener la bendición de Dios sobre la Compañía de María” (circular 73 del 20 de abril de 1864).¹⁷

Con esta finalidad, si en los primeros años de su generalato, el padre Caillet atajó todo descontento, murmuración y crítica que minaba el entusiasmo por el estado religioso marianista (circular nº 29, del 21 de agosto de 1852), al final del mismo hubo de ocuparse de las medidas canónicas para la aprobación de las Constituciones por la Santa Sede. Objetivo que volvió a despertar los viejos conflictos carismático-institucionales de los últimos años del padre Chaminade.

Pero no sólo en lo institucional el padre Caillet fue el hombre idóneo para relevar al fundador, sino también en la fijación de la espiritualidad y de la misión marianista, adaptadas al marco cultural de la sociedad burguesa del siglo XIX. En efecto, heredero inmediato del padre Chaminade, el padre Caillet definirá los dos rasgos distintivos de la mística y de la misión marianista que, hallando en el padre Chaminade sus fundamentos doctrinales, recibirán su formulación definitiva con el padre Simler (4º Superior General) y que configurarán la mentalidad religiosa y el estilo educativo de los marianistas; nos referimos a la piedad filial, como expresión de la dedicación a la Virgen, y a la educación cristiana como la obra capital de la Compañía de María.

¹⁷ Ver el tratamiento de la modestia en circular 16, del 30-I-1849, la obediencia en circulares 41 del 18-I-1856, 46, del 9-I-1858 y 52 del 28-III-1859; san José como modelo de obediencia, humildad, pureza y celo religioso, al que se le debe tributar devoción, en cinco circulares: 11, del 6-V-1847; 34, del 21-IV-1854; 38, del 6-IV-1855; 55, del 12-IV-1860; y del 1-IV-1863 (sobre la devoción a san José en la S. M., Piero Ferrero, *San Giuseppe nella tradizione marianista*, Cuaderni Marianisti del Centenario, nº 49 (Roma 2000); sobre la vida oculta de Jesucristo en circular 45, del 13-V-1857; el primer *Formulario de oraciones* impreso de la S. M. en 1847, en AGMAR: 62.2.1, está basado sobre el manuscrito de 1843, en AGMAR: 62.2.5; otros ejemplares de los *Formularios*, de 1856. en AGMAR: 62.3.1; 62.6.5; un estudio en *Le Messenger de la Société de Marie*, 1900, p. 562; “Ceremoniales” en AGMAR: 63.2.1-39; los “Reglamentos de postulantes y noviciados” en AGMAR: 84.1.183-186 y el “Reglamento y programa del noviciado” en AGMAR: 84.4.803.

La dedicación mariana de la Compañía, que en el fundador poseía una fuerte proyección misionera, ahora con Caillet, posee el nítido tono intimista y sentimental de la vivencia subjetiva de la religión en el siglo XIX. En su circular nº 3 del 13 de enero de 1846, al dilucidar ante sus religiosos, “la fisonomía particular que distingue (a la Compañía) de las otras (congregaciones religiosas) y que imprime a sus miembros el sello de su individualidad, haciendo como un cuerpo con su vida propia”, Caillet define que “aquellos que debe caracterizarnos, es pues nuestro amor a María. Sí, nosotros la queremos amar, no solamente como los cristianos de la que ella es la Madre común (...), sino como religiosos dedicados a su culto y que le han hecho el don completo de sí mismos”.¹⁸

Respecto a la identificación de la misión de la Compañía como la dedicación escolar a la infancia y juventud, sostiene Caillet en la circular 63, del 23 de noviembre de 1861, que todos los oficios y estados dentro de la Compañía se orientan a la tarea escolar; si bien, el pensamiento de Caillet se mantiene en perfecta continuidad con la intención misionera del fundador, al otorgar a la escuela marianista un explícita finalidad evangelizadora de la juventud. “La obra capital de la Compañía de María – escribe- es la educación, pero la educación cristiana. Educamos niños para que vengan a ser, por nuestros cuidados, nuestras lecciones y ejemplos, verdaderos discípulos de Jesucristo. Las letras y las ciencias humanas no son el fin esencial de nuestros trabajos, sino los medios para que la religión los pueda santificar para hacerlos alcanzar su fin. (...) Vosotros sois misioneros, nos decía a menudo nuestro venerable Fundador”¹⁹. Pero sobre este principio apostólico, la consecuencia práctica fue que la vida de los religiosos marianistas quedó sometida a la reglamentación de la tarea escolar. En este ámbito, el objetivo del padre Caillet fue conseguir abrir colegios en las grandes ciudades, París sobre todo; objetivo que se pudo cumplir gracias a la libertad de la segunda enseñanza por la Ley Falloux de 1850.

Pero también, experimentado durante largos años al frente del oratorio de la Magdalena, empleado en la animación de las reuniones de seglares, Caillet sostiene el apostolado de adultos como patrimonio de la misión de la Compañía de María, herencia de su fundador. Así, dio las instrucciones oportunas para ordenar la afiliación de seglares a la archicofradía de Ntra. Sra. de las Victorias y de San José; si bien, no como cuerpos apostólicos, sino como asociaciones de devoción²⁰.

En cuanto a las medidas de gestión el padre Caillet dio forma a la división administrativa de la Compañía en Provincias (circular 18, del 9 de julio de 1849), dirigir la fundación en Estados Unidos (circular 17, del 24 de mayo de 1849) y soportar la expulsión de Suiza a raíz de la guerra del Sonderbund. Pero el objetivo determinante del Generalato fue lograr la aprobación canónica de las Constituciones por la Santa Sede; y en esto se ocupó a partir de 1864.

c) Las mejoras administrativas

Desde el primer momento, el padre Caillet estuvo asistido por un Consejo General constituido por hombres de talento, plenamente dedicados a la administración y con posibilidad de reunirse en Consejo periódicamente. El padre Caillet residía en el Noviciado eclesiástico de la Magdalena, del que era el superior; en el Oficio de Celo el Capítulo General había elegido al excelente padre Juan José Chevaux, Maestro de novicios en el Noviciado de Santa Ana; para Instrucción al activo e inteligente padre Juan Bautista Fontaine, también residente en la Magdalena, y para el Oficio de Trabajo al experimentado señor Clouzet, que si estuvo retenido por algún tiempo en la

¹⁸ Caillet, Circular nº 3 (13-I-1846), en *Circulaires*, 69-70.

¹⁹ Caillet, Circular nº 63 (23-XI-1861), en *Circulaires*, 404-405. 406; se preocupó de la pedagogía marianista y así en la circular nº 24 (17-III-1851), sobre la educación en general, se centró en la educación de la inteligencia y en la circ. nº 25 (1-V-1851) de la educación del corazón.

²⁰ Circulares 3, del 13 de enero de 1846 y 68 del 1 de abril de 1863, en *Circulaires*, 70-72 y 446-447.

compleja administración de Saint-Remy, a partir del curso 1851-1852 se pudo incorporar plenamente al Consejo General residiendo en Burdeos. El primer acto administrativo de la nueva Administración General fue organizar una Secretaría, con su Archivo, en la que se llevase cuenta y relación de las obras y de las personas. A este fin, el 16 de abril de 1846, el padre Caillet cursó una circular a todos los directores de las casas²¹. En ella se decía que “los difíciles acontecimientos vividos durante bastantes años, nos ha obligado a prestarle atención, dejándonos, por consiguiente, numerosas lagunas, sea en la burocracia sea en la organización regular de las propiedades, como ahora sufrimos (...). Esta organización sigue siendo imposible pues no dispongo de la documentación que me pongan en condiciones de poder actuar con un conocimiento suficiente de los asuntos, los lugares y las cosas”. Consecuentemente, el Superior General cursaba a los directores un cuestionario en el que se establecían los conceptos administrativos a precisar. Sobre las personas se pedía el número y nombre de los religiosos destinados en la comunidad, con indicación de sus años de profesión y empleo actual, su fecha y lugar de nacimiento; si los padres están muertos; lugar y fecha de entrada en la Compañía, de los primeros votos y de las sucesivas renovaciones de votos, así como de la profesión definitiva; haciendas personales legales, actuales o a heredar; talla, salud, defectos corporales; facultades intelectuales, grado de enseñanza en la que da clase, resultados docentes; carácter, defectos y cualidades, instrucción religiosa, progreso en la virtud y grados académicos (si estaban dotados del *brevet*). Esta descripción minuciosa sobre las personas se correspondía con otra referida a las condiciones del inmueble escolar y en el que habitaba la comunidad; y carácter de la escuela. Pedía el número de alumnos, indicando los internos, mediopensionistas y el reglamento horario, el coste de las matrículas y las ganancias anuales; se pedía indicar los métodos académicos seguidos, presentando “la respuesta a esta cuestión de una manera bastante detallada para que la administración pueda ser lo más exacta”.

En el transcurrir de su generalato, el padre Caillet fue enviando a los directores sucesivos cuestionarios, la economía de la casa (ingresos, gastos, caja, matrícula de alumnos...), el régimen alimenticio de la comunidad (el pan, el vino, carne, verduras...) y hasta el estado y la necesidad de las ropas de vestir (levita, pantalones, zapatos...). Informes que debían ser enviados regularmente a la Administración General para el gobierno directo y centralizado de la Compañía. De esta manera, por la circular del 20 de enero de 1853 hizo público el primer *Personal de la Compañía de María*; creó, además, los libros de registros de religiosos, de las casas y de contabilidad y los boletines de informes anuales sobre los religiosos en los que se indicaban sus estudios y grados académicos, su rendimiento en el trabajo escolar, sus cualidades espirituales, morales y profesionales. Esta información pormenorizada permitirá a los superiores hacer el mejor empleo de cada religioso en la obra colectiva, medida administrativa que respondía a la mentalidad normativa burguesa; pero, sobre todo, nacía de la necesidad de darle a la Compañía un gobierno estable y eficaz. El padre Caillet se felicitaba en sus circulares de los buenos resultados de esta administración y se aplicará con denuedo a corregir todas las infracciones a la regla, en una pormenorizada casuística.²²

El acto administrativo de mayor envergadura fue la creación en el curso 1849-1850 de tres nuevas Provincias canónicas, con el fin de agilizar el gobierno general de las obras y de los religiosos en permanente aumento; pues en el curso 1848-1849 el Consejo General tenía que administrar el gobierno de 413 religiosos y 52 establecimientos, en muchos de los cuales convivían obras de diversa naturaleza. Por la ordenanza del 9 de julio de 1849 se establecían las nuevas Provincias y se

²¹ En *Circulaires*, 78-80; en la circular 27 del 20-I-1852, Caillet notificaba la residencia de Clouzet en Burdeos, en *Circulaires*, 197.

²² Un ejemplo del gobierno centralizado y regular en la circular 27 del 20-I-1852, en *Circulaires*, 191-202.

exhortaba a los religiosos a obedecer a los nuevos Provinciales; y por otra del 17 de julio, se dictaba el *Reglamento para el orden y desarrollo del Capítulo Provincia*²³.

Para delimitar las nuevas Provincias se procedió sobre el agrupamiento de los establecimientos marianistas, ya hecho en tiempos del padre Chaminade, en torno a las cuatro casas centrales de Burdeos, Réalmont, Courtefontaine y Ebersmunster. Así, en el curso 1849-1850, se instituyeron las nuevas Provincias de Burdeos, Réalmont y Franco-Condado, que se adjuntaban a la ya existente de Alsacia. Las Provincias quedaron delimitadas de la siguiente manera²⁴: La de Burdeos recibió de Provincial al padre Juan José Chevaux, que continuó siendo maestro de novicios en el Noviciado de Santa Ana y primer Asistente. La casa central estaba en la residencia del padre Chevaux. Su gobierno se extendía sobre 77 religiosos, establecidos en 16 casas, de las que 11 eran escuelas municipales en los departamentos de la Gironda, Lot, Lot-et-Garonne y Tarn-et-Garonne. Contaba también con el Noviciado eclesiástico de La Magdalena en Burdeos y el Noviciado de Santa Ana. Sólo se dirigía una escuela libre en Clairac y una explotación agrícola con hermanos obreros en Coubeyrac.

La Provincia del Midi, con casa central en Réalmont, recibió por Provincial al padre Benito Meyer. Esta era la Provincia más pequeña con 52 religiosos en 9 establecimientos. También dominaba la obra de las escuelas municipales, de las que se dirigían 8, y a las que se incorporaban 2 internados de primera enseñanza. Su marco territorial se extendía por los departamentos de Aveyron, Tarn y Hérault, en el centro-sur de Francia. El Noviciado y Postulantado residían en la casa provincial de Réalmont. Las dos Provincias más numerosas eran las del Nordeste. A la nueva del Franco Condado se le asignó el padre Julio César Perrodin de Provincial. Perrodin tenía a su cargo 186 religiosos y 15 casas. Era, sin duda, la Provincia más heterogénea con la *Pension* Santa María de Besançon, el Orfanato de Doubs, el *Colegio* de Orgelet, la Normal de Sion (Suiza), la parroquia de Courtefontaine y el enorme internado de Saint-Remy, en cuya propiedad agrícola se encontraba la inmensa comunidad de vida monacal formada por 50 hermanos obreros, llamada de San José, y dirigida por el piadoso padre Carlos Rothéa. Además de las mencionadas, la Provincia administraba 6 escuelas municipales, 6 internados y 4 escuelas libres. Su territorio estaba comprendido en los departamentos de Doubs, Alto Saona, Jura, Saona y Loira y la ciudad suiza de Sion. El padre Perrodin residía en el establecimiento de Courtefontaine del que era director general sobre todas las obras que en él se alojaban: la escuela municipal, el internado, la parroquia y la casa de formación de Noviciado y Postulantado.

Finalmente, estaba la Provincia de Alsacia, a la sazón gobernada por el padre Francisco Erasmo Brémans,²⁵ residente en la casa central de Ebersmunster, donde se alojaba el Noviciado y Postulantado. Alsacia era una Provincia muy numerosa, con 139 religiosos en 20 casas. Sin embargo su apostolado se vertía mayoritariamente en las escuelas municipales, de las que se dirigían 17, incluyendo la de Altdorf en Suiza, todas en un entorno rural. Sólo se tenían dos escuelas libres, en Saint Dié y Estrasburgo, y el gran internado de Saint Hippolyte. La Provincia comprendía los departamentos de los Vosgos y del Alto y Bajo Rin, en los que comenzaba a despuntar la industrialización, razón por la que había tanta demanda de enseñanza primaria para transformar la población agrícola en mano de obra especializada en el trabajo industrial. Cuando en 1861 se trasladó a París la Administración General, se constituyó la Provincia de París y en 1864-1865 se creó la Provincia de Midi por la reunión de las dos anteriores de Burdeos y Réalmont. La Casa central estuvo en Réalmont y en 1869 pasó a Moissac.

²³ Circular 18, del 9-VII-1849, en *Circulaires*, 127-129.

²⁴ Weltz, "Personel", en Cada, *Early Members*, 379-384.

²⁵ El P. Francisco Erasmo Brémans: nacido el 11-I-1811 en Tongres (Bélgica), fue ordenado sacerdote en 1833; entró en la S. M en 1847 y emitió votos perpetuos el 20-III-1849; nombrado Provincial de Alsacia el 9-VII-1849, en 1853, siendo Provincial, se marchó a la Trapa de Oelenberg; luego fue cartujo en 1861 y volvió a la Trapa; murió en la Trapa de *Le Tre Fontane*, en Roma el 21-X-1881, cfr., AGMAR: RSM-Brémans, François.

Las nuevas Provincias nacían sin definir las funciones del cargo de Provincial. Sus atribuciones estaban previstas, pero no descritas, por las Constituciones de 1839, artículo 500. El padre Chaminade había redactado unas *Notas sobre el Provincialato en la Compañía de María*, al crearse en 1841 la Provincia de Alsacia. Pero hasta la *Instrucción sobre el oficio y los poderes del Provincial*, anexo a la circular del padre Caillet del 9 de julio de 1849, no se especificarían sus funciones. Tampoco estaba limitado el tiempo de duración de su cargo, que no se fijará hasta el Capítulo General de 1865. Finalmente, sus atribuciones se fijarán en la redacción de las Constituciones de 1867, con las siguientes prerrogativas y deberes: El cargo de Provincial se reservaba a un sacerdote; su autoridad dependía inmediatamente del Superior General, del cual era un delegado ante los religiosos y las obras (art. 429); en la dirección de su Provincia se debía atener a las instrucciones recibidas del Superior General y sus Asistentes (art. 433); debía vigilar el celo, la moral y la unidad de los hermanos dentro de la Provincia (art. 434) y exigir a los directores el rendimiento de cuentas de la situación y evolución tanto de los religiosos cuanto del estado de la casa, con el cual hacía un informe para presentarlo al Consejo General y en el Capítulo General; a Provincial correspondía el movimiento del personal y la instalación de los superiores de las casas, con la autorización del Superior General (art. 436); debía visitar anualmente todas las obras, entrevistándose con los religiosos y enviando notas detalladas de estas visitas a la Administración General (art. 440). Fuera de los casos urgentes, el Provincial no podía decidir nada por sí mismo sin consultar al Consejo General, de donde tomaba todos los consejos y avisos (art. 443), a través de un permanente contacto epistolar (artículo 454).

En fin, el ejercicio del cargo venía a reforzar la uniformidad y el centralismo dado a todo el Instituto religioso, en correspondencia con la centralización administrativa del Estado moderno en la mentalidad jacobina. Centralismo que también pasó a la Iglesia católica de mano de las doctrinas ultramontanas. La misma organización fue seguida por las nuevas Congregaciones nacidas para ejercer una acción pastoral, docente o asistencial. Por lo tanto, fue la necesidad de organizar el ejercicio profesional de los hermanos, en orden a conseguir la eficacia en el trabajo y en la misión, el motivo para darle una organización uniforme y centralizada a los nuevos Institutos religiosos. Intención que ya estuvo presente en los fundadores y así lo manifiesta el padre Chaminade al afirmar que, desde “el punto de vista humano, para asegurar el porvenir de su fundación (entendía establecer un modo de gobierno) fuertemente centralizado, el único que le parecía indispensable y el sólo apto para mantener la unión entre los diversos elementos, a fin de procurar el concurso de todos en la obra común”. En este sentido, Chaminade entendía que así repetía la organización y el gobierno de la Iglesia católica; pues, “en conformidad con las necesidades de la época moderna, había que centralizar las instancias de poder”²⁶. Pues bien, el padre Caillet puso el armazón básico de la centralización y uniformidad de la Compañía de María y el padre Simler le dio su acabamiento y definitiva forma constitucional.

d) La organización escolar

El mismo proceso de uniformidad y centralización de la vida de los religiosos fue aplicado a la tarea escolar marianista. Al comienzo del año 1852, el padre Caillet anunciaba a sus religiosos una circular en la que daba a conocer el proyecto de regularizar de una manera definitiva la dirección de las Escuelas primarias, mediante la composición de métodos de enseñanza y de libros de textos comunes para todas las escuelas marianistas; además, estableció que en la primera quincena de enero, “cada año los jefes (de instrucción de las casas) dirigirán al jefe general de Instrucción

²⁶ Cita de Simler, *Chaminade*, 699-700, citado por Schelker; *La Société de Marie en Alsace*, 61-62, al explicar las atribuciones del Provincial en las Constituciones de 1867.

un estadiillo del personal de nuestras escuelas”, indicando los profesores y alumnos que hay por niveles y clases de enseñanzas²⁷.

La voluntad de componer un Método pedagógico marianista se remontaba al padre Chaminade, que lo había establecido en el artículo 267 de las Constituciones de 1839, en el que se exhortaba a revisar periódicamente los procedimientos didácticos con el fin de adaptarse “al progreso de las sociedades humanas y acomodarse a sus necesidades y deseos”. El Asistente Jefe de Instrucción, padre Juan Bautista Fontaine, se aplicó a la composición de un método docente en el que se recogiera desde el mantenimiento del mobiliario escolar y las técnicas para dirigir una clase, hasta la elaboración de los planes de estudios; y todo con el mayor sentido práctico a partir de la experiencia escolar acumulada por los religiosos marianistas. El padre Fontaine fue el hombre idóneo para este cometido por su extraordinaria inteligencia y su buena preparación académica. Fue un caso raro en aquellos momentos de la Compañía pues llegó a poseer los diplomas civiles de Bachillerato en Letras, *Maitre de Pension* y Licenciado en Letras y los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología²⁸.

Con el fin de componer un método pedagógico común para las escuelas marianistas, Fontaine reunió en el verano de 1851 en Burdeos a los directores de las casas principales de Alsacia, Franco-condado y Midi y durante seis semanas se aplicaron a revisar y mejorar los métodos pedagógicos existentes; de este esfuerzo surgió el *Méthode d'enseignement pour les écoles primaires de la Société de Marie* y una *Gramaire* en tres grados, para los alumnos de iniciación, los medianos, los mayores y los de las Escuelas profesionales. El *Méthode d'enseignement pour les écoles primaires*, editado en Burdeos en 1851, pudo ser anunciado por el padre Caillet en la circular del 20 de enero de 1852 “como la regla que en adelante se había de seguir en la dirección de las clases”. El primer Método marianista impreso era el resultado de más de treinta años de esfuerzo en el que “la experiencia pedagógica tiende a organizarse científicamente”.²⁹

Pero este texto continuaba siendo una metodología preocupada por la didáctica; faltaba todavía a la Compañía un verdadero manual de Pedagogía general. Este apareció en Burdeos en 1856; fue, también, obra del padre Fontaine y lleva el título de *Manuel de pédagogie chrétienne à l'usage des frères instituteurs de la Société de Marie*. El *Manuel* fue editado con 174 páginas y en el mismo año aparecía una segunda edición en 125 páginas, considera como primer tomo a la que se le

²⁷ P. Caillet, circular nº 27 (20-I-1852), en *Circulaires*, 191-202.

²⁸ Juan Bautista Fontaine nació en Beauvais, en 1807, y antes de ingresar en la Compañía de María había sido seminarista en el Seminario de su ciudad. Fue dirigido al Noviciado de la Compañía por el Rector del Seminario, padre Armando Gignoux, antiguo congregante de Burdeos y futuro obispo de Beauvais. En 1830 Chaminade recibió al seminarista Fontaine en el Noviciado. En 1832 fue ordenado sacerdote y en 1834 enviado a Saint-Remy para suceder al padre Lalanne en la dirección del centro escolar; hasta que el Capítulo General de 1845 le eligió para Asistente general de Instrucción. El padre Chaminade descubrió en el joven sacerdote Fontaine grandes cualidades intelectuales y a él le encomendó la última redacción del *Manual del servidor de María* (AGMAR: 25.4.414). Sus diplomas académicos fueron numerosos: obtuvo los diplomas de Bachillerato en Besançon (dado el 1-VIII-1834), de *Maitre de Pension* en Besançon (dado el 31-X-1834); licenciado en Letras por la Academia de Burdeos (el 19-XI-1859 y dado el 24-VI-1860); para el doctorado en letras presentó la tesis *Etudes sur les Pères grecs des temps apostoliques*; para el Bachillerato en Teología el 30-III-1860 por la Universidad de Burdeos, la tesis *Utrum admittendum sit peccatum originale et in quo reponenda sit hujus peccati esentia*; la tesis de licencia de Teología leída en la Universidad de Burdeos el 12-VII-1860, la tesis *De sacramento penitentiae* y para la tesis de doctorado en Teología, leída en Burdeos el 11-III-1861, *Le mystère de l'Incarnation considéré dans son triple rayonnement: sur Dieu, sur les anges, sur les hommes*; diplomas en AGMAR: RSM (Fontaine, Jean Baptiste) 10, 11, 18, 19, 20 y 21; tesis universitarias en AGMAR: 186.7. 1-6; y publicación de las tesis en Teología en BIGMAR: 232/1, 2 y 3.

²⁹ El *Méthode d'enseignement pour les écoles primaires de la Société de Marie*, imprimerie Gounouihou (Bordeaux 1851), son 90 pág. en-16; del proceso de redacción dio noticia el P. Cheveaux al P. León Meyer por carta del 6-XI-1851, cfr en *EF*, III, 331; ejemplar en AGMAR: 1580.23; explicación del Método por Hoffer, *Pédagogie marianiste*, 58-63.

añadió la *Seconde partie: Méthode d'enseignement*, publicada por la imprenta Lafargue de Burdeos en 1857. Así, el *Manuel* se puede considerar una obra en dos volúmenes³⁰, de los que el primero es un verdadero tratado de pedagogía general, en el que se consideran los principios y fines de la educación física, intelectual y moral del alumno, así como de las cualidades y disposiciones del profesor. El segundo volumen se refiere a la didáctica o práctica de "la instrucción": cómo ejercer la disciplina, la división de los niños en clases, el gobierno de la clase y la vigilancia en los recreos, el mobiliario escolar y de los internados. Era evidente que el *Manual* recogía gran parte del pensamiento pedagógico del padre Caillet expuesto en sus numerosas circulares sobre esta materia. Pensamiento heredero de la antropología del padre Chaminade, para quien la formación debe abarcar a la integridad de la persona; es decir, no sólo a la inteligencia, sino al corazón y la voluntad, sin despreciar los componentes externos de la tradición docente marianista: la autoridad, la vigilancia y la disciplina.³¹

Por su importancia, el *Manual* puso las bases de la doctrina pedagógica marianista a la que se remitirán los pedagogos marianistas venideros y en la que serán formadas generaciones de alumnos en todos los países a los que llegaron las escuelas de la Compañía de María. Los presupuestos antropológicos, culturales y religiosos del *Manual* reflejan la influencia de la mentalidad moderna en la pedagogía marianista³². El carácter distintivo del *Manual* es su concepto positivo de las capacidades físicas, intelectuales, morales y espirituales del alumno. El niño es considerado como una *tabula rasa*; no necesariamente inclinado al mal, sino, más bien, portador de un cúmulo de cualidades. La misión educativa del profesor marianista será colaborar con los padres en la educación, formación y desarrollo tanto del cuerpo como de la inteligencia, de la vida moral y del alma de sus hijos. En este sentido, el profesor marianista se tiene que considerar a sí mismo más como un padre que como un maestro y debe entender su tarea como una acción para promover los valores familiares, civiles, patrióticos y religiosos.

El *Manual* posee un sentido amplio y armónico de la persona humana al sostener que "la educación en general es el arte de cultivar, desarrollar, fortalecer y educar las facultades físicas, intelectuales y morales, que constituyen en la infancia la dignidad humana; disipar las tinieblas y corregir los vicios de la naturaleza caída, con el fin de hacer llegar el hombre a la plenitud de su ser, de regular y facilitar sus relaciones con sus semejantes y conducirlo a Dios, que es su primer principio y su fin último" (p. 5). Por lo tanto, se parte de la educación física del niño, pues la salud corporal ayuda a vencer las pasiones del corazón (el odio, la envidia, la ira, el temor...) y así, la educación física colabora con la educación moral de la persona, verdadero fin de la pedagogía marianista. Correspondientemente, el profesor marianista debe mostrarse ante su pupilo como modelo de dominio de sus propias pasiones. Sigue el capítulo de la educación de la inteligencia, en el que se recomienda al profesor saber captar la atención de sus estudiantes, haciendo interesantes sus lecciones. Para que el alumno encuentre gusto en el ejercicio intelectual, el profesor debe enseñar de buena gana y con alegría. Al niño se le debe educar, no tanto para adquirir conocimientos, cuanto para que desarrolle las facultades intelectuales del juicio, la memoria y la imaginación.

³⁰ *Manuel de Pédagogie chrétienne...*, imprimerie Gounouihou (Bordeaux 1856), son 174 págs. en-16 y la *Seconde partie...*, imprim. Lafargue (Burdeos 1857); cfr en *EF*, III, 332-333 y Hoffer, *Pédagogie marianiste*, 60; ejemplares en BIGMAR: 1580. 20.

³¹ Circulares nº 24 (17-III-1851) sobre educación en general y educación de la inteligencia; nº 25 (1-V-1851) sobre la educación del corazón; nº 27 (20-I-1852) sobre los métodos de enseñanza; nº 28 (1-VI-1852) sobre la educación de la voluntad y la vigilancia; nº 42 (27-III-1856) sobre la disciplina en la educación; nº 60 (5-V-1861) sobre la autoridad en la educación y nº 63 (23-XI-1861) la educación cristiana obra principal de la S. M.

³² Seguimos a Kauffman, *Education and Transformation. Marianis Ministries in America since 1849* (New York 1999) 123-128 y un estudio sobre la pedagogía marianista en "Extraits du Guide du Maitre", en *Le Messager de la Société de Marie*, 9 (1-VI-1898) 306-309 y nº 12 (1-XII-1898) 443-446.

El *Manual* pone un fuerte interés en la educación moral del niño; pues dentro de la mentalidad burguesa en la que ha nacido, se entiende que la finalidad última de la escuela es educar en la virtud, como expresión de la religión. En el siglo del positivismo científico, se afirma que “la ciencia sin la religión es lo más peligroso que se pueda usar, pues la experiencia prueba que la ciencia no guiada por la virtud, a menudo se convierte en un instrumento de las pasiones y en un poderoso medio para hacer el mal”. Se propone, entonces, la educación de las inclinaciones positivas del corazón, entre las cuales se destaca el “deseo instintivo, la necesidad del amor de Dios”; deseo que unido al amor a sí mismo como preservación de la especie, a la disposición natural a ayudar al prójimo y al amor del bien, ha de ser orientado para enseñar a los alumnos a distinguir el bien del mal.

Este sentido moral, o mejor antropológico, de la educación marianista se nutre de la doctrina del padre Chaminade sobre la fe del corazón, en cuanto que centro de la libre determinación existencial de la persona ante Dios³³. El *Manual* pretende formar el corazón del alumno; esto es, el núcleo dinamizador de la persona, verdadero centro de la pedagogía marianista. En este orden, en el *Manual* subyace una antropología moderadamente optimista o un humanismo relativamente positivo, que es la fuente del talante liberal de la pedagogía marianista; pues aunque el pecado original ha pervertido la orientación del corazón humano, se afirma que la educación cristiana puede “restablecerlo, todo cuanto es posible, en su función original”. Para ello, el profesor marianista debe ser una persona llena de indulgencia, ternura y compasión, virtudes del corazón de las que él se presenta como modelo. Y por lo mismo debe evitar una presentación de Dios como juez todopoderoso que manda obediencia y amenaza con castigos eternos, porque esto causa temor, pero no amor. Por el contrario, el profesor marianista ha de presentar a Dios como “un tierno padre que ama (a los niños), que es providente de su bienestar temporal y eterno (...). ¿Qué niño puede rechazar un Dios así?” En consecuencia, el maestro marianista ha de tomar por divisa de todo su hacer, el lema “Dios es amor”. De esta manera se hace una sólida síntesis entre la piedad sentimentalista y el sentido moral de la religiosidad burguesa. El maestro marianista debe educar en los sentimientos naturales de la piedad filial, la gratitud, la benevolencia, la compasión y la amistad; valores morales que estarán presentes en el discurso pedagógico de los grandes pedagogos marianistas y en el que serán formadas generaciones de alumnos en todos los países a los que se extenderá la escuela marianista.

Igualmente, estaba la voluntad de proporcionar libros escolares comunes a todos los establecimientos marianistas “que estuviesen en armonía con el plan de estudios que se adopta para las escuelas (...). Pues el mejor medio de establecer la unidad de enseñanza en un cuerpo (...) debe no solo actuar para alcanzar el mismo fin sino de la misma manera. Este importante trabajo se encuentra lejos de estar terminado”³⁴. Se esperaba dar a las escuelas marianistas una marcha más regular y uniforme que ayudara a su mejor desarrollo y más eficaz dirección desde la Administración General. Tampoco en este punto se partía de cero, pues desde la época del fundador la Compañía se había preocupado de publicar libros de texto para uso de sus alumnos. Pero también aquí el padre Caillet hizo progresar esta práctica docente marianista. Su Asistente de Instrucción, padre Fontaine, se interesó, entonces, en la revisión y mejora de los textos ya existentes. El procedimiento fue el mismo que el empleado para la composición de los métodos pedagógicos: en las vacaciones de verano reunía en el Noviciado de Santa Ana de Burdeos a un grupo de religiosos prestigiosos y experimentados, procedentes de todas las Provincias (don Francisco Girardet, don don Juan Bautista Hoffman y don Luis Heinrich de Alsacia; don Francisco Boby, don Domingo Hausséguy y don Pedro Serment del Franco-

³³ Sobre la enseñanza chaminadiana de la fe del corazón y sus implicaciones antropológicas, teológicas y morales, cfr. A. Gascón, *Defender y proponer la fe*, 249-258; el P. Caillet aplica esta doctrina a la educación en la circular nº 25 (1-V-1851) sobre la educación del corazón, en *Circulaires*, 169-187.

³⁴ P. Caillet, circular nº 27 (20-I-1852), en *Circulaires*, 200 y sigs.

Condado; y don Bernardo Gaussens, don José Morel y don Juan Fabre del Midi), con el fin de redactar textos escolares comunes para las escuelas marianistas. La circular del padre Caillet, del 20 de enero de 1852 daba noticia de esta tarea. Así nacieron cursos completos de lectura, de gramática, de ejercicios de francés, de elementos de aritmética, de geometría, dibujo, manuales de geografía, de Historia Sagrada, de Historia de la Iglesia, de Historia Antigua, de Historia de Francia, Colecciones de canciones... Estos libros, llamados los “clásicos marianistas”, fueron obras de gran valor didáctico porque estaban escritas a partir de la experiencia escolar de los docentes marianistas. De tal modo que, cuando a partir de 1860 los libros escolares se multiplicaron en todas las ramas de la enseñanza, las escuelas marianistas contaban con un buen número de ellos y sus ediciones eran revisadas sin cesar, según pidió el Superior General, padre Chevaux, en su circular del 30 de noviembre de 1869.

Un tercer objetivo a completar en la misión escolar de la Compañía fue organizar los estudios de los jóvenes religiosos, que se preparaban para integrarse en la tarea docente. Por las dos Ordenanzas sobre los estudios y los exámenes de los hermanos docentes, ambas del 30 de agosto de 1856, el Consejo General abordó este campo tan decisivo en la formación de un cuerpo religioso dedicado a la enseñanza³⁵. En ambas ordenanzas se trazaba un programa de estudios religiosos y profanos muy detallado, así como los exámenes prescritos que al final de cada curso debían pasar todos los religiosos jóvenes, durante la semana que precedía a los ejercicios espirituales anuales. El padre Caillet, a través de sus circulares, fijaba las fechas de exámenes, las materias y las calificaciones; asegurándose del cumplimiento de este método de formación académica que implantó una tradición en la Compañía. Los religiosos jóvenes estaban obligados a obtener los grados académicos necesarios para ejercer la docencia, estudiando por su cuenta, matriculados como alumnos libres en los Liceos y Escuelas Normales y teniendo que preparar las asignaturas al mismo tiempo que estaban empleados en la tarea escolar y aprovechando los tiempos de vacaciones para estudiar.

En conclusión, el padre Caillet logró dar a las comunidades y a las obras escolares una perfecta cohesión escolar y religiosa y, aunque en sus circulares se repitiera la necesidad de atajar los abusos y la relajación –como una suerte de tópico piadoso-, la práctica diaria era que los superiores y las comunidades vivían en la más perfecta regularidad y el más encendido entusiasmo por la educación de la juventud. Un ejemplar de esta perfecta sincronía de vida religiosa y de trabajo escolar fue la escuela de Colmar en Alsacia, bajo la dirección de don Augusto Klein, desde 1856, que matriculaba la enorme cifra para la época de 1.100 alumnos, atendidos por una comunidad de más de 20 marianistas. Los religiosos llevaban una vida tan perfectamente regular que la casa parecía una continuación del Noviciado; el director era el alma de la casa y estaba presente en todos los actos escolares y comunitarios. Una franca alegría animaba los recreos de los religiosos, y un reverencial silencio reinaba durante las horas de estudio; conferencias religiosas y pedagógicas, retiros mensuales e indicaciones del director eran tan frecuentes como en una casa de formación. Cada sábado el señor Klein revisaba los diarios de clase de sus profesores y en un boletín anotaba sus comportamientos en lo profesional y en lo religioso. La preparación escolar de los alumnos reflejaba la plena dedicación de sus profesores. Los planes de estudio eran muy exigentes; a los 14 años los alumnos salían de la escuela con un perfecto conocimiento del francés y del alemán y los Inspectores oficiales felicitaban a los maestros marianistas. En la primera exposición universal de París, de 1867, la escuela de Colmar obtuvo por los trabajos de sus alumnos el tercer puesto de todas las escuelas de Francia y el director recibió una medalla de oro que fue donada al Papa. La formación religiosa de los alumnos era igual de exigente. Todas las mañanas, agrupados por clases, los niños eran reunidos a las 7’30 h. en la iglesia de San Martín. Era impresionante asistir al acto religioso oyendo a los niños

³⁵ Lebon, *Histoire d’un siècle*, 28; Caillet, *Ordonnance sur les études et les examens des Frères instituteurs de la SM* (30-VIII-1856) y el *Programme d’études complémentaires pour les Frères instituteurs de la SM* (30-VIII-1856).

recitar al unísono las oraciones y los cánticos religiosos. “Jamás, en el catecismo, - recordaba monseñor Marbach, antiguo párroco de Colmar- he visto alumnos que me produjeran mejor impresión: los niños estaban inmóviles como soldados bajo las armas y, sin embargo, se les veía contentos; escuchaban sonrientes y respondían con seriedad, imitando a sus maestros; también los padres notaban en los profesores marianistas esta mezcla de gravedad y serenidad, de fuerza y de bondad, de la que su fundador parecía haberles dado el secreto.”³⁶

3. EXPULSIÓN Y REVITALIZACIÓN DE LA OBRA MARIANISTA EN SUIZA

En el momento en que la Compañía de María acudió a Suiza, en el curso 1839-1840, para hacerse cargo de la escuela parroquial Santa María de Friburgo parecía abrirse un futuro cargado de promesas para la tarea escolar marianista entre las familias católicas en el país helvético. En efecto, cinco años después, al asumir el padre Caillet el generalato, los Marianistas regentaban en Suiza la escuela parroquial de Friburgo, otra escuela parroquial en Lausana, la escuela municipal y la Normal de Sion y la escuela municipal de segunda enseñanza en lengua alemana de Tavel; un total de 18 religiosos estaban destinados en el país. Todavía al año siguiente (1846) se recibirá la escuela municipal de Altdorf. Pero el desarrollo de los acontecimientos políticos, con la guerra civil de la Sonderbund de 1847, en la que los liberales y los cantones protestantes se impusieron a los católicos, frenó la vitalidad de la expansión marianistas, con la expulsión de Friburgo, Lausana y Tavel.

a) Promesas de expansión

En el curso 1846-1847 la obra escolar marianista se auguraba un futuro prometedor: las autoridades municipales de Friburgo unificaban la escuela parroquial Santa María con la escuela municipal, bajo la dirección de los religiosos marianistas, y la Provincia de Alsacia recibía la dirección de la escuela municipal de Altdorf.

El Ayuntamiento de Altdorf (cantón de Uri) buscaban maestros para la escuela municipal masculina. Con esta preocupación se dirigió al padre Teodosio Florentini, que había sido profesor de la escuela durante los años 1842 y 1843. Florentini les remitió a la Compañía de María y el Canciller del cantón, José Arnold, se dirigió por cartas del 27 de diciembre de 1845 y 26 de abril de 1846 al director de la casa de Saint-Hippolyte, padre Andrés Fridblatt, solicitando información sobre las condiciones en que la Compañía aceptaba un centro escolar. El 1 de junio de 1846, la Asamblea Municipal encargó al Consejo Municipal entrar en negociaciones con don Francisco Javier Enderlin.³⁷

Enderlin viajó a Altdorf para examinar las condiciones del contrato; con la información recogida elaboró un informe para la Administración General, en términos favorables. Los Superiores aceptaron la oferta y el 27 de agosto comunicaba Enderlin la respuesta al Ayuntamiento de Altdorf, avisando que la Compañía podría hacerse cargo de la escuela. El día 30 la Asamblea Municipal aceptó el contrato con los Marianistas y la Compañía se hizo cargo de la dirección de la escuela en este el curso académico 1846-1847. La nueva obra se adjudicaba a la Provincia de Alsacia. A finales de octubre Enderlin viajaba a Altdorf acompañando a los dos maestros marianistas don Miguel Wittemann, en el puesto de director, y don Arnaldo Wittersheim, para ayudarles a organizar la nueva obra antes de la apertura del curso. Los trabajos de acondicionamiento estuvieron terminados el 4 de noviembre y la escuela pudo abrir sus clases. Pero los comienzos fueron difíciles, porque la escuela estaba escasamente dotada de muebles y de materiales escolares y los alumnos eran niños no acostumbrados ni a la disciplina ni al trabajo escolar. Don Francisco Enderlin hubo de permanecer cierto tiempo en Altdorf para ayudar a los dos religiosos a

³⁶ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 40-41.

³⁷ Pegin, *Les marianistes en Suisse*, 46-47; Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 42-45.

organizar la escuela e imponer orden y disciplina entre los alumnos. A partir de este momento, el rendimiento escolar de los niños fue admirable y las autoridades municipales manifestaron su agradecimiento a los religiosos.

En cuanto a la ciudad de Friburgo, se vio que la rivalidad entre la Escuela parroquial Santa María y la Escuela municipal iba en detrimento de la educación en la ciudad; por este motivo, las autoridades municipales propusieron la fusión de ambas escuelas, confiando la dirección a la Compañía de María³⁸. En febrero de 1847 las conversaciones estaban muy adelantadas y el director Enderlin se dirigió al padre Caillet en demanda de más profesores para la atención escolar del futuro centro que se estima en 500 alumnos. La fusión de ambas escuelas se firmó el 11 de mayo de 1847, entre el Ayuntamiento de Friburgo y la Compañía de María. La nueva escuela oficial de la ciudad conoció una notable prosperidad; aumentó el número de alumnos y el de religiosos que se elevó a diez.

b) Guerra de la *Sonderbund* y expulsión de las Congregaciones religiosas

Como en todos los países europeos del siglo XIX, también en Suiza los elementos liberales, bajo la influencia de las ideas políticas de la Revolución francesa, se aplicaron a la formación de un Estado unitario y fuertemente centralizado, regulado por una norma constitucional común, que pusiese fin a la dispersión territorial y legal de las formas políticas premodernas. Este proceso será largo y no se hará sino a través de revoluciones liberales y de guerras civiles.

En Suiza se elaboraba, desde 1832, un proyecto de Constitución unitaria, sometida a la deliberación de los cantones. Era la voluntad política de los gobiernos liberales someter a la Iglesia católica a un Estado centralizado, al que se han de supeditar todas las demás instituciones públicas. Este principio se pretendió implantar en la reunión de los cantones de Berna, Lucerna, Soleure, Basilea-Campagne, Argovia, Thurgovia y San Gal, tenida en la ciudad de Baden los días 20 a 27 de enero de 1834. El resultado de esta conferencia fueron los llamados *Artículos de Baden*, por los que se pretendió imponer las medidas características de control del Estado liberal sobre los asuntos internos de la Iglesia: necesidad del "placet" del Gobierno a los documentos de la Iglesia, supervisión de los seminarios diocesanos y religiosos, limitación del número de conventos, atribuciones sobre el matrimonio, limitar el número de fiestas religiosas... Aunque tales artículos no llegaron a aplicarse, no obstante, esta política fue sentida por la Jerarquía y por los fieles como el intento de hacer prevalecer el dominio de los cantones protestantes sobre los católicos. De esta forma el conflicto político se fue transformando en un enfrentamiento religioso, el cual se polarizó hacia 1840 en torno a la cuestión de las órdenes religiosas, y en especial la Compañía de Jesús, a la que los liberales pretendían expulsar del país.

La causa de la guerra civil se gestó en 1841 cuando los católicos obtuvieron el gobierno del cantón de Lucerna, y volvieron a llamar a los Jesuitas expulsados de este cantón. Los radicales y protestantes de los cantones vecinos de Argovia y Berna organizaron cuerpos militares que hostigaron a los de Lucerna y esta acción provocó que los siete cantones de mayoría católica (Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwald, Zoug, Friburgo y Valais) en diciembre de 1845 se coaligaron formando una liga defensiva con el nombre de *Sonderbund*; decisión que fue sentida por los cantones protestantes y los grupos liberales como una violación de la Constitución federal y el 20 de julio de 1847 y la Dieta federal ordenó la disolución de la *Sonderbund*. Pero "la mayoría de los católicos estaban resueltos a verter hasta la última gota de su sangre antes que someterse a una mayoría radical, de suerte que una guerra civil era inminente"³⁹. En efecto, en 1847 se desencadenó la guerra en la que sucumbieron las fuerzas católicas. Los cantones vencidos recibieron gobiernos liberales partidarios de una Iglesia sometida al control del Estado. Por La nueva Constitución de 1848, Suiza era

³⁸ Pegin, *Les marianistes en Suisse*, 40-41.

³⁹ Carta de Enderlin al P. Caillet, Friburgo, 19-VII-1847, en Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 60.

transformada de una confederación de Estados (de origen medieval) en un Estado confederado. La Constitución proscibía a los Jesuitas y los católicos fueron aislados social, política y culturalmente. Esta situación, sin embargo, sirvió para aumentar la cohesión interna del catolicismo suizo; intensificó su vinculación con Roma y desaparecieron los restos de episcopalismos. Los católicos adquirieron, ahora, un talante conservador y ultramontano; y reducidos en su preeminencia social, fortalecieron su identidad espiritual.

La derrota de la *Sonderbund* afectó de diferente manera a los establecimientos marianistas presentes en los cantones de Friburgo, Valais y Lausana. A los diez religiosos marianistas al frente de la Escuela de Friburgo, les afectaron inmediatamente las leyes de proscipción⁴⁰. Las autoridades cantonales negociaron la capitulación en la noche del 14 de noviembre de 1847. Al día siguiente por la mañana entraron los soldados federales en la ciudad de Friburgo y por la tarde el señor Enderlín despedía a los alumnos declarando la Escuela clausurada. La misma suerte sufrió la Escuela de Tavel. Los religiosos abandonaron los dos establecimientos y sólo Enderlin permaneció esperando la evolución de los acontecimientos, en medio de la confusión, los saqueos y pillajes de las tropas liberales hacia las propiedades e instituciones católicas. Por fin, el 19 de noviembre la Dieta federal emitía un decreto de expulsión del cantón de Friburgo de los Jesuitas y de todas las Órdenes que estuviesen “afiliadas” con la Compañía de Jesús, entre las que se enumeraba a la Compañía de María. Aquel mismo día, el Consejo declaraba nulo y sin efectos el contrato del 11 de mayo de unificación de la escuela municipal y la parroquial. La Constitución cantonal del 4 de marzo de 1848 elevaba el decreto de expulsión a ley constitucional. Enderlin, ahora, tuvo que abandonar el país al que ya no volvió más, después de haber empleado diez años de su vida en el intento de implantar en él la escuela marianista.

En la ciudad de Sion, cantón de Valais, donde los marianistas regentaban la escuela municipal y la Escuela Normal, el curso terminaba a finales de julio de 1847 con la amenaza de la guerra⁴¹. El señor David, director de la comunidad, dudaba que las clases se pudieran reiniciar después de las vacaciones de verano. No obstante, el curso estival de la Escuela Normal se pudo dar sin impedimentos. El curso escolar comenzó en octubre de 1847, pero en el mes de diciembre llegaron a Sion las tropas federales. El desorden político que siguió a la ocupación desencadenó la revolución en la ciudad, con las confiscaciones de las propiedades eclesiásticas y de los miembros de las fuerzas opositoras.

Altdorf también fue ocupada por el ejército federal, pero la disciplina reinante en sus tropas evitó todo saqueo y permitió el desenvolvimiento normal de la escuela municipal dirigida por los Marianistas. Respecto a Lausana, dado que la ciudad no formaba parte de la *Sonderbund*, no conoció la guerra; por este motivo, durante el conflicto bélico el director de la escuela marianista, don José Morel, hizo de intermediario entre los religiosos y la Administración General. Pero también en esta ciudad, los religiosos marianistas tuvieron que abandonar la escuela parroquial en julio de 1847, al terminar el curso escolar; si bien el decreto de expulsión fue dado el 16 de diciembre de 1847. El párroco y el consejo parroquial les entregaron un atestado de reconocimiento por la calidad docente de los hermanos y por “inculcar a los niños los principios que deben hacer de ellos buenos católicos”. Todos los feligreses quedaban consternados por la marcha de los religiosos que significaba una gran pérdida para Lausana y la parroquia.⁴²

Al llegar la paz, durante las sesiones de debate de la futura Constitución federal, el cantón de Zurich impuso como ley constitucional la expulsión de los Jesuitas y de las Órdenes que le estaban afiliadas. En realidad, todas las Congregaciones religiosas pasaron a estar prohibidas; pero los términos generales en

⁴⁰ Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 66-68; H. Lebon, *Histoire d'un siècle*, 53-55.

⁴¹ Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 71-80.

⁴² Dos documentos de 20-VII-1847 y 21-XII-1847, recogidos por Simler en la circular nº 43 (15-VIII-1887) 3-4.

los que se expresaba la ley permitía toda clase de interpretaciones, por lo que en la práctica era necesaria una denuncia formal para ser expulsado del país. Los religiosos de Altdorf no conocieron denuncias, pudiendo continuar sin interrupción su labor docente.

En cuanto a las autoridades municipales de Sion, defendieron la causa de los Marianistas, aún cuando el 9 de diciembre de 1847 el gobierno provisional del cantón, constituido por elementos radicales, había decretado la expulsión de los Jesuitas y sus afiliados. Pero el burgomaestre de la villa suplicó al Gran Consejo cantonal que no aplicara a los Marianistas el decreto de expulsión o al menos diferirlo; y con el apoyo de los padres de familia obligó al ejecutivo a remitir la decisión al legislativo; en estos trámites legales transcurrió el año escolar. Entre tanto, el Gran Consejo no llegó a tomar una decisión y en la sesión del 9 de junio de 1848 el Consejo de Estado decidió “confiar todavía por este año (1848–1849) la escuela normal a los Marianitas (sic)”⁴³. De esta manera, la Compañía de María pudo continuar al frente de la escuela primaria y de los cursos de verano para los maestros.

Mientras que los religiosos marianistas se pudieron mantener en Sion, por el contrario, fueron expulsados de Lausana. En efecto, el 8 de diciembre de 1847 el señor Morel sufrió un interrogatorio por el prefecto del distrito sobre su pertenencia religiosa a la Compañía de María. El día 15, el presidente del Consejo de Estado le comunicaba que los marianistas debían abandonar Lausana, pues el gobierno friburgués les había declarado como afiliados a los Jesuitas. Así, el 16 de diciembre de 1847 cada religioso de la comunidad recibió del prefecto del distrito la notificación de expulsión del cantón; y el día 22 los tres religiosos que formaban la comunidad abandonaban la escuela, ante la consternación de la población católica⁴⁴.

Así pues, después de la guerra de la *Sonderbund* y tras la Constitución liberal de 1848, los Marianistas tuvieron que abandonar las escuelas de Friburgo, Tavel y Lausana; y sólo se pudieron mantener en las ciudades de Sion y de Altdorf.

c) Revitalización de la obra escolar marianista

La derrota de los siete cantones católicos en la guerra de 1847 dejó a la Iglesia sometida al nuevo Estado liberal. No obstante, la Constitución de 1848 reconoció la libertad de cultos y otorgó autoridad a los cantones para adaptar en su territorio la reglamentación federal en las relaciones con la Iglesia. Estas disposiciones legales favorecieron la situación jurídica de los católicos en los cantones en los que eran minoritarios. A pesar de la oposición de los librepensadores radicales al libre desarrollo de la Iglesia católica, provocando la clausura de numerosos monasterios y conventos y la supresión de la enseñanza religiosa en algunos cantones, sin embargo, los liberales en el poder legislaron con cierto sentido de la tolerancia. De esta suerte, las obras católicas pudieron desarrollarse y entre ellas la tarea escolar marianista. En Sion, el decreto de expulsión del 21 de diciembre de 1847 no se siguió, gracias a las influencias de amigos fieles y poderosos quienes por vía del burgomaestre de la ciudad, señor de Riedmatten, suplicó al Gobierno provisional no aplicar el decreto sobre los Marianistas o, al menos, diferir su aplicación. El Gran Consejo no tomó ninguna decisión y al cabo de un año, la orden de expulsión cayó en olvido. Este favor permitió a la escuela de Sion gozar de un auge sorprendente y contribuir, así, al

⁴³ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 59; Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 83-84.

⁴⁴ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 57-58; el señor Morel recibió cargos de gran responsabilidad en Francia: Hermano maestro de novicios en Réalmont (1848-1850), de 1869-1873 fue adjunto de Primera enseñanza al Inspector General; luego, desde 1868 fue Inspector de la Provincia del Midi.

afianzamiento de los cursos de verano para los maestros de escuela y a la dirección del orfanato.⁴⁵

En efecto, en el año 1850 las autoridades civiles dieron en alojamiento a los Marianistas y a sus alumnos una parte del inmueble de Valère, que habían ocupado hasta su expulsión los Jesuitas, a cambio de aceptar la dirección de un internado destinado a los alumnos del colegio que no vivieran en la ciudad; el internado, denominado Santa María, tuvo una enorme demanda y en 1855 acogía a 50 alumnos. El director, don Pedro Pablo Roth, hombre emprendedor, a petición de los padres de familia, abrió, además, una pequeña sección de pago, llamada escuela especial, con el fin de impartir una formación intelectual más intensa capaz de preparar a los niños para su ingreso en los colegios estatales o privados de segunda enseñanza. Era una iniciativa modesta que en 1854 sólo contaba 9 alumnos. Pero el número de internos continuó creciendo y el señor Roth obtuvo de las autoridades civiles el permiso para ocupar todo el inmueble del antiguo colegio de los Jesuitas. También la sección de pago aumentó y llegó a matricular tantos alumnos que hacía competencia a la escuela municipal; entonces, el Consejo Municipal, dominado por liberales radicales, mandó cerrarla en julio de 1869, bajo la acusación de ser una educación no democrática. Pero ésta medida no supuso contratiempo porque desde 1855 los religiosos estaban encargados de impartir las asignaturas de los cursos de “Principios” y “Rudimentos” del Colegio-Liceo de Sion y, también, la dirección de la escuela de segunda enseñanza cantonal creada por el Estado en 1863; esta escuela estaba junto al colegio marianista y en sus aulas se formaron los futuros comerciantes, hombres de negocios, industriales, empleados de ferrocarril... representantes de las nuevas profesiones de la sociedad capitalista. La escuela fue la semilla para la creación de secciones de comercio y formación de profesionales técnicos y científicos.

La obra escolar marianista gozaba de intensa vida académica y religiosa. En 1861 fue fundada la Congregación mariana, en la que se recibieron a los alumnos con mejores dotes morales y espirituales. La influencia religiosa de los congregantes sobre sus compañeros fue inmediata y pronto surgieron numerosas vocaciones religiosas y sacerdotales, empezando por monseñor Abbet, obispo de Sion.

Además de la dirección de la escuela primaria, desde 1846 los marianistas dirigían cursos de verano para formar a futuros maestros; actividad que siguió en activo durante la guerra de la *Sonderbund*. Con fecha de 9 de julio de 1848 el Consejo de Estado decidió “confiar todavía por este año la escuela normal a los Marianitas (sic)”. Esto suponía que después de terminar el curso académico, durante el verano los religiosos continuaban atendiendo los cursillos pedagógicos para los futuros maestros de escuela. Pero este sobre esfuerzo impedía el adecuado descanso de los religiosos, por lo que el señor Roth, apoyándose en el decreto de 1849 sobre la separación de estos cursos en dos secciones, una de lengua francesa y otra alemana, pidió al Gobierno que la sección francesa fuera dada por los Canónigos de Saint-Maurice y los alumnos de lengua alemana recibieron su formación de los Marianistas en Sion. Esta situación duró de 1852 a 1859 en que las dos secciones volvieron a reunirse en Sion, bajo la dirección de los Marianistas. En aquel año se atendió a 50 maestros, de los que 45 vivían en régimen de internado. Los jóvenes maestros asiduos a los cursos, al tercer año pasaban un examen ante la comisión oficial que discernía los méritos para recibir el brevet definitivo de instructor o de regente. Después de los exámenes, los religiosos marianistas impartían a estos jóvenes maestros un retiro espiritual para renovarlos en las virtudes cristianas y en los sentimientos de fidelidad a la misión de la educación de la infancia y juventud. Estos cursillos estivales desaparecieron en 1875, a raíz de la ley de 4 de julio de 1873 por la

⁴⁵ Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 59. 62 y 64; Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 85-86. 100-101; Oskar Köhler, “Evolución del catolicismo en Suiza”, en Jedin (dir.), *Historia de la Iglesia*, VIII, 133-143.

que se creaban las Escuelas públicas de Magisterio con un programa docente de dos cursos de ocho meses cada uno. Gracias a las gestiones de don Agustín Lamón con el señor Bioley, jefe del departamento de Instrucción pública del cantón, el Consejo de Estado firmó un contrato con la Compañía de María, el 16 de octubre de 1875, para que ésta se hiciera cargo de la sección bilingüe de la nueva Normal que abrió sus puertas el 3 de enero de 1876, bajo la dirección de don Jorge Hopfner al frente de una comunidad marianista enviada específicamente para esta tarea.

En cuanto a la escuela municipal de Altdorf, en el cantón de Uri, terminada la guerra, en 1847 el Ayuntamiento y la Compañía llegaron a un contrato muy ventajoso para los Marianistas, por el que se daba a los religiosos un alojamiento amueblado y libre de alquiler, y una pensión anual de hasta 600 francos franceses. El crecimiento de la escuela exigió el contrato de un tercer religioso en 1849 y en 1871 la comunidad recibió un cuarto religioso. Su tercer director, don Esteban Winné (1858-1888), se reveló un excelente pedagogo. Hizo acopio de materiales didácticos para enseñar morfología, sintaxis, historia de Suiza y geografía, que con el tiempo sirvieron de base para diversos libros escolares, sobre todo de una famosa gramática de primera enseñanza. El mismo prestigio pedagógico cosechó su sucesor en la dirección, don Domingo Klotz.

Además de las obras que sobrevivieron a la guerra civil, se pudieron hacer dos nuevas fundaciones: en 1855 los Marianistas recibieron en Basilea una escuela parroquial de primera enseñanza y en 1858 la dirección de un orfanato en Sion. La creación de la escuela parroquial de Basilea se remontaba a 1800, en que los católicos abrieron una escuela confesional para sus hijos, con el fin de apartarlos de la influencia del protestantismo. Con grandes sacrificios económicos lograron abrir la escuela gracias a la actividad del canónigo Román Heer, primer párroco en la ciudad desde que ésta se pasara a la Reforma. En 1822 la escuela recibió el reconocimiento del Consejo de la ciudad. En 1839 la sección femenina se separó y se abrió una escuela para las niñas, confiada a las Hijas de la Providencia. El crecimiento de la población católica en la ciudad favoreció el aumento de niños que frecuentaban la escuela, en tal modo que el párroco ya no podía atenderla, sino que era necesario ponerla bajo la dirección de una Congregación religiosa masculina. A esta tarea se aplicó el párroco, padre Sebastián von Büren, con la oposición de un grupo de padres partidarios de continuar bajo la autoridad parroquial. A finales de junio de 1855 von Büren se trasladó a Saint-Hippolyte para presentar su petición al provincial de Alsacia, padre Andrés Friedblatt y obtener religiosos que se ocuparan de la dirección. La Administración General aceptó el envío de dos religiosos, con un salario anual de 700 francos además de los gastos de alojamiento; el contrato se firmó el 20 de septiembre en 1855.⁴⁶

A inicios de noviembre, don Miguel Goepp, como director y superior, y don Leodegar Ehram comenzaron su actividad escolar en Basilea. A los Marianistas les impresionó la actitud firme y resuelta de la minoría católica, entre cinco y seis mil fieles, y su fidelidad a las prácticas religiosas, sin poder hacer manifestación pública de su fe. También los religiosos padecieron esta situación, viéndose verbalmente atacados en los diarios de la ciudad y padeciendo algún incidente, como el protagonizado por grupos de provocadores a consecuencia de la definición del dogma de la Inmaculada el 8 de diciembre de 1864. Pero la mayor contradicción vino de la misma comunidad católica dividida entre los partidarios de continuar bajo la dirección del párroco y los promotores de poner la escuela bajo la guía de una Congregación religiosa. El enfrentamiento entre los dos grupos fue tan fuerte que en noviembre de

⁴⁶ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 56; Pugin, *Les Marianistes en Suisse*, 87-88 y Fibicher, *Les Marianistes en Suisse*, 47-48. Lebon y Pugin atribuyen los problemas a la oposición de los protestantes y liberales, cuando la causa de mayores conflictos estuvo en la división de la comunidad católica a favor o en contra de que la escuela fuera entregada a una Congregación religiosa docente.

1856 el gobierno se vio obligado a intervenir para renovar el comité escolar con los partidarios de la medida tomada por el padre von Büren. Medida sancionada al año siguiente por el *Petit Conseil* de la ciudad que dictó un reglamento en el que la administración de la escuela quedaba bajo un comité de seglares obligado a dar un informe anual. No obstante estas dificultades, la escuela prosperó gracias al aumento de la población católica y a la política favorable del gobierno conservador. En consecuencia, a partir de 1863 en que don Antonio Nonnenmacher sucedió en la dirección a don Miguel Goepp, la escuela conoció un notable desarrollo, hasta 1884 en que fue cerrada, víctima de la política de los católicos liberales unidos a los radicales frente a los católicos ultramontanos para expulsar de la enseñanza a las Congregaciones religiosas y someter la escuela al Estado. Pero hasta esa fecha la escuela parroquial disfrutó de una vida floreciente. En efecto, el número de alumnos creció constantemente, pues si a la llegada de los religiosos la escuela recibía a cien niños, en 1859 se elevó a ciento treinta y nueve, atendidos por tres marianistas y en 1864 los alumnos matriculados eran doscientos sesenta y seis y los religiosos cinco. Por este motivo hubo que construir un nuevo edificio escolar cerca de Hattstätterhof; además, en 1869 se creó una escuela de comercio; entonces se recibían trescientos cuarenta y ocho alumnos y en 1873 la escuela tenía 8 clases con 9 profesores marianistas para 415 alumnos.

La otra obra cuya dirección fue encomendada a la Compañía de María en 1858 fue un orfanato en la ciudad de Sion en el que se acogía a 24 muchachos. Pero su dirección sólo se pudo sostener hasta 1869⁴⁷. En 1858, a petición de un patronato benéfico presidido por el canónigo de la catedral, padre Stockalper, el director del internado marianista de la Valère, don Pedro Pablo Roth, aceptó la petición de dirigir un orfanato que se abría en una granja situada en el altozano de Champlan, cercano a Sion, por un contrato de 200 francos anuales, cifra del todo insuficiente. Las condiciones de habitabilidad de la granja eran paupérrimas, casi desprovista de mobiliario y con recursos económicos ínfimos. Los primeros religiosos fueron don Martín Schmidt, como director, don Juan María Pussot y Julián Carteron, a los que les tocó vivir horas de auténtico heroísmo. Para poder sobrevivir alquilaron unas tierras que trabajaban los religiosos y sus pupilos, además de ocuparse de todas las tareas domésticas. Pero como los recursos económicos no alcanzaban, don Martín tuvo que mendigar comida y ropa por la ciudad; si bien, gozaron siempre de la simpatía y el apoyo de los párrocos.

Compartiendo con los jóvenes aquellas duras condiciones de vida y con un intenso fervor espiritual, los religiosos ejercieron una profunda influencia educativa y religiosa sobre los muchachos. Aunque los superiores intentaron mejorar la suerte de esta casa y en 1864 relevaron de la dirección al agotado don Martín Schmidt por don Aloisio Gerber, no lograron cambiar la situación precaria de la obra. Tras ensayar la construcción de un molino de grano y una planta de abonos agrícolas, los resultados insuficientes obligaron a retirarse de esta obra en 1869, dada su inviabilidad económica para sostener a los jóvenes y a los religiosos. De la obra se hicieron cargo las Hermanas de la Santa Cruz de Ingenbohl, que se encargaron de asegurar la marcha del orfanato con mejoras materiales y trasladándolo a la ciudad; así en 1881 el orfanato recibió el nombre de San José. La obra educativa había tenido su origen en el duro trabajo de los religiosos marianistas.

Expresión de la recuperación de la obra escolar marianista fue el despertar vocacional entre los jóvenes suizos. El primer marianista suizo, don José Pédroz, era originario del católico cantón del Valais y profesó sus primeros votos en 1852. Luego vinieron los religiosos laicos Agustín Lamon, José Pralong, Juan Bagnoud, Antonio Bétrisey, Francisco Bonvin, Esteban Berclaz, Carlos César Mudry, Alfredo Julier, Aloisio Lager y, entre los sacerdotes, José Follonier y Pedro Courten.

⁴⁷ Pugin, *Les marianistes en Suisse*, 92-99.

4. LA FUNDACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hasta fines de los tiempos napoleónicos la Iglesia católica había sido substancialmente una iglesia europea. Hacia 1815 había en Europa más de 100 millones de católicos de los que más del 60% vivían entre Francia, el Imperio de los Habsburgo y España; tres países que estaban todavía relativamente poco afectados por la revolución industrial.

La Compañía de María naciente se expandió con celeridad moderada en la Francia de la Restauración, merced al despertar del sentimiento religioso acontecido en el país y a la rápida reconstrucción institucional de la Iglesia bajo la Monarquía restaurada en las personas de Luis XVIII y Carlos X. Así, en los veintiocho años que van de la fundación de la Compañía en 1817 al Capítulo General de 1845 donde se eligió al padre Caillet para sustituir al fundador en el gobierno de la Compañía, el personal creció en 300 religiosos repartidos en 40 casas; todas en Francia menos las cuatro de Suiza, en un marco cultural muy similar al francés.

En conclusión, la Compañía de María reproducía la fisonomía del catolicismo europeo. Sin embargo, la fundación en 1849 en los Estados Unidos de América proporcionó a la Compañía una rápida expansión en un país decididamente orientado hacia el progreso industrial. Los católicos norteamericanos, en rápido y permanente crecimiento estadístico debido a la inmigración europea, necesitaban escuelas católicas en las que formarse conservando su credo religioso, frente a la mayoría sociológica de las diversas confesiones protestantes. En este marco de libertad legal y propicio en lo social, religioso y cultural, la Compañía de María tendrá una vida floreciente en vocaciones y en obras escolares.

a) El catolicismo norteamericano

En 1815, año del Congreso de Viena, los católicos en los Estados Unidos sólo llegaban a ser unos 150.000 fieles atendidos por unos 100 sacerdotes; cifras que respondían a las de una pequeña diócesis en Europa occidental. Desde la independencia del país en 1785 los católicos eran una minoría social frente a la mayoría protestante. Pero esto no va a suponer un problema para la vida de la Iglesia católica porque en virtud del ideal democrático de la sociedad norteamericana y de la enorme diversidad de confesiones, el Estado reconocía el principio de la libertad religiosa. Por el artículo 6 de la Constitución de 1789 la Iglesia se encontraba en una situación de separación pura del Estado; es decir, la República norteamericana no profesa ni prohíbe ninguna confesión religiosa y la Iglesia católica, que no recibe ninguna ayuda económica del Estado, goza de plena libertad para elegir sus obispos y organizar sus cuadros pastorales y administrativos.⁴⁸

Tras la independencia de la metrópoli, el principal problema que se le presentó a la Santa Sede fue la formación de una Iglesia norteamericana, con Jerarquía y diócesis. El primer paso a dar fue nombrar prefecto apostólico al sacerdote John Carrol (1735-1815), hermano de uno de los autores de la *Declaración de la independencia* de 1776. Antiguo jesuita y formado en Roma, Carrol estaba firmemente convencido de los principios de separación Iglesia-Estado y de la tolerancia religiosa. Carrol era el hombre idóneo para orientar los diversos grupos étnicos y lingüísticos de inmigrantes católicos hacia una misma Iglesia norteamericana. En noviembre de 1789 la Santa Sede erigió las diócesis de Baltimore y Maryland; y Carrol fue nombrado arzobispo de la primera tras su consagración episcopal el 15 de agosto de 1790.

En el primer tercio del siglo XIX el catolicismo norteamericano estaba compuesto por un conglomerado étnico-lingüístico constituido por inmigrantes irlandeses y alemanes, sobre todo. Eran poblaciones de baja extracción cultural, mano de obra barata, que vivían agrupados en barrios en torno a la parroquia y a la escuela

⁴⁸ Aubert, "La Iglesia católica y la restauración", en Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, VII, 295-304.

parroquial; circunstancia que les va a hacer blanco de los sentimientos xenófobos de la población anglo-protestante. Hacia 1825 se despertó en la sociedad norteamericana una oleada de hostilidad contra los extranjeros. Este llamado movimiento *nativista* generó un resentimiento agresivo anticatólico a causa de la protesta de los católicos contra la obligación impuesta a todos los alumnos de las escuelas estatales de participar en la lectura de la Biblia. El medio para evitar que los niños de las familias católicas frecuentasen la escuela pública, impregnada de pensamiento y actos religiosos protestantes, fue recurrir a la creación de escuelas católicas vinculadas a las parroquias, gestionadas por el clero diocesano y encomendadas a las Congregaciones religiosas. A los *jesuitas*, *dominicos*, *sulpicianos* y *agustinos*, existentes ya en tiempos de Carrol, se añadieron en 1816 los *lazaristas*, en 1832 los *redentoristas*, en 1841 los *padres de la Santa Cruz*, en 1844 los *franciscanos*. Entre las Congregaciones femeninas de origen europeo, figuraron las *Damas del Sagrado Corazón* (1818), las *hermanas de San José de Cluny* (1831), las *hermanas de Nuestra Señora de Namur* (1840); pero pronto surgieron congregaciones nativas, signo de la vitalidad de la joven iglesia norteamericana: a las *Hermanas de la Caridad* de Elizabeth Seton se añadieron en 1812 las *Hermanas de la Caridad de Nazareth*, las *Hermanas de la Providencia* (1829) y las *Hermanas de la Sagrada Familia* (1842).

Aunque urgía la atención escolar a los niños de las familias católicas en las escuelas parroquiales, de las que en 1840 había ya unas 240 en todo el país, también se fundaron orfanatos y hospitales dirigidos por religiosos y religiosas, en modo tal que desde los primeros decenios del siglo XIX se creó una tupida red de instituciones católicas, benéficas y culturales, tan característica del catolicismo norteamericano, con la intención de responder a las necesidades inmediatas de una Iglesia formada por inmigrantes pobres. Instituciones que, gracias a la total separación de la Iglesia y el Estado, pudieron crecer y organizarse sin trabas legales.

El incremento de la población católica vino a darse en la década de los años cuarenta a consecuencia de la inmigración de irlandeses y alemanes. De tal modo que si en 1840 había 663.000 católicos (el 4% de la población de Estados Unidos), en 1850 el número se elevaba a un millón de fieles (de ellos 700.000 inmigrantes). El proceso continuó y en 1860 eran tres millones de católicos y en 1870 se alcanzaba la cifra de cuatro millones y medio (11% de la población). Mientras que los alemanes se establecieron preferentemente en el campo, los irlandeses, demasiado pobres para emprender una parcela agrícola, no tuvieron otra salida que emplearse como trabajadores industriales o en el servicio doméstico en las grandes ciudades portuarias o industriales del nordeste, hecho que proporcionó al catolicismo norteamericano un moderno carácter urbano y proletario. La corriente, siempre creciente, de inmigración irlandesa reavivó en las ciudades la campaña *nativista*, bajo el nuevo nombre del *knownothingism*, que reanudó los actos violentos anticlericales en los años 1854 y 1855; y que sólo con la Guerra Civil se calmaron definitivamente.

El permanente aumento de la población católica, juntamente con la expansión y colonización de las tierras del oeste y la incorporación entre 1845-1848 de Oregón e Idaho, Texas, Nuevo México y California, obligó a la Jerarquía católica a organizar la administración eclesiástica de estos nuevos territorios. Así se crearon las nuevas diócesis de Galveston (1847) para Texas, Santa Fe (1850) para Nuevo México, Monterrey-Los Ángeles (1850) y San Francisco (1853) para California. En los estados rurales del centro y del sur, donde la población habitaba dispersa en propiedades agrícolas, activos prelados como J. B. Purcell (arzobispo de Cincinnati entre 1833 y 1883) fundaron en torno a las ciudades que iban naciendo nuevas diócesis: Chicago, Milwaukee, Little Rock (en 1843), Cleveland (en 1847), Saint-Paul y Savannah (en 1850), Springfield, Cavingston y Alexandria (en 1853), Marquette y Fort Wayne (en 1857) y Green Bay, La Crosse y Columbus (en 1868).

Gracias al espíritu práctico y emprendedor de los obispos americanos –de los que dos tercios eran originarios de Europa en 1852- se logró que durante el pontificado de Pío IX se pasase de 700 sacerdotes en 1846 a 6.000 hacia 1875, permitiendo incrementar el número de parroquias. Al mismo tiempo continuaron llegando religiosos y religiosas, sobre todo de Francia, que ayudaron a multiplicar las

escuelas e instituciones caritativas católicas. Es en este marco donde se debe ubicar la fundación de la primera obra marianista en los Estados Unidos, en la archidiócesis de Cincinnati en 1849.

b) La vocación misionera del padre León Meyer

El padre León Meyer, sacerdote marianista alsaciano, alentaba un ferviente deseo misionero para trasplantar la Compañía de María en la prometedora Iglesia norteamericana, para la atención escolar de los hijos de las familias de inmigrantes alemanes.⁴⁹

La petición más inmediata a la Compañía de María para fundar en tierras americanas se remonta a 1839, cuando el sacerdote Richard-Bôle, oriundo de Besançon y que ejercía su ministerio en Sainte-Marie, en Jefferson County (Arkansas), en diciembre de 1839 escribía al padre Chaminade pidiendo religiosos marianistas para colaborar en la misión de Arkansas, a través de la dirección de escuelas, porque “de esta manera la población será nuestra”. Pero Chaminade se excusó, alegando no disponer de religiosos suficientes para una fundación tan lejana. No obstante, existía entre los religiosos marianistas un deseo misionero de fundar en el Nuevo Mundo; Chaminade lo sabía y lo alentaba en la espera de disponer de hombres suficientes; entonces, “nosotros abrazaremos de buena gana esta obra, cuando llegue el momento del Señor”.⁵⁰

Entre los marianistas más deseosos de incorporarse a la corriente de misioneros hacia los Estados Unidos se manifestaba el padre León Meyer. Meyer, ya antes de ser marianista, alentaba una vocación misionera desde que siendo capellán del Hospital de Estrasburgo, una visionaria muy popular en la ciudad, tal vez Apolonia Fitsinger, le había revelado que la Santísima Virgen le había escogido para ser su servidor fiel y que estaría “obligado a cruzar el mar”.

El padre León Meyer nació el 25 de abril de 1800, en Eguisheim (Alsacia) en una familia de costumbres patriarcales y acendrada fe católica, que durante el Terror revolucionario había escondido a sacerdotes en su propia casa y que dio casi todos sus hijos a la Iglesia⁵¹. Con la llegada de la Restauración, el joven León comenzó sus estudios sacerdotales en Luxeuil, Vesoul y Estrasburgo, fue ordenado sacerdote en esta última ciudad el 20 de septiembre de 1823. Su obispo, monseñor Tharin, por mandato del 9 de agosto de 1825 le nombró capellán del hospital de esta ciudad. Pero Meyer se sentía atraído por la vida monástica y ya siendo seminarista se había retirado a la Trapa de Mortagne, de la que sólo se volvió por una orden expresa de su padre. Una vez sacerdote pensó en hacerse jesuita y con permiso de su obispo, al principio del verano de 1827 se encaminó al noviciado que la Compañía de Jesús mantenía en Friburgo de Suiza. Durante el viaje tenía que pasar por la propiedad de los Marianistas en Saint-Remy con la intención de matricular en su internado a su hermano Benito. El joven sacerdote llegó a Saint-Remy durante las jornadas de retiros pedagógico-religiosos a los maestros de escuela; el padre Carlos Rothéa le rogó que permaneciera allí unos días para ayudarlo en el ministerio sacerdotal. El régimen de vida austero y el entusiasmo de los religiosos por su misión, atrajo al padre Meyer hacia la Compañía de María y tras pasar los meses de verano en Saint-Remy, en lugar de dirigirse a Friburgo se encaminó al Noviciado de la Compañía de María en Burdeos. Muy apreciado por su Obispo, por carta personal lamenta que abandone la diócesis y

⁴⁹ Christopher J. Kauffman, *Education and Transformation. Marianist Ministries in America since 1849* (New York 1999) 46-69, al que seguimos.

⁵⁰ Chaminade al P. Richard-Bôle, Burdeos, 9-IV-1840, en *LCh*, V, 172.

⁵¹ Sobre el P. León Meyer existe una biografía de John G.Graves, *Fahter Leo Meyer's. 13 Years, at Nazareth*, edición corregida y completada por Joseph H. Lackner (Dayton-Ohio 1997); fuentes documentales en AGMAR: RSM-Meyer, Léon; hay noticia biográfica en *LCh*, II, 295-297 y descripción de su persona por el padre Demangeon, *Notes sur la Société de Marie. 1840-1894* (manuscrito en AGMAR: 17.6.292, transcrito y anotado por A. Albano), ed. La Gerbe (Roma 1997) 145-146; “La vocation de M. l'abbé Léon Meyer”, en *Le Messenger*, nº 30 (junio 1900) 431-436.

le desea que sea “un buen sacerdote y un buen religioso”. Así, tras un año de prueba en el Noviciado de San Lorenzo, el 20 de octubre de 1828 hizo profesión de por vida de sus votos religiosos en las manos del padre Chaminade.

Por su carácter enérgico, fuerte personalidad y apasionado sentimiento religioso, sin despreciar sus buenas dotes intelectuales, en una Compañía de María con muy pocos sacerdotes (9 sobre 128 religiosos en 1833), el padre León Meyer será reclamado para desempeñar importantes tareas de gobierno; así, su primer destino fue de profesor y capellán en Saint-Remy; en 1833 pasó a ser párroco, capellán y Maestro de novicios en la parroquia, internado, Escuela Normal y Noviciado que la Compañía mantenía en el establecimiento de Courtefontaine; y diez años después, en 1843, sucedió al padre Chevaux como Provincial y Maestro de novicios de la recientemente creada Provincia de Alsacia, con residencia en la casa central de Ebersmunster; puesto que ocupará hasta su envío misionero a los Estados Unidos en 1849.

Por su origen familiar y su reciedumbre personal, el padre León Meyer poseía un sentido tradicional del catolicismo y de la vida religiosa, que identificaba con la vida monástica, enmarcada en un ámbito socio-cultural rural aislado del mundo urbano, tal como manifestó en su primera voluntad de ingresar en la Trapa y los diversos diplomas de asociado a diferentes Trapas de Francia. También cultivaba una piedad sentimental, basada en una tierna devoción mariana, unida a formas de piedad populares y tradicionales como la recitación asidua del rosario y del Oficio Parvo de la Inmaculada, la invocación a las almas del purgatorio y una confiada devoción a san José. Esta sensibilidad espiritual contrastaba con su exterior adusto de hombre corpulento y robusto. Meyer practicaba un ascetismo riguroso y severo, que acompañaba de una pobreza material extrema, manifiesta a todos en su vestimenta remendada y gastada y en una alimentación frugal. Si en el gobierno de los religiosos actuaba con rigor, en el trato pastoral con los jóvenes sabía ser afectuoso y ganarse sus voluntades; Chaminade reconocía que había pocos sacerdotes como Meyer que supieran ganarse a la juventud para la piedad. Más fogoso que cerebral, era el hombre apto para fundar una obra; no para dirigirla.

Gracias a tamaña fortaleza psicológica y a su determinación en la fe, Meyer pudo sostener con energía, aunque no sin conflictos, los primeros pasos de la fundación marianista en Estados Unidos.

c) La escuela parroquial de la Santísima Trinidad (Cincinnati)

La vocación misionera del padre León Meyer se despertó cuando una visionaria, Elisabeth Eppinger, llamada la “extática de Niederbronn”, le comunicó que los Marianistas deberían “ir a América”. Con el entusiasmo de esta nueva revelación, el 12 de abril de 1846 escribió a su Provincial, padre Chevaux, pidiéndole permiso para unirse a una nueva colonia establecida por el barón bávaro G. H. Schroeder, en Marienstadt, al norte de Harrisburg (Pensilvania)⁵². Pero el Consejo General se mostró precavido hacia la nueva fundación, habida cuenta de que los Redentoristas de Lieja y las Hijas de Nuestra Señora de París se habían desilusionado de este proyecto. Meyer no se desanimó. Los acontecimientos revolucionarios de 1848 habían generado en la Iglesia la mística de la deflagración universal del liberalismo contra la Iglesia de Cristo. El mismo papa Pío IX, que por motivo de la revolución había tenido que huir de Roma para refugiarse en el reino de Nápoles, estaba convencido de ello. Se generó, entonces el sentimiento de que Dios se servía de la revolución para purificar a la

⁵² Meyer relató este encuentro con la “extática de Niederbronn” en dos cartas al P. Chevaux, del 3-V-1848 y 11-VI-1848, en AGMAR: 25.8.815 y 816. Elisabeth Eppinger, en religión sor María Alfonso (1814-1867), fundó en 1849 la congregación del Santísimo Salvador (el proceso diocesano de beatificación se abrió en 1951, en la Congregación de Ritos en 1955 y la aprobación de sus escritos tuvo lugar en 1963); sobre la fundación del barón Schroeder en Pennsylvania, cfr. AGMAR: 25.8.82. 809-810 y 815.

Iglesia en Europa; sólo la vuelta a una práctica ascética de la fe, la meditación de la pasión de Cristo y la entrega heroica a la extensión de su reino, sobre todo en las misiones extranjeras, podría calmar la ira de Dios. El padre Meyer parece haber absorbido este pensamiento, tal como se manifestaba en su correspondencia con el provincial Chevaux y estaba dispuesto a llevarlo a la práctica en cuanto se presentara la primera ocasión.

Esta se presentó cuando en 1848 el padre Clemente Hammer, párroco de la Santísima Trinidad, la primer parroquia de inmigrantes de lengua alemana en la ciudad de Cincinnati, tuvo ocasión de hacer un viaje a Europa; con este motivo conoció el bien que los religiosos marianistas hacían en las escuelas de la región de Alsacia. De regreso Estados Unidos, se dirigió al misionero jesuita padre Francisco Javier Weninger, de origen austriaco y que había conocido la labor docente marianista en Alsacia, para que reclutara a estos religiosos, con el fin de enseñar a los niños de la escuela parroquial. El 18 de octubre de 1848 Weninger se dirigió por carta al señor Sigwart Mueller, antiguo alcalde de Lucerna, expulsado de Suiza a consecuencia de la derrota de la liga católica de la Sonderbund, y ahora refugiado en Ribeaupillé, para que se pusiera en contacto epistolar con el Superior General. Otra carta del obispo de Cincinnati, Juan B. Purcell, confirmaba la necesidad de religiosos docentes para la escuela de la Parroquia de la Santísima Trinidad. Finalmente, en carta fechada el 23 de abril de 1849 el señor S. Mueller comunica al padre Caillet todos los requisitos que éste le había pedido para la nueva fundación. Consecuentemente, en Consejo General fue unánime al aceptar el establecimiento en cuestión. Conociendo el ardiente deseo misionero del padre León Meyer, y dado que hablaba perfectamente el alemán, el 28 de abril de 1849 el padre Caillet le escribió la “obediencia” para que se pusiera al frente de la obra que se iba a recibir en Cincinnati, con la misión de extender la educación católica y el amor a la Virgen. Acompañaba una carta personal en la que le manifestaba la confianza que le merecía para esta misión por la dedicación que siempre había mostrado a las obras de la Compañía en todos los puestos de gobierno. El padre Meyer era enviado a implantar la Compañía de María en el nuevo mundo, preparando a la Virgen María corazones llenos de piedad filial en los futuros alumnos y en los jóvenes que se presentarán para incorporarse a la Compañía de María. El 28 de mayo, Meyer, acompañado por don Carlos Schultz, un postulante a hermano obrero de 27 años nacido en Baden, embarcaba en Le Havre rumbo a Nueva York, a donde llegaron el 4 de julio. De aquí se dirigieron a Cincinnati. En su circular del 24 de mayo de 1849, el padre Caillet informaba a todos los religiosos de este viaje y les pedía sus oraciones para el buen desenvolvimiento de esta nueva misión en “Cincinnati (América)”.⁵³

Situada en la ribera del río Ohio en una depresión rodeada de montañas, Cincinnati era en 1850 la quinta ciudad más poblada de los Estados Unidos con 115.000 habitantes. La diócesis, erigida en 1828, abarcaba el estado de Ohio y parte del territorio de Michigan. Existía una fuerte presencia de inmigrantes de lengua alemana, atraídos por la expansión económica de la ciudad y la riqueza agrícola de su suelo. En 1840, el 31% de la población de la ciudad (46.000 habitantes) eran alemanes; y un 75% de ellos, católicos; quienes identificaban su lengua y sus tradiciones culturales con su fe católica. Para ellos, en 1834 se había creado la Parroquia de la Santísima Trinidad. Monseñor Purcell, que había sucedido al obispo fundador de la diócesis era de origen irlandés; a los 18 años, había emigrado a los Estados Unidos, donde fue seminarista, si bien completó la Teología en el Seminario de San Sulpicio, en París. Parcell poseía el característico genio práctico de los obispos norteamericanos para organizar el crecimiento de las parroquias de inmigrantes. Entre 1834 y 1861 instituyó diez parroquias para alemanes, a las que dotó de párroco y del característico gobierno trusteeista. La Iglesia era el aglutinante cultural de la común identidad germana, expresada con el lema del jesuita Francisco Javier Weninger, “la lengua alemana preserva la fe del pueblo”. Consecuentemente, las primeras obras de

⁵³ “Obediencia” de Caillet a Meyer, Burdeos, 28-IV-1849, en AGMAR: RSM-26, Ibidem: 93.1; reproducida por Lebon, *Histoire d'un siècle*, 59-60 y Caillet, circular nº 17, Burdeos, 24-V-1849.

los Marianistas en el Nuevo Mundo se dieron a través de las comunidades germano parlantes. En efecto, durante el período fundacional de 1849 a 1862, los marianistas enseñaron en las parroquias germano-americanas de la Santísima Trinidad, Santa María y San Pablo en Cincinnati y Emmanuel, Santa Filomena y San José en Dayton.

Cuando el padre Meyer y el hermano obrero don Carlos Schultz llegaron a Cincinnati el 16 de julio de 1849, la ciudad se encontraba sumida en una epidemia de cólera. Entonces, monseñor Parcell les envió a la parroquia de Emmanuel en la ciudad de Dayton, distante 60 millas al nordeste de Cincinnati. La Parroquia estaba dirigida por el sacerdote don Enrique Juncker y en su primer encuentro con el padre Meyer se quedó sorprendido de que los Marianistas le hubieran enviado un sacerdote y un hermano obrero, en lugar de religiosos docentes como se esperaba. Meyer, entonces, el 10 de agosto escribió a su Provincial Chevaux, pidiéndole el envío urgente de cuatro religiosos dispuestos a aprender inglés y a impartir clase en las escuelas parroquiales de la Santísima Trinidad y de San Pablo. Entonces, en los ejercicios espirituales de la Provincia de Alsacia, en Ebersmunster, el Superior general pidió voluntarios para América. Entre los elegidos fueron enviados los hermanos don Andrés Edel, hábil agricultor, que estaba destinado de maestro en la escuela libre de Saint Dié, don Máximo Zehler, joven profesor de 24 años destinado en la escuela municipal de Saint-Marie-aux-Mines; don Juan Bautista Stintzi, con 28 años y maestro en la escuela primaria municipal de Obernai; y don Damián Litz, nacido en Baden (Suiza), que a sus 27 años se hallaba destinado en la casa central de Ebersmunster y que se presentó voluntario cuando don Augusto Klein no pudo embarcar para la misión en curso. Los cuatro se presentaron en Cincinnati el 3 de diciembre de 1849; más de un mes después de la apertura del curso escolar.

El espíritu con el que estos religiosos abrazaban la nueva misión lo podemos resumir en el carácter y ofrecimiento de don Andrés Edel, quien movido por un intensa vocación misionera y un sentido amor a la Virgen se ponía a disposición de sus Superiores escribiendo desde Saint-Dié el 23 de septiembre de 1849: *“me desprendo de todo cuanto naturalmente amo, mis padres y mi patria, por algo que amo espiritualmente, el servicio a Dios. (...) Lloro de felicidad; de poder dejar no sólo a mis padres y a mi patria, por amor de nuestro amable Maestro. Pueda este nuevo sacrificio realizarse con prontitud y ser agradable a Jesús y a María. ¡Que yo nunca sea infiel!”* Edel se ofrecía con el deseo de incorporarse a la misión entre los 250.000 emigrantes europeos que desembarcaban todos los años en América, la mayor parte de ellos pobres. *“A estos pobres, necesitados de iglesias y de pastores se les encomiendan sacerdotes; y para sus hijos, necesitados de instrucción y de educación cristiana, aquí estamos nosotros”*.⁵⁴

El más relevante de los cuatro era don Damián Stintzi, que llegó a ser un magnífico profesor y un destacado luchador a favor de la causa católica en el medio cultural norteamericano. Stintzi fue un gran propagandista y comunicador en la prensa católica germano-americana, preocupado por orientar a los católicos en los debates de política escolar del momento. Extraordinariamente activo y emprendedor, sería la persona más relevante para arraigar la Compañía en los Estados Unidos.

Aunque el padre Meyer había acordado con los párrocos de la Santísima Trinidad y de San Pablo que cada religioso recibiría un salario anual de 600 dólares, al llegar la hora de la verdad, sólo se les ofrecía 400 dólares. Entonces, Meyer, de acuerdo con el Vicario de la diócesis, aceptó solamente la escuela parroquial de la Santísima Trinidad, dirigida por Stintzi, por estar en posesión del Brevet simple, acompañado por el señor Litz, y a Edel y a Zehler se los trajo a Dayton con la finalidad

⁵⁴ Carta de Meyer a Chevaux, del 10-VIII-1849 pidiendo envío de religiosos en AGMAR: 25.8.828; Meyer a Chevaux con la noticia de la llegada de los cuatro religiosos, Cincinnati, 9-XII-1849, en AGMAR: 25.8.829; las obediencias de los cuatro en AGMAR: 15.2.1, p. 96; nota biográfica de don Andrés Edel en *LCh*, II, 500-501, y su carta para ser enviado a América en AGMAR: 150.3.44; sobre don Juan Bautista Stintzi, en *Le Messager de la Société de Marie*, 30 (junio 1900) 438-440; 31 (julio 1900) 458-464; y 32 (agosto 1900) 483-488.

de comenzar con ellos un internado-escuela en la finca allí adquirida para comenzar en el curso 1850-1851.

d) Escuela católica y valores cívicos

La fundación de los Marianistas en la archidiócesis de Cincinnati discurrió a través de dos modelos educativos: el de las escuelas parroquiales y el de las academias privadas (posteriormente, éstas evolucionarían hacia el grado del "College")⁵⁵. Las escuelas parroquiales permitieron a los Marianistas extenderse entre las comunidades católicas alemanas; mientras que las academias fueron el medio para hacerse presentes en las ciudades de San Antonio (Texas), Honolulu (Hawai) y San Luis.

El programa de estudios de las academias abarcaba los grados de primera y segunda enseñanza; a las tradicionales disciplinas científicas y humanísticas, se añadían estudios prácticos de comercio y laboratorios de ciencias con el fin de preparar tanto para los estudios superiores como para la inmediata dedicación profesional. Mientras que las escuelas parroquiales pertenecían a los "trusts" en que se organizaron los católicos para sostener las parroquias, las academias eran creaciones de sociedades privadas independientes de la Jerarquía. Así, las escuelas parroquiales estaban bajo la autoridad del párroco, con el que el padre León Meyer y sus sucesores se acordaban en el contrato de dirección de la escuela. En dichos contratos se especificaba una pensión de entre 300 y 400 dólares por religioso, la casa de residencia de la comunidad, la comida, cocina y una sirvienta. La escuela parroquial imitaba el modelo característico de un establecimiento escolar marianista, en el que la vida colegial marcaba los horarios y formas de vida de los religiosos; así, el claustro estaba formado sólo por maestros marianistas y el director lo era a la vez de la escuela y de la comunidad religiosa. Lógicamente las fricciones con los párrocos eran frecuentes, por discrepancias pedagógicas, administrativas o por el simple cambio de religiosos muy queridos en la escuela.

Los valores cívicos y formas de piedad que se transmitían en estas escuelas estaban orientados a fortalecer la comunidad católica en un medio religioso plural, dominado por el protestantismo y amenazado de rebrotes nativistas antiemigratorios y anticatólicos. De ahí la insistencia en educar en los valores burgueses de la disciplina, la moralidad, la ciudadanía y el respeto a la autoridad y a la propiedad, dominantes en una sociedad tan desarrollada como la norteamericana. En cuanto a la piedad, los católicos reforzaron sus signos de identificación religiosa a través de la devoción a la Virgen, al Santísimo Sacramento, la observancia de los ayunos y abstinencias, las indulgencias, la confesión y la misa dominical, la insistencia en la unidad doctrinal y disciplinar en torno al papado, que dieron lugar a un revivalismo católico. Estaba claro que los docentes marianistas cultivaron estas formas de la piedad y de los valores cívicos, a través de los cuales los católicos se incorporaron al desarrollo económico y político del país.⁵⁶

e) La casa-madre de Dayton

En la misma misiva del 10 de agosto de 1849, en la que el padre Meyer pedía el envío de más religiosos, se mostraba entusiasmado con el proyecto de adquirir una finca de más de 50 hectáreas cercana a Dayton que le vendía un noble, descendiente de la familia real escocesa, llamado Juan Stuart; finca de la que Meyer quería hacer la Saint-Remy de América. Para su fortuna, así lo entendió también el Consejo General que le autorizó a comprarla. La firma de compraventa tuvo lugar el 19 de marzo de

⁵⁵ Kauffman, *Education and Transformation*, 70-73.

⁵⁶ La convergencia entre la educación marianista y los valores de la cultura burguesa, como explicación de la expansión de la Compañía de María en U.S.A, y su contribución al desarrollo del país es la tesis que sostiene Kauffman, *Education and Transformation*, 87.

1850 por 12.000 dólares al 6% de interés anual (que se acabó de pagar en 1855)⁵⁷. En honor de la Sagrada Familia, el padre Meyer llamó a la finca "Nazareth", como si fuera la casa madre de María para los religiosos marianistas, consagrados por su profesión religiosa a la Virgen Inmaculada. Los inicios fueron difíciles, porque el padre Meyer tuvo que someter la vida de la comunidad a una ascética vivencia del voto de pobreza para poder afrontar los plazos anuales de la hipoteca; además, a finales de diciembre de 1855 un fuego que destruyó la primera construcción vino a retrasar el pago en dos años más sobre los diez acordados.

En la nueva propiedad se abrió una escuela, que a petición de monseñor Purcell, incorporó un internado; el centro escolar, denominado Santa María, abrió sus puertas el 1 de julio de 1850. El pequeño grupo de 12 alumnos, entre los 9 y 12 años, fue puesto bajo la dirección de don Maximino Zehler. Los alumnos pagaron 2 dólares por trimestre y 18 dólares por alojamiento, habitación y pensión incluida. En aquel verano llegaron a Cincinnati tres religiosos más para hacerse cargo de la explotación agrícola y así, durante el verano, Meyer publicó en la prensa local el prospecto de apertura de la *St. Mary's School* para niños en el próximo 1 de septiembre; prospecto al que por voluntad del señor Obispo, se añadió el aviso de que no sería admitido ningún alumno no católico. El programa de estudios ofrecido poseía una orientación teórico-práctica y comprendía las materias de lectura, escritura, inglés, francés y alemán, aritmética, geometría práctica y medidas, contabilidad, historia, geografía, dibujo, música vocal, botánica, agricultura y horticultura. La escuela admitía alumnos internos y externos. Esta escuela marianista no estuvo facultada para otorgar diplomas hasta 1878, por lo que fue una institución docente relativamente pequeña con un promedio de unos cuarenta estudiantes atendidos por tres maestros.⁵⁸

La implantación de la casa de formación y casa central en la propiedad de Nazareth, reproducía el modelo religioso francés: una vasta propiedad agrícola en la que el padre Meyer implantó el más estricto modelo regular de la vida religiosa, que tenía como ideal la vida monástica separada del contagio de la cultura secular. Procedente de un medio rural y formado en una vivencia rigorista y ascética de la religión, el padre Meyer no comprendía cómo se podía vivir la fe católica en un medio económico y social tan desarrollado y con tanto respeto al comportamiento privado de las personas como se vivía en los Estados Unidos. La tolerancia y el pluralismo religioso y el bienestar material de la "american way of life" eran denostados por Meyer como la causa de las pocas vocaciones a la vida religiosa. De ahí que se aplicó a reproducir en Norteamérica el modelo religioso marianista que se vivía en Francia, de un catolicismo enfrentado con el liberalismo; de esta manera la Compañía mantuvo en Estados Unidos la uniformidad en las formas de vida de los religiosos y el centralismo administrativo a los que había sido sometida por el padre Caillet.

Por lo tanto, las dificultades de adaptación al contexto cultural y eclesial americano fueron grandes. Además, el padre Meyer se enfrentó con los párrocos para conseguir elevar los salarios de los religiosos empleados en sus escuelas y lamentando que se limitaran a practicar una pastoral sacramentalista añoraba los métodos pastorales de los colegios marianistas en Francia, en donde los niños eran protegidos del contacto con las costumbres sociales secularizadas. Además, procedió a edificar una iglesia en la propiedad de Nazareth sin los debidos permisos canónicos y a impartir sacramentos, causa de nuevos conflictos con el clero diocesano. Su provincial, padre Chevaux, le instaba a proceder con la mayor circunspección y prudencia para no levantar susceptibilidades entre el clero local y a estar sometido a la autoridad de monseñor Purcell, quien siendo un excelente pastor, como buen irlandés se mostraba muy celoso de su autoridad.

⁵⁷ Información por carta de Meyer a Chevaux, Cincinnati, 10-VIII-1849, en AGMAR: 25.8.828; Stuart mantuvo relación epistolar con Caillet, AGMAR: 126.9.12-18; sobre la descendencia real del señor Stuart no se han encontrado datos.

⁵⁸ Donald Boccardi, *The History of the Cincinnati Province: 1908-2002* (Commissioned by the Cincinnati Province of the Society of Mary 2002) 87-88.

f) La Academia Santa María, en San Antonio (Texas)

San Antonio, en el estado de Texas, era una antigua ciudad colonial española que había sido incorporada a los Estados Unidos en julio de 1845. La ciudad tenía unos 3.000 habitantes y pertenecía a la diócesis de Galveston, de la que monseñor Juan María Odin, misionero francés de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, fue su primer prelado, después de haber sido Vicario apostólico de Texas y de trabajar para que el estado se incorporara a los Estados Unidos. Como todos los obispos norteamericanos se preocupó por establecer nuevas parroquias y un sistema escolar parroquial para los niños de las familias católicas. Nombrado obispo de Galveston trajo a las Ursulinas para las escuelas femeninas y ahora llamaba a los Marianistas para hacerse cargo de la enseñanza de los niños de familias hispanas. Aunque a partir de la anexión a los Estados Unidos la ciudad había recibido una fuerte inmigración de alemanes y angloparlantes que dejaron en minoría social y económica al grupo hispano; éste grupo constituía la mayoría católica, cerca de 8.000 sobre unos 40.000 católicos en todo el estado en 1850. Dada la baja condición social de estas familias, los niños padecían un espantoso analfabetismo, situación que Odin pensaba regenerar por vía de la escuela. Con este fin, desde 1851 Monseñor negociaba con el padre Caillet el envío de una comunidad marianista para dirigir una escuela de niños que había de completar la escuela femenina dirigida por las Ursulinas. En 1852, al viajar a Roma para hacer la visita *ad limina*, Odin se entrevistó en Burdeos con el padre Caillet; aunque el Superior marianista rechazó la oferta, Monseñor le pidió presentar su petición al Consejo general. Odin se comprometía a correr con los gastos del viaje de los religiosos y a buscarles alojamiento, además, aceptaba que los religiosos practicasen el método docente de la Compañía de María. Con tan óptimas condiciones se aceptó la nueva fundación⁵⁹. El Consejo General encomendó la fundación a la Provincia de Alsacia, cuyos religiosos ya estaban en América, y su Provincial, padre Chavaux, se puso en contacto epistolar con el padre León Meyer para que enviara un religioso a San Antonio. Meyer designó a don Andrés Edel para director de la futura escuela y tres religiosos embarcaron en Francia con destino a la nueva fundación en Texas. En marzo de 1852, el señor Edel se reunió en Dayton con los otros tres miembros de la comunidad, don Juan Butista Laignoux, don Nicolás Koenig y el seminarista, Francisco Javier Mauclerc, como futuro sacerdote de la comunidad al recibir las órdenes sagradas en 1852.

Los cuatro marianistas abrieron las puertas del Instituto Santa María el 25 de agosto de 1852. Las matrículas de alumnos crecieron con tanta rapidez que el señor Obispo tuvo que comprar un solar para construir un nuevo edificio escolar. Así, en marzo de 1853 se abrió el Instituto Santa María en su nuevo emplazamiento a orillas del río San Antonio. El Instituto aceptaba niños y jóvenes entre los 8 y los 18 años, en régimen externo y de internado; pero su crecimiento fue lento pues en 1890 sólo matriculaba 400. La novedad del colegio de San Antonio, a diferencia del Instituto Santa María de Dayton, es que se practicó una política de aceptación de alumnos de todos los grupos étnicos y confesiones religiosas, desdibujándose la idea fundacional de una escuela para niños pobres hispanos. La razón de tal pluralidad de alumnos se debía a la ausencia en el estado de Texas de un sistema de escuelas públicas, por lo que las familias protestantes matricularon a sus hijos en el Instituto Santa María atraídos por el buen orden que mantenían los maestros marianistas. El Instituto se vio favorecido por una ley escolar del estado de Texas de 1854, que concedía ayuda económica de los fondos públicos a las escuelas privadas que dieran enseñanza gratuita; era una ley que beneficiaba a las escuelas católicas. Otra ley de 1875 amplió esta ayuda pública a los centros que impartieran enseñanza secundaria. El Instituto Santa María volvió a beneficiarse de las subvenciones estatales hasta 1914.

Monseñor Odin, que profesaba hacia los marianistas una sincera amistad, en 1855 les regaló una fértil finca, propiedad de la Diócesis, en la que se hallaban los

⁵⁹ Kauffman, *Education and Transformación*, 76-82.

restos de la antigua Misión Concepción. El Obispo pensaba abrir un centro de formación profesional en esta gran propiedad agrícola, pero el padre Meyer, excesivamente preocupado por los problemas económicos de Nazareth y contrario al pluralismo religioso del Instituto Santa María, era partidario de retirar la comunidad marianista de San Antonio. Esta posición creó un profundo malestar entre los religiosos, en especial en el director Edel y en monseñor Odin, quien para asegurarse la permanencia de los marianistas en su Diócesis propuso traspasar la propiedad del Instituto y de la Misión a la Compañía de María. La generosa oferta fue aceptada y el acto legal de traspaso de propiedad fue firmado en 1859. La propiedad fue usada para su explotación agrícola y de 1864 a 1869 se puso allí un postulante. Así se aseguró la permanencia de la Compañía de María en San Antonio.

Aunque la Escuela de San Antonio estaba muy alejada de Dayton, se puede reconocer a través de ella el talante de los religiosos marianista para establecer la Compañía de María en el medio católico y cultural norteamericano: pragmatismo y adaptación a las circunstancias, apertura al medio cultural, un cierto estilo tolerante con los vecinos no católicos y, en general, buenas relaciones con la Jerarquía eclesiástica y demás congregaciones religiosas, en mutua colaboración para llevar civilización y cultura a las poblaciones de inmigrantes y a los colonos de las fronteras.

g) La Provincia de América

La colonia marianista en los Estados Unidos comenzó a cosechar sus primeros frutos a partir de 1853. Las matrículas de la Escuela-internado de Santa María, en Nazareth, subieron a unos 20 internos y algo más de 30 externos. Se recibieron nuevas peticiones de dirección de escuelas parroquiales: el padre Juncker, párroco de la parroquia de Emmanuel, en Dayton, solicitó en el mes de febrero religiosos para dirigir la escuela parroquial masculina; y lo mismo sucedió con la escuela de la parroquia de San Pablo en Cincinnati, donde se comenzó el 2 de enero de 1854. En la misma ciudad, el padre Ferneding ofreció la dirección del Orfanato de Saint Aloysius en febrero de 1854, con el hermano Stintzi como director y dos profesores, residentes en la escuela parroquial de la Trinidad; su misión era vigilar el estudio de los niños y acompañarlos en sus desplazamientos a sus escuelas respectivas. La necesidad de construir orfanatos fue muy urgente a consecuencia de las numerosas muertes producidas por el cólera, por cuyo motivo, en toda la Iglesia norteamericana surgieron iniciativas para crear instituciones que se ocuparan de la educación de los huérfanos. Obispos y párrocos llamaron a las congregaciones religiosas para dirigir estos centros sociales y educativos. La insistencia del párroco y del arzobispo convenció a Meyer de estar ante un signo de la Divina Providencia y sin consultar con el Consejo General, aceptó la petición. Pero por problemas financieros y educativos, y por falta de personal religioso, la dirección del Orfanato sólo se extendió de octubre de 1854 a noviembre de 1855. También se aceptó en enero de 1854 en la ciudad de Russia (Ohio) la dirección de una escuela primaria, bajo el nombre de St. Remy Misión, y que sólo se mantuvo un año.

En resumen, según el *Personal* de la Compañía de María que el padre Caillet presentaba en la circular del 24 de enero de 1855, en la nueva Provincia de "América Septentrional" aparecían 22 religiosos empleados en cuatro casas: en el establecimiento agrícola de Nazareth (Dayton), donde se encontraba el Noviciado con 6 novicios y una escuela-internado con 42 alumnos; en esta casa residían el padre Meyer como superior y el padre Mauclerc como capellán; empleados en la docencia estaban don Damián Litz, don Enrique Wustefeld y don José Bey, y otros 6 religiosos obreros se dedicaban al mantenimiento de la casa y a la explotación agropecuaria de la finca. En la ciudad de Cincinnati los religiosos don Máximo Séller, don Andrés Dilger y don Andrés Fritschler atendían a 273 alumnos en la escuela de la parroquia de Santa María; y don José Vogler y don Francisco Hessdorffer daban clase a 192 niños en la escuela parroquial de San Pablo; finalmente, en el Orfanato de San Luis Gonzaga había 71 alumnos bajo la dirección de don Juan Bautista Stintzi y los

religiosos Antonio Heitz, José Radinger y Luis Strobel. En la ciudad de San Antonio (Texas) la Compañía dirigía la Escuela de primera enseñanza, St. Mary's College, con los hermanos don Andrés Edel, don Juan Bautista Laignoux, don Nicolás Koenig, don Carlos Francis, don Augusto Boyer y Goehrig, quienes atendían a 140 alumnos de los que 35 eran internos. A estas obras se debía añadir la misión y escuela de St. Remy en Russia (Ohio) dirigida por el padre Augusto Rollinet y el hermano obrero don Carlos Rollinet.

Con las obras en expansión y recibiendo nuevas solicitudes de dirección de escuelas parroquiales, el Consejo General consideró la necesidad de formar con aquellos religiosos una nueva Provincia en la que el padre León Meyer sería el Provincial. A esta decisión se llegó en la sesión del Consejo General del 10 de marzo de 1855. Con esta misma fecha, el padre Caillet escribía al padre León Meyer nombrándole primer "Superior Provincial de Ohio y de los Estados Unidos de América"⁶⁰. Nombrado Provincial, el padre Meyer se aplicó a la organización de la pequeña colonia marianista asentada en las ciudades de Cincinnati, Dayton y San Antonio. En el gobierno provincial le acompañaban Stintzi, como jefe de Trabajo, y Zehler, en el Oficio de Celo; pero la escasa legislación sobre el gobierno de la Administración Provincial y el fuerte carácter del padre Meyer hacía que, en la práctica, él gobernara directamente todos los asuntos provinciales con el autoritarismo característicos de su voluntariosa personalidad. Condición por la que se fue enfrentando cada vez más con los religiosos.

La casa de formación de la nueva Provincia residía en la propiedad de Nazareth (Dayton)⁶¹. Allí se concentraban postulantes y novicios provenientes de la población católica alemana de la región. Entre los religiosos existía un disgusto manifiesto por la política formativa del padre Meyer. En realidad no existía tal política pues en lugar de preparar a estos jóvenes para la labor docente que habían de desarrollar una vez incorporados a la vida marianista activa, los candidatos de Nazareth eran empleados en las labores agrícolas de la finca, dada la necesidad económica de la comunidad. Muchos de los candidatos no perseveraban y los que lo hacían eran destinados a dar clase sin la necesaria preparación intelectual y pedagógica. Además de la pobre formación religiosa. Toda la obsesión del padre Meyer era lograr pagar la deuda de la finca; si no admitía más candidatos era porque no podía mantenerlos. Pero la austeridad impuesta para pagar la finca se convirtió en la causa de división entre los religiosos de la Provincia. El padre Meyer, ya se ha dicho, tenía por ideal de la vida religiosa el modelo de un gran monasterio completamente equipado y capaz de subsistir por sí mismo gracias a su granja, talleres y campos de labor que le proporcionaban todos los recursos materiales. Como una suerte de colonia benedictina trasplantada al siglo XIX. Pero el trabajo físico iba en detrimento de la formación intelectual y religiosa de los jóvenes marianistas y de sus formadores. El modelo en el que Meyer educaba a los jóvenes religiosos norteamericanos pretendía reproducir el estilo de Saint-Remy. Esto provocaba un vivo rechazo en los marianistas más clarividentes. Don Damián Stintzi se daba cuenta de que así la Compañía de María no se adaptaba al estilo de vida norteamericano y, si bien reconocía que gracias a la gestión económica del padre Meyer la Compañía se sostenía en los Estados Unidos, acabó por pedir a la Administración General que relevaran a Meyer del provincialato y lo repatriaran a Francia.

La prometida expansión de la nueva Provincia de América se topó con graves contratiempos en el año de su nacimiento. En la noche del 26 al 27 de diciembre de 1855 el fuego destruyó el internado, el pabellón de clases y la residencia de los religiosos en la casa de Nazareth. En noviembre del año siguiente la casa estaba reconstruida merced a una hipoteca cuyos plazos se acabaron de pagar en 1861⁶².

⁶⁰ La carta de Caillet a Meyer en Graves (ed. por J. Lackner), *Father Leo Meyer's thirteen years*, 149, en AGMAR: 24.5.443.

⁶¹ Graves (J. Lackner, ed.), *Father Leo Meyer*, 217-227.

⁶² Noticia del incendio y la reconstrucción en cartas de Meyer a Caillet, Nazareth, 7-I-1856 y 10-XI-1856, en AGMAR: 25.8.858 y 861.

Puesto bajo la dirección de don Maximino Zehler el Instituto Santa María conoció su definitivo afianzamiento y una pujante prosperidad. Para recuperarse de las pérdidas materiales sufridas, Meyer sometió a profesores y alumnos a un régimen más severo, si cabe, de trabajo y de ahorro: los niños se tenían que ocupar de la limpieza de las clases, la alimentación se redujo a paupérrimas condiciones, novicios y postulantes tenían que trabajar en el campo descuidando su formación religiosa e intelectual y los religiosos se sobrecargaron de trabajo en detrimento de los ejercicios religiosos.

Por este camino de austeridad, los marianistas se granjearon la fama de avariciosos entre la población; algunos alumnos retiraron sus matrículas y también algunos de los aspirantes a la vida religiosa se marcharon a sus casas. Arreciaron, ahora, las críticas de los religiosos hacia el padre Meyer, al que inculparon de ser un mal administrador y de no saber adaptarse a las condiciones de vida materiales y culturales de la sociedad americana. Este se defendió ante el Superior General aduciendo que las críticas y las defecciones se debían a personas con poca vocación religiosa y que “el fuego purificaba Nazareth”; y se afirmaba en la necesidad de las medidas de ahorro para pagar la deuda por la compra de la finca⁶³. Los ánimos se dividieron y Stintzi, Litz y Heitz, más ambientados al modo de vida americano, se le enfrentaron, llegando a pedir al padre Caillet que le llamara a Francia por “el bien y el progreso de la Compañía en este país”. Le reprochaban su prematuro envejecimiento (con 60 años aparentaba más de 70), su permanente enfrentamiento con el clero diocesano, su desorden en el gobierno y su rigidez en la formación de los novicios, causa del reducido número de vocaciones entre los jóvenes del país.

Pero estos debates quedaban en los ánimos de los religiosos dirigentes de la Provincia; mientras que en la vida cotidiana los religiosos se mostraban observantes de la Regla, trabajadores y austeros; poseían un buen sentido de la pobreza y hacían los ejercicios de piedad con regularidad y fidelidad a sus deberes de estado. Los hermanos empleados en las escuelas parroquiales eran muy estimados, pues vivían en buena armonía con el párroco y la comunidad de seglares de la parroquia. El Capítulo pedía que la Administración General nombrara un Inspector de las escuelas de primera enseñanza porque los hermanos estaban necesitados de una guía escolar. Así lo reconocía el padre Meyer en su Memoria al Capítulo Provincial de 1859 y el padre Caillet daba más importancia a la voluntad del Provincial para gobernar con mano firme y espíritu religioso, con el fin de atajar las deudas económicas que gravaban el establecimiento de Nazareth, que a sus habilidades para ganarse la confianza del clero local o de sus colaboradores. De ahí que hasta que no pagó toda la deuda por la compra de la finca de Nazareth, no lo relevó de su cargo haciéndolo regresar a Francia en diciembre de 1862. En el momento de su partida dejaba la Provincia de América implantada en el Nuevo Mundo con 65 religiosos y 12 establecimientos.⁶⁴

5. FUNDACIÓN EN LOS PAÍSES DE LENGUA ALEMANA

La dirección de una escuela de primera enseñanza en la ciudad alemana de Maguncia, en diciembre de 1851, bajo el amparo del obispo de la ciudad, monseñor Ketteler, y la recepción de un orfanato en 1857 en la ciudad austriaca de Graz, permitió a la Compañía de María extenderse hacia los países de lengua alemana. Los marianistas fueron llamados para desenvolver su apostolado docente en el momento en el que la sociedad alemana se adentraba definitivamente por el camino de la industrialización y el capitalismo liberal, pero en la que todavía se mantenía fuertemente arraigado el catolicismo entre los menestrales de las ciudades y los campesinos, la pequeña burguesía comerciante y empresarial y los funcionarios

⁶³ Motivos del conflicto del P. Meyer con sus religiosos en Graves, *Father Leo Meyer's. 13 Years at Nazareth*, 229-239.

⁶⁴ P. Meyer, Memoria al Capº Prov. de 1859 en AGMAR: 94.1.2.

públicos; factores ambos que facilitaron el desarrollo de los establecimientos escolares marianistas y la recepción de novicios.

En estos años de progreso económico y cambio social, coincidente con el despertar de la conciencia católica en defensa de la libertad de la Iglesia frente al Estado liberal y en el marco del surgimiento de los movimientos apostólicos organizados, el apostolado escolar marianista encontrará una importante demanda social y religiosa.

a) Desarrollo económico y conservadurismo político

Al concluir el Congreso de Viena, Austria y los treinta y nueve Estados alemanes que salieron configurados de la nueva carta política europea volvieron a reimplantar las formas tradicionales de la sociedad y del Estado, bajo el principio de la legitimidad de los monarcas absolutos, con la intención de abortar todo movimiento revolucionario. A la vez, se creó una confederación, la *Deutscher Bund*, que no era nada más que una simple asociación de Estados soberanos presidida por el emperador de Austria, con sede en Francfort; esta asociación no tenía otra finalidad que la de favorecer la preeminencia de Austria sobre el conjunto de los países alemanes. De esta manera los antiguos regímenes absolutistas se afianzaron y buscaron su fortalecimiento en la fuerza social, económica y cultural de las iglesias, la nobleza terrateniente, la burocracia y el ejército. En sociedades todavía agrícolas, con escaso desarrollo industrial y capitalista, las Iglesias siguieron ejerciendo una fuerte influencia tanto sobre las clases dirigentes como sobre los medios populares, manteniendo la representación tradicional de la sociedad, contra las corrientes revolucionarias. Si en la Iglesia católica esto se hacía bajo el signo del tradicionalismo, en el protestantismo triunfaba el pietismo; pero en ambas, los clérigos predicaban la obediencia a los príncipes y la lucha contra el liberalismo, enemigo ideológico declarado de la religión.⁶⁵

En centro-Europa, la economía y la sociedad permanecieron ancladas en formas preindustriales durante la primera mitad del siglo XIX, lo que facilitó el mantenimiento del orden establecido, heredero del antiguo régimen. La agricultura siguió siendo la fuente de riqueza predominante y en ella se ocupaban las tres cuartas partes de la población. Además, se trataba de una agricultura de tipo antiguo, de escasa productividad, incapaz de evitar las carestías crónicas; la propiedad de la tierra permanecía en manos de la nobleza, con pervivencias feudales de dominio sobre el campesinado. La división política del territorio en treinta y nueve Estados, separados por barreras aduaneras y los múltiples sistemas monetarios ofrecía graves dificultades para el crecimiento del comercio y la industria. Solamente en algunas regiones mineras, como Renania, Westfalia, Sajonia, Silesia y Bohemia, aparecieron los primeros focos industriales basados en la minería y en la siderurgia. Pero la forma principal de producción continuaba siendo el trabajo artesanal hecho en pequeños talleres ajenos al concepto de la libre empresa. En tales condiciones las ciudades estaban poco pobladas y en ellas se mantenía la organización tradicional de la vida en la que la influencia de las instituciones religiosas continuaba siendo muy importante.

Las fuerzas de progreso surgieron entre la burguesía comercial y manufacturera de Renania y Westfalia y entre la burguesía intelectual. Estas clases tenían como aspiración política la sustitución del absolutismo monárquico, con su omnipotente burocracia y la preponderancia de la aristocracia, por el moderno Estado burgués. Pero el advenimiento del Estado moderno no acontecerá por vía de la

⁶⁵ P. Guillén, "Europa central de 1851 a 1871", en J. Néré, *Historia contemporánea del siglo XIX* (ed. Labor, Barcelona 1986) V, 169-174; sobre la situación de la Iglesia en los países alemanes, Rudolf Lill, "Reorganización eclesiástica e Iglesia nacional en los países de la Confederación Germánica y en Suiza", "Los países de la Confederación Germánica y Suiza", "Los Estados de la Confederación germánica y Suiza", en H. Jedin (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia. La Iglesia entre la Revolución y la Restauración* (Barcelona 1978) VII, 235-250. 520-538. 695-715

revolución política sino por la necesidad de la industrialización y del desarrollo económico, que conducirá a la formación de una Alemania unificada. Comerciantes e industriales abogaban por la abolición de fronteras fiscales y la creación de un mercado alemán unificado, que estuvo en el origen de la unificación política. Por intereses políticos, el estado Prusiano suprimió las barreras aduaneras entre sus provincias e inició con los Estados limítrofes una serie de negociaciones con el mismo fin que culminó con la creación de la *Zollverein* en enero de 1834.

La puesta en práctica de la *Zollverein* y el desarrollo de los medios de transporte dieron un fuerte impulso al comercio y a la industrialización. Las formas modernas del trabajo industrial se convertirán a partir de entonces en un sector de rápida expansión cuya importancia será la causa principal para la escolarización de la población. En cuanto al mundo obrero, al igual que en Francia, constituía una minoría; pero en algunos centros urbanos formaban ya núcleos densos que eran considerados una amenaza permanente para el orden público, dadas sus protestas contra la dureza de las condiciones de trabajo, el paro crónico y los ínfimos salarios que los tenían sometidos a condiciones de vida degradantes. A pesar de sus agitaciones, se trataba todavía de un proletariado desorganizado cuyas protestas no poseían un verdadero ánimo revolucionario. La conciencia política de la burguesía y del proletariado no se despertó hasta que la recesión económica de 1845 y 1846 provocó la carestía y encarecimiento de los productos, acarreando fuertes pérdidas económicas que arruinó numerosas empresas y generalizó el paro. El descontento reforzó la oposición a los monarcas soberanos: la burguesía acusó a los burócratas de ineficaces y reclamó participar en el poder señalando las urgentes medidas políticas para modernizar los Estados. En aquella coyuntura, Marx y Engels transformaron las antiguas confraternidades obreras en modernas sociedades de trabajadores, sostenidas sobre una filosofía materialista de la historia y guiadas por la estrategia política de la lucha de clases, para la transformación revolucionaria de los medios de producción y del Estado. Así, a partir de la revolución de 1848 el proletariado industrial se fue encuadrando políticamente en la Liga de los Comunistas cuya doctrina se contenía en el *Manifiesto comunista*. Entonces, la burguesía temió la agitación obrera y sacrificó su programa político liberal transformándose en aliada del orden monárquico y aristocrático. La revolución de 1848 pudo, ahora, ser reprimida por las diversas monarquías, con Prusia a la cabeza. Pero en contraste con el reforzamiento político del Antiguo Régimen, la economía se adentró decididamente en la era industrial, gracias al uso generalizado del papel moneda, de la circulación monetaria, de la aparición de los grandes bancos de negocios, que movilizaron el ahorro y propiciaron la creación de numerosas sociedades por acciones para el desarrollo de los transportes, el comercio y la industria, la aceleración de la construcción de la red ferroviaria, de la minería y de la siderurgia. La conjunción de todos estos factores dio lugar a la revolución industrial alemana. Las nuevas máquinas y la tecnología necesitaban personal especializado y esto provocó una fuerte demanda de enseñanza técnica. Se necesitaron institutos politécnicos y escuelas profesionales. Como base de estos centros hubo de crearse en los años sesenta una completa red de escuelas de primera enseñanza.

Los profundos cambios económicos desbordaron la antigua sociedad artesanal y agrícola; la mecanización del trabajo, la política librecambista y la redención de la servidumbre arrojó una enorme cantidad de mano de obra excedente entre el campesinado y el artesanado urbano. Estos dos grupos fueron las principales víctimas de estas transformaciones y constituyeron el mayor contingente de emigrantes (dos millones entre 1850 y 1870) con destino a los Estados Unidos. En cuanto al proletariado industrial, cuyo número y concentración iba en aumento, a partir de 1860 fue mejorando su nivel de vida gracias a la desaparición del paro crónico y al aumento de los salarios. Aunque no se les dio una legislación laboral y las condiciones de trabajo continuaron siendo penosas, sin embargo, la disminución de la represión, la reducción de la jornada de trabajo y el desarrollo de la enseñanza primaria facilitaron la progresiva organización del movimiento obrero, con la reunión en 1862 en Berlín de una asamblea de delegados de las asociaciones obreras.

En cuanto al Imperio de Austria-Hungría, también experimentó una serie de transformaciones sociales, aunque en menor grado que Alemania. La industrialización progresó lentamente debido a la escasez de capitales, al poco interés del Estado y al mantenimiento de las organizaciones laborales tradicionales de naturaleza corporativa. Los núcleos industriales se habían concentrado en Bohemia-Moravia y Viena. También aquí la burguesía pedía la disolución del caduco orden monárquico y feudal y el proletariado se agitaba reclamando mejores condiciones de vida y de trabajo. Pero el miedo a la agitación obrera durante las jornadas revolucionarias de 1848, puso a la burguesía al lado de las fuerzas tradicionales. La abdicación de Fernando I, en su joven sobrino Francisco José, dio inicio a una nueva era. Se promulgó una Constitución unitaria, que sin embargo no fue aplicada pues una patente de 1851 restableció el absolutismo burocrático y militar. Ya no se volvió a discutir la abolición del régimen feudal, pero los derechos reales se podían redimir a cambio de dinero. También en Austria, los años cincuenta se caracterizaron por una reacción conservadora junto a importantes transformaciones económicas, con la peculiaridad de las tensiones nacionalistas dentro del mosaico de pueblos que configuraban el Imperio. Reacción política y desarrollo económico fue el principio de gobierno del ministro Schwarzenberg a finales de 1848 y de su sucesor, en 1852, Alexander von Bach. Gracias a una política de centralismo y germanización de las nacionalidades, a la creación de cámaras de comercio y a la supresión de aduanas interiores, se pacificó el Imperio y se logró dar cohesión a las diversas regiones. El prestigio del joven monarca y la pacificación política atrajo la confianza inversora de los bancos nacionales y extranjeros y la liquidación del régimen señorial liberalizó a los agricultores y arrojó una importante mano de obra para el trabajo industrial. El capitalismo liberal se consolidó, se inició la construcción de la red ferroviaria y la industria textil y la siderúrgica fueron los motores de la industrialización. La germanización del Imperio obligó al ministro Thun a elaborar una importante reforma de la enseñanza en sus niveles secundario, técnico y superior, que tendría efectos duraderos.

En esta nueva situación de prosperidad, por el Concordato del 18 de agosto de 1855 la Iglesia católica consolidó su importancia institucional dentro del Estado neoabsolutista de Francisco José I. El concordato liquidaba el josefinismo y satisfacía las exigencias de libertad de la Iglesia, basándose sobre principios ultramontanos. Las leyes del Imperio no podían ir contra la legislación canónica y el emperador aseguraba a la Iglesia y a sus instituciones su especial protección, si bien retenía el derecho de nombrar a los obispos; éstos creyeron que con el Concordato podrían mantener el carácter cristiano de todas las instituciones públicas y asegurar un fuerte predominio del pensamiento católico en la vida de los ciudadanos; sobre todo en los campos del matrimonio y de la escuela. El amparo legal del Estado permitió a la Iglesia garantizar su influencia en la sociedad como uno de los agentes de mayor actuación ideológica contra el liberalismo. Por el Concordato la Iglesia conservó considerable influjo en la escuela pública, pues la educación escolar debía estar en todo de acuerdo con la doctrina católica y, así, las escuelas de primera enseñanza quedaron sujetas a su control, al tiempo que el Estado convino en la censura de libros hostiles a la Iglesia. Liberales, protestantes y josefinistas protestaron, pero los obispos habían conseguido un gran triunfo.

En definitiva, la religión y las formas tradicionales de la cultura católica pudieron mantener un fuerte arraigo entre el campesinado, los artesanos y comerciantes, los miembros de la administración del Estado y la pequeña burguesía conservadora; clases que constituían la gran mayoría del cuerpo social frente a los núcleos del nuevo proletariado, la alta burguesía industrial y financiera y los liberales radicales, más afectados por la secularización.

En los países alemanes, el sometimiento de la Iglesia al Estado de mayoría sociológica protestante y en manos de los liberales a partir de la revolución de 1848, produjo el despertar de la conciencia católica en defensa de sus libertades. De aquí surgirán las primeras asociaciones católicas, cuyas actividades religiosas, culturales y sociales desbordan los límites diocesanos. Por la política concordataria de la Santa

Sede con los diversos Estados el Papa impuso su autoridad sobre los episcopados locales. Predominio que se vería sostenido por la corriente ultramontana, alentado por las posiciones a favor de la libertad de la Iglesia sostenidas por Clemente María Hofbauer y su amplio círculo de influencia y fortalecido por el nuevo sentido eclesiológico de la escuela de Tubinga. Esta libertad de la Iglesia fue puesta en práctica por algunos obispos de recia personalidad como Görres, Droste y Ketteler. Todas estas actuaciones despertaron la conciencia católica y alentaron el nacimiento del asociacionismo católico militante.

En un medio religioso donde estaban vigentes las formas católicas tradicionales, y en el caso de Austria bajo el amparo del Estado, y con el impulso del despertar católico, resultaría fácil el arraigo de la Compañía de María en los países alemanes, gracias a su tarea apostólica docente entre la infancia y la juventud.

b) Llamados por monseñor Ketteler a Maguncia (Alemania)

La primera obra marianista en un país de lengua alemana comenzó en Maguncia, sede episcopal del Gran Ducado de Hessen-Darmstadt. Al tener que abandonar la Escuela de Friburgo y salir de Suiza, don Francisco José Enderlin fue encargado de fundar una escuela en Kindsheim, Alsacia; luego pasó tres años en la dirección de las escuelas de Soulz; y en 1851 sus superiores le escogieron para establecer la Compañía de María en Maguncia, donde a petición del obispo de la ciudad, monseñor Ketteler, organizó una escuela similar a la de Friburgo. Durante treinta años, Enderlin se consagró a esta obra donde murió el 2 de abril de 1879.⁶⁶ La base legal de la educación escolar en el Gran Ducado se remontaba al edicto de 6 de junio de 1832. Aquella ley educativa se asentaba sobre “el principio (liberal) de que el campo escolar pertenece exclusivamente al Estado”. En consecuencia, el edicto obligaba a crear escuelas públicas municipales interconfesionales y a la expulsión de los eclesiásticos de las mismas a no ser que fueran funcionarios del Estado. Supervisando la red escolar se encontraba la Dirección Superior de Instrucción –unida al Ministerio del Interior-, compuesta por tres protestantes y dos católicos. Ante esta situación, a partir de noviembre de 1835 se pensó en la necesidad de abrir una escuela católica para que los niños católicos no se vieran bajo la influencia de maestros liberales y protestantes.⁶⁷

El 25 de julio de 1850 Guillermo Emmanuel, barón de Ketteler, era consagrado obispo de Maguncia. Monseñor Ketteler fue uno de los pioneros en el intento de acercar la Iglesia a los problemas sociales, culturales y políticos de la sociedad moderna. Si bien, sus actuaciones para defender la libertad de las instituciones de la Iglesia del acoso de los liberales ocultó sus mejores iniciativas a favor de la organización de un movimiento social católico y de la escuela católica. Como muchos de los preladados y de los católicos más lúcidos del siglo XIX, el barón de Ketteler incluía entre sus objetivos pastorales la buena educación religiosa de la juventud. Por lo que hace a la educación de las niñas en su diócesis, éstas estaban bien atendidas en las escuelas privadas de las religiosas de María Ward, de antigua raigambre en Alemania, y en las escuelas públicas femeninas, donde excelentes sacerdotes y maestras católicas procuraban la mejor educación. Pero en las escuelas públicas para niños la educación católica era muy defectuosa; según una Memoria del 3 de octubre de 1848, los maestros que las atendían manifestaban que “en el futuro la enseñanza no debe seguir ninguna tendencia confesional y en adelante debe asentarse sobre otras bases distintas a los dogmas eclesiásticos”. El espíritu liberal, dominante entre las clases cultivadas, reclamaba la libertad de cátedra y la neutralidad de la enseñanza. Vista la carencia de una buena educación religiosa para los niños, el obispo Ketteler deseaba

⁶⁶ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 54-56; AGMAR: 163.1.1 y 136.3.1; *L'Apôtre de Marie*, nº 52 (abril 1902) 461-466; Leopold Hörbst, *Marianisten in Deutschland, Österreich, Ungarn, mit missionseinsätzen in der Türkei, in China und Korea. 1851-1945. Mit daten zur Provinzgeschichte* (pro manuscrito, Fulda, 25-III-1998) T. I, 1-5. 10-13.

⁶⁷ *Recueil de documents. 3. Les débuts en Allemagne. Mayence*, en AGMAR: 136.3.1.

fundar una escuela católica masculina y confiársela a una Congregación de religiosos; esta Congregación vino a ser la Compañía de María.

Monseñor Ketteler encargó a su Vicario general Lennig y al profesor Luft, visitar el centro docente dirigido por los “Hermanos de María” (nombre con el que popularmente eran conocidos los Marianistas en Alsacia) en Estrasburgo. Poco después, monseñor Ketteler tomó contacto con el padre Francisco Erasmo Bremans, Provincial de Alsacia, para pedirle el envío de una comunidad que dirigiera una futura escuela de primera enseñanza. En 1851 la Compañía de María contaba con 23 casas en Alsacia, de las que 20 eran escuelas municipales, y 133 religiosos. La abundancia de vocaciones permitía la expansión más allá de las fronteras francesas en un país de lengua alemán. Las negociaciones con el padre Caillet se cerraron con éxito y el padre Bremans eligió para la nueva fundación a los tres religiosos don Francisco José Enderlin, entonces con 47 años, y sus colaboradores don Augusto Radat y don Eligio Beyrer, de 25 y 23 años respectivamente. El 1 de octubre de 1851 llegaba a Maguncia el señor Enderlin. En aquel entonces era una bella ciudad entre los treinta y los treinta y cinco mil habitantes, casi todos católicos. A los primeros marianistas les impresionó las prácticas religiosas masivas de su población, mantenidas por el celo apostólico de su obispo. La ciudad era sede de una numerosa guarnición de soldados austriacos y prusianos, cuyo comportamiento religioso no era inferior a su disciplina militar. La Dirección Superior de Instrucción inspeccionaba las escuelas de la ciudad a través de un sacerdote presidente, del señor alcalde y dos ciudadanos influyentes. A estas autoridades académicas solicitó permiso el señor Enderlin para dirigir la futura escuela. El 3 de octubre, monseñor Ketteler respaldó esta petición con un escrito dirigido al Ministro del Interior. Una respuesta del día 28 denegaba la apertura del centro, por lo que hubo que continuar con las negociaciones. Mientras tanto llegaron los otros dos religiosos, Radat y Beyrer. Mientras la casa prevista para escuela en la Willigisstrasse, 4, se preparaba para su nuevo empleo escolar los tres marianistas vivieron en el palacio episcopal. Como el Ministerio no respondía, monseñor Ketteler volvió a escribir el 15 de diciembre: “Le ruego una vez más que conceda al señor Enderlin el permiso de apertura. El edificio de la escuela, reformado con considerables gastos, está vacío y tengo que pagar una renta por él. En mi casa viven los tres profesores desocupados. Por tanto, solicito al alto Ministerio que dé su aprobación antes de Navidad”. El 27 de diciembre de 1851 se dio verbalmente el permiso, a condición de que los señores Radat y Beyrer superasen las pruebas preparadas por una comisión nombrada al efecto. El señor Enderlin presentó quince certificados docentes y fue eximido del examen, pero no así los dos profesores marianistas que sufrieron exámenes durante el mes de enero de 1852. Superados los exámenes les fue concedido el permiso para enseñar.

El 2 de febrero de 1852 se inauguraba el primer curso de los 43 alumnos matriculados en la *Marienschule*, con una misa de Espíritu Santo en la iglesia de San Esteban, en la que también participaron las familias de los niños. Después marcharon en procesión hacia la escuela, cuyas nuevas aulas se contaban entre las más modernas de la ciudad. Los alumnos, entre los diez y doce años, se repartieron en tres clases, de acuerdo con el nivel de sus conocimientos. La prensa liberal manejó los tópicos contra la actuación de los profesores marianistas a los que motejaba como “los ignorantes, oscurantistas, alarmistas, hombres de sotana”. Mucho empeño y profesionalidad tuvieron que derrochar los “hermanos de la Compañía de María” para hacerse acreditar en su labor docente. Finalmente, el 2 de marzo de 1852 la comisión del distrito escolar de Maguncia notificó “que no había nada en contra del empleo de los dos profesores Radat y Beyrer, puesto que habían superado bien el examen”.

El éxito fue mayor de lo esperado, pues para Pascua las matrículas de los alumnos habían ascendido hasta 79 niños y al comienzo del nuevo curso 1852-1853 se contaron 143 alumnos, de modo que hubo que preparar una cuarta clase en el Seminario diocesano. En aquel curso, el Vicario Lennig escribía al padre Caillet reconociendo que “estamos totalmente satisfechos con el comportamiento y las actividades de sus hermanos. Su cumplimiento del deber es modélico y el ejemplo de su fervor es altamente valorado por todos los verdaderos católicos de nuestra ciudad.

También el número de alumnos se ha incrementado más de lo que esperábamos. Sólo podemos dar gracias a Dios por todo lo bueno que el trabajo de los hermanos ha traído a la juventud de Maguncia, que necesita tanto una educación cristiana como una enseñanza sólida." Los maestros marianistas aplicaron los métodos docentes de la Compañía y los buenos resultados académicos fueron inmediatos; de tal modo que las buenas calificaciones acompañaron a las pruebas de sus alumnos durante los primeros exámenes de ingreso ante tribunal en el Instituto de enseñanza media en el mes de abril de 1854. Las pruebas levantaron gran expectación en toda la ciudad y hasta la prensa local se hizo eco de ellas de manera laudatoria. El éxito atrajo a numerosos maestros de la enseñanza pública a visitar la escuela marianista para conocer los métodos de sus profesores. La obra siguió creciendo y en 1865 los religiosos abrieron un internado, en tal modo que cuando estalló la guerra franco-prusiana de 1870 la escuela matriculaba a más de 500 alumnos.

La Escuela de María se había abierto con un precio de matrícula muy bajo, por expreso deseo de monseñor Ketteler, a fin de acoger a niños de las familias de más baja extracción social. Pero siendo el pago de los alumnos la única fuente de ingreso, pronto se hizo inviable el sostenimiento económico de la obra. No hubo más remedio que subir los precios: de 40 cruzados a 1 gulden y de 1 gulden a 2. Aunque esta medida provocó el descenso de alumnado hasta 93 niños, los religiosos se aplicaron con ahínco a su labor y consiguieron de sus alumnos los mejores resultados. Las buenas calificaciones atrajeron el interés de las familias más pudientes para inscribir a sus hijos, pudiéndose remontar el déficit económico. Incluso en el curso 1861-62 se tuvo que abrir una quinta clase. El Prelado se mostraba muy satisfecho del resultado obtenido por los alumnos marianistas e informaba que en las pruebas de ingreso al Instituto oficial de enseñanza media los 34 alumnos de la Escuela de María habían obtenido 17 premios y 26 menciones honoríficas; trofeos que les situaba en el segundo puesto.

En el curso 1864-1865 se tomó la decisión de añadir a la Escuela un Internado. Monseñor Ketteler deseaba atraer a él a los hijos de las familias pudientes de la ciudad y de las ciudades cercanas, con la intención de arrebatarlos de otros internados regidos por maestros laicos, en los que no había instrucción religiosa, o se daba una enseñanza manifiestamente antirreligiosa. En 1865 se ultimó el contrato entre Monseñor y la Compañía de María por el que el Obispado corría a cargo de la construcción del edificio y su mantenimiento y los Marianistas ponían la comunidad religiosa de profesores y hermanos obreros. En el mismo contrato el señor Obispo nombraba una comisión mixta, presidida por un sacerdote del cabildo catedralicio, encargada de las previsiones económicas del Internado. La crisis económica y los problemas políticos causados por el proceso de unificación alemana provocó que el número de internos inscritos fuera bastante menos de lo esperado; sólo 5 en el primer año y 7 en el segundo. Monseñor Ketteler, obligado a sostener a sus seminaristas y otros centros de enseñanza, no pudo correr con el gasto de la Escuela de María que acusaba un déficit de 1.200 guldens en 1867. Pero en el curso 1868-1869 el número de internos se elevó hasta 17 y también aumentó el número de alumnos externos, de tal modo que aquel año hubo superávit. La obra marianista en Maguncia estaba asegurada.

Finalmente, en 1870 se inscribieron tantos alumnos que no todos pudieron ser admitidos. Entonces, el cabildo catedralicio decidió construir en 1871 un ala lateral para ganar tres aulas y un dormitorio con 16 camas, enfermería y comedor. Completada la unificación política del país y en pleno proceso de desarrollo económico-industrial, la década de los setenta fue de gran prosperidad para la Escuela y el internado. El número de alumnos se elevó a 450; las instalaciones escolares eran de las mejores existentes en la ciudad; y el trabajo de los profesores marianistas elevó el rendimiento de los alumnos que cada año recibían el mayor número de premios académicos en los exámenes de ingreso al Instituto local.

Los alumnos de esta época guardaron un excelente recuerdo de su director, don Francisco José Enderlin, que se había ganado el amor, el respeto y la veneración de alumnos y padres como maestro y educador notable. Enderlin, enfermo desde 1872

continuó siendo director nominal hasta su muerte el 2 de abril de 1879, fecha a partir de la cual la dirección de la Escuela fue encomendada a don Augusto Radat.

c) Los centros docentes de Graz y Frohsdorf en Austria

La Compañía pudo extender su actuación escolar a la vecina Austria, gracias al gran número de religiosos de la Provincia de Alsacia. Como en el caso de Suiza y Maguncia, los marianistas fueron llamados para dirigir centros docentes católicos.

En la ciudad de Graz, un grupo de hombres de prestigio habían fundado el 4 de marzo de 1850 la "Asociación Paulina" (*Paulusverein*), con la finalidad de sostener la vida católica entre las clases inferiores del pueblo, en especial a través de la educación de la juventud. Para ello, decidieron fundar un orfanato, denominado *Paulinum*, para el que compraron una pequeña casa con jardín en el nº 1306 de la Kreuzgasse, que fue inaugurado el 28 de diciembre de 1850, y cuya dirección fue confiada al sacerdote Antonio Thurnwaller y a la anciana señora Brenner. Pronto hubo de buscarse una casa más grande y en noviembre de 1854 se adquirió la casa nº 1310 de la Grabenstrasse que se vino a ocupar el 19 de marzo de 1855 con 33 alumnos.⁶⁸

Para asegurar la continuidad de la casa y el buen cuidado de los pupilos, la Asociación Paulina buscaba confiar la dirección a una comunidad religiosa; para ello contaba con la ayuda de un gran capital por valor de 16.000 florines que a su muerte había dejado para este fin el príncipe obispo Román Sebastián Zängerle. En el verano de 1856, el Rector del Seminario de Graz, padre Adalberto Schmidt, tomando parte en el Congreso católico de Maguncia, tuvo la ocasión de visitar la *Marienschule*. Gratamente impresionado, de regreso a Austria propuso confiar la dirección del *Paulinum* a la Compañía de María. El Príncipe Obispo de Graz, monseñor Ottokar María, conde de Ateems, se dirigió por carta del 1 de enero de 1857 al padre Caillet con esta propuesta a cambio de ofrecerle la obtención del reconocimiento legal de la Compañía en Austria por el Gobierno imperial. Caillet mandó al director de la escuela de Estrasburgo, don Ludwig Heinrich, viajar a Graz para inspeccionar el establecimiento y tratar las condiciones de su dirección. Heinrich se presentó en la ciudad el 18 de abril de 1857 y tras enviar su informe a la Administración General, el día 5 del siguiente mes de mayo el padre Caillet llegó a un acuerdo con el señor Obispo; éste consiguió el permiso del Emperador para la entrada de la Compañía de María en Austria en los siguientes términos: "Su católica y apostólica Majestad, según decreto del alto Ministerio de Cultura y Enseñanza del 19 de septiembre de 1857, con la soberana resolución de Laxenburg (14-IX-1857) se ha dignado permitir la introducción de los hermanos de la Compañía de María de Francia para la dirección del orfanato paulino en Graz, bajo la condición de que este Instituto nunca haga una reclamación de derechos a una subvención del tesoro del Estado o de otro fondo público y se ciña exactamente a todas las disposiciones legales de Austria en cuanto a enseñanza y educación (...)".

Graz, capital de la Estiria y residencia del Príncipe-Arzbispo, era una importante ciudad eclesiástica, con numerosos conventos de los padres Franciscanos, Dominicos, Carmelitas, Jesuitas, Lazaristas, Hermanos de San Juan de Dios, y de religiosas, entre las que sobresalía el famoso hospital de las Hijas de la Caridad. No obstante, debido a la presencia de la Universidad –segunda en importancia en el país, por detrás de Viena y por delante de Innsbruck- y de numerosos colegios repletos de estudiantes, la ciudad estaba captada por el espíritu liberal y laico, y se enorgullecía de ser la ciudad intelectual de Austria.

Los religiosos marianistas llegaron a Graz el viernes 2 de octubre de 1857, e inmediatamente tomaron posesión del Orfanato don Jorge Huss (abandonó la Compañía en 1872) como director y don Nicolás Reuter como profesor, don Adán Bibó como educador-vigilante, y don Enrique Niggenmeier como cocinero. El siguiente día 6

⁶⁸ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 57-58; *L'Apôtre de Marie*, n. 39 (marzo 1901) 66-68 y (febrero 1906); Hörbst, *Marianisten*, T. I, 5-10. 13-14; cfr. en AGMAR: 131.4.1 y 19.

el Príncipe Obispo bendijo la capilla de la casa y el altar y dijo la santa misa; durante la homilía tuvo palabras de aliento y al retirarse les entregó 300 florines. Los religiosos se aplicaron a su labor escolar al frente de 33 alumnos, de los que pronto se ganaron la confianza y la estima. Desde el primer momento, el director Huss se afaná por atraer niños austriacos para la Compañía de María. Pero el primero que en noviembre de 1857 solicitó ser admitido en la Compañía fue un profesor seglar del Orfanato, don Francisco Tomberger. Tomberger era antiguo alumno del Orfanato, donde había terminado en 1851 el curso preparatorio con buenos resultados; fue el director anterior a la llegada de los religiosos marianistas y después se había quedado como profesor. Se le admitió de postulante mientras continuaba dando sus clases.

El conde Leopoldo von Lienthal sugirió a los Marianistas que abrieran un centro de segunda enseñanza, con internado, en los terrenos del jardín del *Paulinum* para la educación de las clases sociales más elevadas de la ciudad y que sirviera, a la vez, para preparar en él a los jóvenes religiosos para la obtención del diploma que les capacitase para dar clases en la escuela pública. Él mismo ofreció 9.000 guldens y con la aportación de fondos de la *Paulusverein* y de otros bienhechores captados por suscripción pública (entre ellos el emperador Fernando y la emperatriz María Teresa) se recaudaron otras 90.000 coronas; con esta cantidad se pudo construir el nuevo centro escolar en el verano de 1858. El 19 de octubre de 1859 el Príncipe Arzobispo bendecía la nueva casa y durante la misa de inauguración, don Adán Bibó profesó sus votos perpetuos y don Francisco Javier Schwarzenbach –nacido en Baviera- hizo su primera profesión en la Compañía de María, convirtiéndose en el primer marianista alemán. La comunidad religiosa, que había ascendido a nueve miembros, se trasladó al nuevo edificio, donde abrieron la *Institution Sainte Marie*.

El nuevo centro docente era una escuela de primera enseñanza, donde daban clase los maestros marianistas, en el que se abrió un internado para alumnos de Bachillerato que seguían los cursos en el Gimnasio oficial de la ciudad. Los alumnos del internado debían acudir al Gimnasio porque allí eran examinados por sus profesores y recibían sus diplomas de estudio con valor oficial; pues la Institución Santa María no tenía reconocimiento oficial para impartir títulos a sus alumnos. Las instituciones privadas podían abrir escuelas con la aprobación del Gobierno, a condición de someterse a toda la reglamentación escolar oficial. Pero el privilegio de la “equivalencia” (“*Effentlichkeitsrecht*”), por el que una escuela privada podía emitir diplomas a sus alumnos, era muy raro y exigía una larga tramitación burocrática. Motivo por el que el número de centros “equivalentes” a los centros oficiales era muy reducido y, casi todos, en manos de Congregaciones religiosas. Por todas estas razones, además del alojamiento en el Internado Santa María, los jóvenes recibían de los religiosos marianistas clases de repetición de las asignaturas que seguían en el Gimnasio.

Un centro de estas características era una novedad en Graz, pues no había ningún internado semejante y las familias deseosas de dar a sus hijos una educación elevada acudieron a este centro atraídas por la seguridad que les infundía la fama de buenos educadores de sus profesores marianistas y por la calidad de sus instalaciones. También aquí, el modelo religioso y la tarea escolar marianista, como medios de evangelización de la sociedad burguesa, encontraron en Austria una síntesis perfecta. La *Institution Sainte Marie* situada en un barrio burgués, con un edificio escolar moderno de habitaciones amplias y soleadas y con hermosos patios de juego, podía compararse a los mejores edificios escolares del Estado en aquel momento. Además, el modelo docente francés que se ofrecía era otro aliciente para las familias, pues no hay que olvidar que durante el siglo XIX Francia dictaba y exportaba el modelo cultural a todos los países desarrollados.

Con la construcción de la *Institution Sainte Marie* había quedado libre un amplio espacio del edificio del *Paulinum*, de modo que a partir de 1860 se pudo acoger anualmente hasta 45 huérfanos, de los que en septiembre de 1860 dos de ellos, Carlos Graupp (+1931) y Aloisio Kicker (+1941) solicitaron ingresar en la Compañía de María. Con estos jóvenes quedaba erigido el Noviciado y, así, ya eran tres las obras marianistas en Austria: el *Paulinum*, la *Institution Sainte Marie* –con su internado- y el

Noviciado. El 9 de noviembre de 1860 fue enviado el joven seminarista Jerónimo Rebsomen a prepararse para la ordenación sacerdotal y para hacerse cargo de la formación de los novicios. Rebsomen adoptó el modelo de la casa de formación de Ebersmunster, consistente en dos años durante los cuales los novicios eran introducidos en la vida espiritual a la vez que se dedicaban a los estudios que les permitieran obtener los necesarios conocimientos para dar clase. Hasta 1861 no hubo sacerdotes marianistas destinados a las casas de Austria. El director, don Jorge Huss, que había tenido que interrumpir sus estudios teológicos al hacerse cargo del *Paulinum*, los volvió a retomar y el 28 de julio de 1861 fue ordenado sacerdote. También el 19 de julio de 1863 don Jerónimo Rebsomen recibió el sacerdocio. Una semana más tarde, el día 26, celebraba su primera misa en presencia del Superior General, padre Caillet, que visitó a los hermanos de Austria del 24 al 28 de julio.

El arraigo de la cultura católica en la población rural y en la mediana burguesía aseguraba la recepción de candidatos a la vida religiosa marianista. Los locales del Noviciado, emplazado en la casa de la *Institution Sainte Marie*, pronto se quedaron pequeños. Al comenzar el curso 1864-1865 se preparaban diez novicios. Pero durante el proceso de redacción de las Constituciones, la Santa Sede mandó un solo año de Noviciado dedicado exclusivamente a la formación religiosa; esta medida obligó a que desde 1865 hasta 1869 los novicios austriacos fuesen trasladados a Ebersmunster, en compañía del padre Rebsomen. Además, las leyes canónicas obligaban a separar la casa de formación de la *Institution Santa María*; medida a la que también se buscó una pronta solución comprando junto al *Paulinum* una casa con su pequeño parque. La finca fue comprada en mayo de 1866 y a ella se mudaron los religiosos. En la nueva casa, y gracias al espacio dejado por los novicios, se pudieron recibir postulantes y continuar la formación inicial de los jóvenes religiosos; así es que en 1866 se inauguraron el Postulantado y el Escolasticado. Al conjunto de obras recogidas en la nueva propiedad se le dio el nombre de Convento, en clara expresión a la idiosincrasia de la vida religiosa marianista, que siendo apostólica tendía hacia la clausura y la regularidad de la vida monástica.

La segunda localidad en la que la Compañía de María abriera una obra docente en Austria fue en la población de Frohsdorf, situada a unos 7 kilómetros al sudeste de Viena. En Frohsdorf poseía su residencia palaciega el Conde de Chambord (de la familia de los Borbones franceses) y a su meritoria iniciativa se había abierto en 1853 una escuela de niñas y otra más en 1857 en el convento redentorista de Katzelsdorf. El señor Conde deseaba abrir una escuela pública para niños, encomendada a una Congregación religiosa. Por encargo del señor Conde, en septiembre de 1863 el rector de los Redentoristas de Katzelsdorf, padre Schranz, vino a Graz con el objeto de que la Compañía de María se hiciese cargo de la futura escuela. El director, don Jorge Huss, comunicaba por carta del 12 de septiembre de 1863 al padre Caillet esta petición. El señor Huss visitó el local de la escuela el 29 de noviembre y encontró que sería un lugar muy adecuado para Noviciado. El uno de diciembre vuelve a escribir al padre Caillet y la Administración General dio la aprobación para tomar la dirección de la escuela. También las autoridades académicas aprobaban la dirección marianista, comunicando que “el Alto Ministerio del Estado, por decisión de Su Apostólica Majestad de 24 de mayo de 1864, y de acuerdo con el episcopado, según decreto de 7 de junio de 1864, ha ordenado que la recién construida escuela de niños de Frohsdorf sea dejada al cuidado de los Hermanos de María de Graz”. El Gobierno dotó a la escuela con todo el mobiliario necesario para su fin docente. En la planta baja se instalaron tres clases y un aula de conferencias y en el piso superior la residencia de los religiosos. La ceremonia de entrega tuvo lugar el 1º de octubre de 1864.

El 5 de octubre, tras la Misa solemne en la iglesia parroquial, comenzaron las clases. Don Aloisio Kicker se hizo cargo de la primera clase con 70 niños; don Ludwig Kofranyi de la segunda clase con 60 alumnos y los 12 restantes estuvieron a cargo de don José Radat, formando la llamada “clase francesa”, por ser los hijos de la servidumbre del señor Conde, en su mayoría francesa. En 1866 estos niños fueron incluidos entre los demás alumnos.

En el principio de su fundación, la casa de Graz perteneció a la Provincia de Alsacia, con el señor Huss como representante del Provincial, aunque a partir de 1863 y hasta 1865 figuró como “Provincia de Austria”, con don Juan Huss como “provincial”; pero no se trataba de una Provincia canónica sino de una medida para facilitar la administración de estas obras, pues Austria no fue canónicamente erigida como Provincia hasta 1906. Así, en el *Tableau du Personnel des établissements* de 1864, Graz figura como “Province d’Autriche”, con el “padre Huss” como Provincial. En el establecimiento de Graz había 16 religiosos encargados de la educación escolar de 59 alumnos del colegio y de 48 huérfanos del orfanato y la formación religiosa de 6 novicios al cargo del padre Rebsomen, que era el subdirector de toda la obra marianista. Pero en 1865 los establecimientos de Graz y Frohsdorf fueron adjudicados a la Provincia de París, bajo el gobierno provincial del padre Juan Chevaux. En aquel año el número de religiosos destinados en Austria era de 30 (26 en Graz y 4 en Frohsdorf) y el de alumnos 236 (de ellos 160 en Frohsdorf y el resto en el internado de la *Institution* Santa María de Graz) y 52 huérfanos.⁶⁹

6. LA ENTRADA DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA EN LA SEGUNDA ENSEÑANZA

“Al final de la Restauración los representantes del partido liberal y los miembros del clero se proponen, por razones distintas, destruir el monopolio estatal (sobre la enseñanza) establecido por Napoleón. Tres leyes muy importantes –la ley Guizot (1833) para el primer grado, la ley Falloux (1850) para el segundo grado, y la ley de 12 de julio de 1875 para el grado superior- establecen la libertad de enseñanza”⁷⁰. Era lógico que la progresiva liberalización del régimen escolar, mantenido durante el Segundo Imperio viniera a favorecer la multiplicación de las obras escolares de la Compañía de María en Francia, con la entrada en la dirección de Colegios de segunda enseñanza, en virtud de la ley Falloux, votada el 15 de marzo de 1850 y que introducía la libertad de enseñanza que no reconocía el decreto napoleónico del 17 de marzo de 1808. Pero la tarea docente en este nivel educativo no era nuevo en la Compañía, pues la primera obra docente de los Marianistas, la *pension Estebenet*, fue un centro de segunda enseñanza y otros colegios bajo el gobierno del padre Chaminade también lo fueron: el Colegio municipal de Villeneuve-sur-Lot (1822), la sección de segunda enseñanza de Saint-Remy (1824), el Colegio municipal de Gray y la fundación de Saint-Hippolyte (ambos en 1826), la famosa *Institution* Santa María de Besançon y la introducción de la enseñanza secundaria en Courtefontaine y en Marast (todas ellas en 1838) y la tradición continuó con el padre Caillet. Pero ahora, la nueva Ley, amparando jurídicamente esta orientación docente, hizo posible la recepción en 1855 del *Colegio Stanislas* de París, el más emblemático de todos los centros de secundaria de la Compañía de María; en tal modo que durante el generalato de Caillet –entre 1845 y 1865- la Compañía de María abrió trece casas de segunda enseñanza o introdujo este nivel docente en establecimientos de primarias ya existentes⁷¹. La libertad de enseñanza permitirá a la Compañía continuar con su ritmo de crecimiento en el número de sus efectivos humanos y en sus obras. En los años posteriores a la Ley, de 1852 a 1859 la Compañía pasó de contar 588 religiosos a tener 817 (229

⁶⁹ Constitución de Austria como provincia, de 1863 a 1865, y adscripción de las casas de Austria a la Provincia de París en AGMAR: 89.8.2, p. 2.

⁷⁰ Léon, “De la Revolución Francesa a los inicios de la Tercera República”, en AA.VV., *Historia de la Pedagogía*, II, 94-95.

⁷¹ Estos establecimientos fueron: 1845: introducción del latín en Orgelet; 1850: clases de latín en Cuiseaux y en Cordes; 1851: aceptación del Seminario menor de Moissac; 1852: fundación de Lons-le-Saulnier, Charolles y el colegio de la calle Bonaparte en París, y se introdujo el latín en Givry y en Beaumont de Lomagnes; 1855: se aceptaron los colegios de Saint Jean d’Angely y Stanislas; 1856: se abre la Institution Sainte Marie de la calle Berry en París; 1866: el Institut Stanislas de Cannes, cfr. Memoria del P. Simler al Capº Gral. de 1896, pág. 47-48, en AGMAR: 56.2.5.

nuevos efectivos)⁷². A su vez, se plantean nuevos retos en la formación de los religiosos, pues con el fin de preparar docentes para este nivel de enseñanza y obtener los necesarios títulos académicos para impartir clase en el grado medio, se planteará la necesidad de mejorar la preparación de religiosos dedicados a este nivel de la enseñanza.

a) Libertad de enseñanza y prosperidad de la obra escolar marianista

La plena liberalización de la enseñanza en los niveles de primaria y secundaria y el trato de favor que la Iglesia recibió en este campo, hizo que la Compañía en Francia viera acrecentarse sus obras en una cifra de 12 ó 15 nuevos centros escolares⁷³. las escuelas de primera enseñanza fueron las más demandadas. En el sudeste de Francia, en la Provincia del Midi, las escuelas surgieron por toda la región, en su mayoría municipales, pertenecientes a pequeñas poblaciones rurales; eran escuelas con un número muy reducido de alumnos, a penas un centenar de niños, a las que los superiores enviaban tres o cuatro religiosos para su dirección. En ocasiones, para acrecentar sus recursos económicos, los religiosos solían añadir un internado donde recibir a los niños de los alrededores y, a veces, impartían clases de Latín del nivel de enseñanza media. Algunas de estas pequeñas escuelas tuvieron que ser dejadas porque la pequeña pensión que pagaba el Ayuntamientos no era suficiente para sostener la comunidad marianistas, aunque se les pidiera a los alumnos una modesta aportación económica. No obstante, algunos de estos centros tuvo un notabilísimo desarrollo; fue el caso de la escuela de Carmaux, donde las minas de carbón permitieron el desarrollo económico de la ciudad y la escuela llegó a matricular hasta 600 alumnos, bajo la dirección de don Pedro Cabrol (1865-1890). En este medio proletario, fuertemente influenciado por las ideas socialistas, los marianistas gozaron de una extendida fama de buenos profesores y fieles religiosos. Allí quedaron los nombres de los religiosos Bunel, Dumontet, Fabre, Guyot, Hérail, Mazières. También gozó de un notable crecimiento el internado de Brusque, ubicado en medio de las montañas de Rouergue; a donde don Felipe Guyot, hombre de gran bondad y plenamente dedicado a sus alumnos, atraía internos de toda la región (Cfr, *Messenger de la Société*, mayo-junio 1899).

Respecto a la Provincia del Franco-Condado, el tipo de poblamiento rural disperso en aquella región montañosa obligó a incorporar a las escuelas municipales un internado para poder escolarizar a los niños de las granjas y caseríos. También en esta Provincia destacaron eximios profesores marianistas en las personas de don Benito Bernard en la escuela de Arinthod, Hauseguy en la de Saint-Claude, Vermot en Morez, Sabary en Tournus, y el señor Burlet en la escuela de Louhans.

En Alsacia, la pronta industrialización de la región, obligó a crear una importante red escolar, que fue uno de las circunstancias favorables para la rápida expansión de la Compañía en aquella región ya en tiempos del padre Chaminade. Pero ahora, gracias a una legislación favorable, los hermanos de María fueron solicitados por las Comisiones de instrucción de los Ayuntamientos, frecuentemente dirigidas por los curas párrocos, para dirigir las escuelas municipales y parroquiales. La influencia del clero local y el arraigo de las creencias católicas en la población fueron las causas de la prosperidad excepcional de la Provincia marianista de Alsacia. Así fue cómo entre 1840 y 1860 se recibió la dirección de 21 escuelas municipales, además de los anteriores 9 establecimientos ya ocupados. Doce de estos establecimientos –pertenecientes a la Provincia de Alsacia- estaban fuera de la región: en los Vosgos, la Mosela, las Árdenas y las fundaciones en Suiza y en Maguncia (Alemania). En 1840 había 59 religiosos presentes en los dos departamentos

⁷² En la década 1830 a 1840 la Compañía creció de 115 religiosos a 206, en total, 91 religiosos; de 1840 a 1848 el crecimiento fue de 282 religiosos (es decir, la Compañía alcanzaba a tener 402 religiosos); de 1848 a 1852 el número de religiosos ascendió a 588 (86 nuevos religiosos); y de 1852 a 1859 se creció en 231 religiosos, cfr. Albano, *Repertoire de statistiques*, 150.

⁷³ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 39 a 43.

alsacianos y 3 hermanos en la casa de Saint-Dié (Vosgos); veinte años más tarde, en el curso 1859-1860, el número de hermanos de María era de 208 en Alsacia y 57 en las casas de la Provincia, fuera de la región. Aunque había centros muy importantes (Colmar, Ebersmunster, Saint-Hippolyte y Estrasburgo) que en 1860 superaban los 20 hermanos por comunidad, otros tenían una media de 12 religiosos; pero la gran mayoría de las escuelas rurales solían estar atendidas por una pequeña comunidad de 5, 4 ó 3 hermanos. Estructura comunitaria que permitió la multiplicación de casas en suelo alsaciano.⁷⁴

La vida de los marianistas en Alsacia giraba en torno de los dos grandes establecimientos de Ebersmunster y Saint-Hippolyte. Ebersmunster fue convertida en casa de formación en 1843, bajo la dirección general del padre León Meyer, asistido por dos grandes formadores, don Franciso Girardet, al frente de los novicios, y don Augusto Klein, director de los postulantes. Cuando el padre León Meyer marchó para América en 1849 le sustituyó el padre Brémans. Saint-Hippolyte fue dado a la dirección del padre Fridblatt, hasta su muerte en 1861. Fridblatt elevó el prestigio docente del centro, haciendo de él un poderoso internado que recogía a 125 jóvenes, algunos venidos de Alemania, Suiza y Austria. En esta región, no se regentaban más internados que los de Estrasburgo y Guebwiller, pues los municipios mantenían sus escuelas perfectamente equipadas de material escolar y bien nutridas de alumnado; con 150, 200 y hasta 250 alumnos, algunas sobrepasaban estas cifras, como las escuelas de Obernay, Sultz, Haguenau, Ribeauvillé, Saint-Marie-aux-Mines, donde las matriculas de alumnos se acercaban a los 300 y 400 niños, e incluso hasta 500. La enseñanza era bilingüe, en francés y alemán, y las comunidades estaban formadas por numerosos religiosos, jóvenes, entusiastas de su labor y muy apreciados por la población y por el clero local. El testimonio del religioso don José Mistler, recuerda que todos los religiosos marianistas “amaban la Compañía y se dedicaban de corazón a su servicio, felices de ver la familia prosperar y desarrollarse, a pesar de nuestras numerosas faltas personales; pero el amor de María nos sostenía en nuestros esfuerzos”. Entre las comunidades se mantenían cordiales relaciones. Todas las comunidades recibían la influencia religiosa de la casa de formación de Ebersmunster y el ejemplo docente de la escuela de Colmar. Desde que en 1824 se recibió la dirección de esta escuela municipal, a la que en 1826 se le añadió una sección de artes y oficios, el centro había gozado de la dirección de experimentados educadores marianistas, don Luis Rothéa y don Bernardo Gaussens, a quien sucedió en 1856 y don Augusto Klein. La escuela conoció un crecimiento permanente hasta alcanzar 1.100 alumnos, repartidos en 19 clases. La enorme comunidad que se necesitaba para mantener la obra estaba sometida a la más estricta regularidad, bajo la guía de sus directores y de la que el señor Klein era el mejor guardián y el más fiel ejemplo. De esta manera, Colmar se presentaba como el modelo de vida religiosa marianista y de organización escolar a imitar en todas las pequeñas comunidades al frente de las escuelas rurales.

El trato de favor a las Congregaciones docentes, también permitió extender la acción docente marianista a numerosos orfanatos, que se vinieron a añadir al ya existente del Hospital de Santiago en Besançon y trasladado a la villa de École, en 1840. Los religiosos se aplicaron con todo tesón a la educación de estos jóvenes delincuentes y desarraigados de todo medio familiar, social y escolar, como expresión del artículo 253 de las Constituciones en el que se afirmaba que la Compañía no sólo dedicaba su tarea escolar a los “niños más jóvenes”, sino también a “la educación de los más pobres”. Entre estos centros destacaron los orfanatos de Villerhof y de Krems en Alsacia, el de Merles (París) y los de Luché y La Jalgue (Burdeos); en Suiza el de Sion; en Austria el de Graz y en América el de la ciudad de Cincinnati. Algunos de estos centros eran granjas agrícolas, como los de La Jalgue, École y Sion, en las que había los talleres necesarios para reparar los aperos agrícolas. Un caso de extrema pobreza de medios fue el orfanato de Sion, en el que su director, don Martín Schmidt, tenía que mendigar alimentos entre los vecinos de la ciudad.

⁷⁴ Schelker, *La Société de Marie en Alsace*, 64-69.

Los Marianistas estuvieron al frente de orfanatos en Francia hasta la expulsión del país en 1903. En estas instituciones benéficas los religiosos marianistas pusieron el mayor interés en rehabilitar socialmente a sus alumnos, pero también, en reconstruir en ellos el sentido de la piedad y la virtud. Tarea en la que destacó el padre José Follonier, quien durante treinta años fue el capellán del orfanato de Luché. Por su dedicación académica y religiosa a estos jóvenes, no fueron raras las vocaciones a la Compañía de María surgidas entre los huérfanos. Un caso ejemplar fueron los postulantes surgidos del Orfanato del Hospital de Santiago en École, durante la década de 1870, gracias a al trabajo de catequización del capellán del centro y Vicario de Besançon, padre Boilloz (cfr. *Apôtre*, XXI, 379)

Pero donde mayor novedad conoció la acción escolar marianista fue en la apertura de su apostolado a la segunda enseñanza. “Para la segunda enseñanza, más aún que para la enseñanza primaria, la ley del 15 de agosto de 1850, había abierto en Francia una era de libertad y de prosperidad”⁷⁵. A partir de ahora, los establecimientos católicos de segunda enseñanza se van a extender por las ciudades de todo el país. Sólo en quince meses, a finales de 1851, más de 250 colegios fueron abiertos. También la Compañía de María va a añadir nuevos colegios a los antiguos centros de segunda enseñanza de Saint-Remy, Saint-Hippolyte y Besançon. Así, a petición de monseñor Doney, obispo de Montauban, en 1851 se aceptó la dirección del Seminario menor de Moissac, perteneciente a la diócesis. Al año siguiente, la Compañía fue llamada para dirigir el colegio municipal de Charolles, a la vez que abría por cuenta propia el colegio privado (en Francia se llamarán colegios libres) de Lons-le-Saunier. Este mismo año de 1852 se compró la *Institution* Santa María en París y en 1854 se aceptó la dirección del famoso Colegio Stanislas, puesto bajo la administración de la *Université*. Ambas obras se adquirieron gracias al arrojo y a la intuición del padre Lalanne, secundado por la voluntad del padre Caillet que deseaba extender la influencia evangelizadora de la educación marianista a los colegios de segunda enseñanza entre las clases burguesas urbanas, sin perder su raigambre en las escuelas municipales, pues la Compañía de María solamente poseía la autorización del Gobierno como asociación docente dedicada a la primera enseñanza.

Antes de pasar adelante, se ha de indicar el valor legal de los estudios impartidos en el Seminario menor de Moissac y de las casas de formación en la Compañía de María. En los Seminarios menores del clero diocesano y de Órdenes religiosas y en las casas de formación de las Congregaciones, centenares de jóvenes recibían un nivel de instrucción equivalente a la enseñanza media; muchas familias enviaban a ellos a sus hijos sin intención de seguir la carrera eclesiástica, para que se formasen en humanidades y seguir después estudios universitarios. También, muchos Ayuntamientos, sin Colegio de segunda enseñanza, deseaban la apertura de un Seminario menor en su ciudad, para ver cubierto este segundo escalón del sistema escolar. Catalogados como centros de estudios eclesiásticos para los futuros sacerdotes, estas casas de educación escapaban a la vigilancia de los inspectores del Estado, razón por la cual suscitan la desconfianza de la *Université*. En 1809 Napoleón quiso someter los Seminarios menores al control universitario; durante la Restauración, llegaron a hacer tal competencia a los colegios y liceos públicos que por la Ordenanza de 16 de junio de 1828 se les restringió el número de alumnos a 20.000 plazas. Aunque las autoridades académicas no tuvieran sobre ellos ninguna influencia pedagógica ni legal, los liberales no querían desentenderse de las casas de formación de las Congregaciones –Postulantados, Noviciados y Escolasticados- en el prejuicio de que eran establecimientos dirigidos por los Jesuitas. Los inspectores de las Academias departamentales cursaban visitas de inspección a Seminarios y casas de formación de las Congregaciones para vigilar las condiciones materiales e higiénicas de la casa, la capacidad docente de sus profesores y el nivel de aprendizaje de sus alumnos. Pero, no pudiendo influir sobre su marcha escolar, se limitan a recordar a los religiosos que el Estado no reconoce ningún valor oficial a los estudios seguidos en estos centros. Por este motivo, la Administración General de la Compañía de María,

⁷⁵ Lebon, *Histoire d'un siècle*, 44 y sig.

los Provinciales y los Capítulos Generales procurarán que los candidatos en las casas de formación sigan los programas de estudio oficiales y pasen los exámenes que les otorguen los títulos académicos.⁷⁶

b) Las obras escolares marianistas de París

Ya se ha indicado que el padre Juan Bautista Lalanne militó en el debate pedagógico de los católicos liberales para obtener la liberalización de la enseñanza frente al monopolio del Estado. Lalanne fue un eximio pedagogo gracias a la conjunción de su personalidad arrolladora, unida a su brillante inteligencia, mentalidad romántico-liberal y a su fuerte vocación docente. Cualidades que le permitieron entrever las líneas más novedosas de la nueva pedagogía en la primera mitad del siglo XIX. Monseñor Bouquet, obispo de Chartres, que fue alumno del Colegio de Ternes durante la dirección de Lalanne, recuerda *“con qué ardiente convicción nos hablaba, y cómo se multiplicaba por todas las actividades del centro. Los retiros de primera comunión han dejado en mi vida una impronta del todo particular, tal era la solicitud con la que nos trataba. Nosotros le queríamos como a un padre y le acompañábamos en los paseos por el Bosque de Boulogne, a donde íbamos con él a buscar mariposas e insectos... Poseía una alegría y una capacidad de entretenimiento que jamás se me ha podido olvidar”*. Del mismo modo lo recuerda el literato, Anatole France, antiguo alumno de Stanislas: *“¡Qué anciano tan encantador el padre Lalanne! Era feo, pero de una fealdad amable; feo como san Vicente de Paúl. Ello le daba el aspecto de la piedra; pero no una piedra dura sino de esas viejas piedras con las que se esculpen los santos de las iglesias (...). Para mayor gracia se retrataban en él singulares contrastes: era venerable y hacía sonreír; tenía un grande y tierno corazón; un alma justa y santa que poseía un espíritu alegre, impaciente e ingenuo. En él, el buen sentido estaba unido a una suerte de fantasía. Era atolondrado y celoso, desorganizado y pésimo administrador, pero con esa recta fortuna que hace prosperar todo en las almas inocentes”*.⁷⁷

Juan Bautista Lalanne era un espíritu ilustrado del siglo XIX que cifraba en la educación de la juventud el progreso de los pueblos. Sus múltiples proyectos de planes de estudio, conjugando las letras con las ciencias y dando preeminencia a las disciplinas modernas, la historia, la geografía, la gramática francesa..., tenían como finalidad preparar a los jóvenes para los trabajos de la moderna economía industrial y comercial. Su proyecto pedagógico pretendía formar la cabeza y el corazón, al “hombre completo”; enseñar en la virtud y en el arte de pensar y saberse gobernar en la vida. Su lema se sostenía sobre los tres principios del sentido práctico burgués de *“lo bello, lo útil, lo posible”*. A través de sus escritos y discursos participó en todos los debates públicos y parlamentarios de la vida francesa en torno a la reforma de la enseñanza y sus dotes prácticas y teóricas de pedagogo recibieron la alabanza de las autoridades académicas, políticas y eclesiásticas del momento, interesadas en la legislación escolar.⁷⁸

El padre Lalanne había llegado a París, tras cerrar las aulas del colegio de Layrac al término del curso en 1844-1845. La negativa de la *Université* a concederle el pleno ejercicio provocó el descenso de alumnos y por este camino se llegó a no poder reducir las deudas que pesaban sobre el centro. Para no cargar a la Compañía de María con ninguna responsabilidad civil ni económica, en 1836, de acuerdo con el Consejo General de la Compañía, el padre Lalanne se había hecho único responsable

⁷⁶ Schelker, *La Société de Marie en Alsace*, 112 y 127-129, donde estudia el caso de la casa de formación de Ebersmunster; política de control de los Seminarios menores, en Bertier de Sauvigny, *La Restauration*, 414-417.

⁷⁷ Testimonio de Mons. Bouquet en Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 169 y de Anatole France, “La vie à Paris”, en *Le Temps* (8-VIII-1886) 2 (cfr., AGMAR: 13.2.46), cit. por Albano, edición crítica de Jean Ph. Auguste Lalanne. *Notice historique de la Société de Marie* (Vercelli 1996) 4-5.

⁷⁸ Ver el pensamiento pedagógico y la militancia del P. Lalanne durante los debates de reforma de la segunda enseñanza (1848-52) en Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 166-187.

del Colegio. Al terminar el curso en 1845 abandonó el Centro y se dirigió a París con la intención de encontrar un trabajo con el cual poder pagar los plazos de la deuda. En medio de tantos agobios económicos al frente de Layrac, Lalanne había sacado tiempo para obtener el Bachiller en ciencias físicas, cuyo diploma le fue dado el 3 de febrero de 1839. Inmediatamente se contrató de capellán en la *Pension* dirigida por el padre Laville, en la calle Saint-Jacques, 49, en donde se preparaban jóvenes que deseaban ingresar en la Escuela Politécnica. El amplio ocio que el empleo de capellán le proporcionaba le permitió alcanzar la Licencia en letras, con diploma del 18 de mayo de 1847⁷⁹. Durante este tiempo sus acreedores le llevaron a juicio bajo la amenaza de encarcelamiento por deudas; pero el juez no le impuso esta pena debido a que en aquel momento la legislación penal francesa se humanizó aboliendo la prisión por deudas económicas. Cuando en febrero de 1848 se declaró la revolución la *Pension* Laville cerró sus puertas y el padre Lalanne comenzó una peregrinación de un centro a otro, como director, profesor y jefe de estudios, elaborando proyectos pedagógicos y programas escolares, a través de los cuales y de sus escritos y discursos participa activamente en el debate francés del momento sobre la naturaleza y fines de la segunda enseñanza; debate en el que Lalanne se ganó fama de gran pedagogo. De las numerosas ofertas docentes que recibe atendió a la llamada de un antiguo condiscípulo en la Congregación mariana del señor Chaminade, monseñor Gignoux, ahora obispo de Beauvais, para enseñar en el Seminario menor de la diócesis, sito en Saint-Lucien, donde permaneció durante los años de 1848 a 1850, como profesor de Retórica, y en donde Lalanne se entregó a recrear entre sus alumnos sus métodos pedagógicos.⁸⁰

Pero busca otros puestos de mayores ingresos económicos, y en octubre de 1850 se asoció al sacerdote Julián Leboucher como Jefe de estudios de la *Institution* Santa María, ubicada en el palacio de la calle Ternes, en el barrio parisino del mismo nombre, propiedad de los sacerdotes Leboucher y Bureau. Este empleo le fue confiado gracias a su amistad con el padre Mage, fundador de un colegio católico sito en la calle de Pot-de-Fer 12 (llamada Bonaparte a partir de la reordenación urbanística de París del barón Haussmann y después de Rennes), para quien Lalanne había compuesto los estatutos y el programa de estudios, en el que introdujo la innovación de eliminar el Latín en beneficio de las ciencias. Mage había asociado su colegio a la *Institution* Santa María, de donde recibía alumnos que preparaba para el ingreso en el Politécnico. En la *Institution* Santa María el padre Lalanne era Jefe de estudios y profesor de Retórica, en medio de un “excelente núcleo de niños piadosos, pertenecientes a las más distinguidas familias cristianas”. En estos años, de 1850 a 1852, Lalanne no sólo se dedicó a las clases, sino que también desarrolló una inmensa actividad propagandista sobre la segunda enseñanza, en correspondencia con el debate parlamentario en torno a este nivel educativo y a la bifurcación en ciencias y en letras y a sus respectivos programas de estudio. Incluso dispuso de tiempo para culminar sus estudios universitarios con dos tesis, latina y de francés, en 1851; la primera lleva el título *De disciplina morali romanorum in liberorum institutiones*, y la segunda, defendida el 12 de marzo de 1851 en la Sorbona, se titula *L'influence des Pères de l'Eglise sur l'éducation publique pendant les premiers cinq siècles de l'ère chrétienne*. En ella sostiene el principio de los pedagogos católicos: “la virtud antes que la ciencia; las buenas costumbres antes que las buenas letras.”⁸¹

Pero la situación económica del centro, en sus dos sedes de Ternes y Pot –de-Fer, no era buena y su director, padre Julián Leboucher, ofreció su compra al padre

⁷⁹ Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 159-162, al que seguimos; diploma de Bachiller y de Licencia en letras en AGMAR: 13.4.67 y 70, respectivamente.

⁸⁰ La estancia de Lalanne en el Seminario de Beauvais en AGMAR: 13.2.41.

⁸¹ El P. Fontaine por carta del 26-VII-1850 le insta a terminar el doctorado porque al curso siguiente el P. Caillet le va a reclamar sus servicios, AGMAR: 25.4.422; diploma de la tesis de doctor en letras en AGMAR: 13.5.121; las dos tesis de doctorado en AGMAR: 200.1.1-8; por carta del 12-IX-1850 al P. Caillet le hace saber que ha tomado la dirección de la *Institution* Santa María, en AGMAR: 25.1.91.

Lalanne. De momento lo tomó a su cuenta, pero, no habiendo dejado de estar canónicamente vinculado a la Compañía de María, vio la ocasión para que ésta se estableciera en París comprando el colegio y trató el asunto con la Administración General. Dado que don Domingo Clouzet era el Administrador General de la Compañía, Lalanne llevó con él este asunto y el 9 de noviembre de 1851 le escribía para proponerle la compra de la *Institution* Santa María a petición del padre Leboucher, porque “en tanto que una Congregación religiosa no pone un pie en París y otro en Roma, no se la puede considerar como valiosa”. Clouzet sometió el asunto al Consejo General, quien en un primer momento rechazó la propuesta, por no poder hacerse cargo de ella por aquel año. Pero dado que la obra escolar del padre Leboucher parecía tan encomiable, finalmente, don Domingo Clouzet escribía el 21 de abril de 1852 al padre Lalanne para comunicarle que la Compañía de María estaba dispuesta a ofrecer 30.000 francos por la casa de la calle de Pot-de-Fer, siempre que el Arzobispo de París, monseñor Sibour, estuviese de acuerdo en conceder la entrada de la Compañía en la capital. El señor Arzobispo aceptó a primeros de mayo y el 10 de mayo el señor Clouzet estaba en París para tomar posesión de la casa de manos del padre Leboucher; el inmueble y material escolar estaban en buenas condiciones, pero los profesores eran mediocres. Don Domingo se hizo cargo del traspaso de la propiedad, que se hizo sin dificultad alguna: el padre Leboucher contaba con la confianza de los padres de los alumnos y el padre Lalanne se encargaría de anunciarles el cambio de dirección. Don Domingo determinó que Lalanne sería el director escolar, pero para superior de la casa se fijó en el padre Benito Meyer. El 16 de mayo el padre Lalanne dirigió una circular a los padres de los alumnos anunciando todos estos cambios. En consecuencia, la Compañía compró el Colegio poniendo de intermediario al padre Lalanne con el nombre ficticio de padre Dumont y tomando el edificio en alquiler. Así, el 19 de mayo de 1852 un grupo de religiosos marianistas, bajo la dirección del padre Benito Meyer, que dejaba el gobierno de la Provincia de Midi, tomaba posesión de la *Institution* Santa María, ya en la calle Bonaparte, 90.⁸²

El Colegio tenía estatuto de *Pensionat* de primera y segunda enseñanza y el Consejo General hizo una fuerte inversión en personal para asegurar la presencia escolar marianista en París. En la capital de la nación y entre niños de las familias burguesas, los marianistas tuvieron que prestar atención a la distinción en las formas sociales. Don Domingo Clouzet reconocía ante el padre Caillet que entre los primeros religiosos llegados al colegio había dos que no estaban a la altura de las circunstancias, por lo que “debemos reemplazarlos por jóvenes bien instruidos y que tengan maneras elegantes, que es cosa que los padres más estiman”. La recomendación no era baladí pues otras Congregaciones religiosas comenzaban a dar los mismo pasos, entre ellos los Jesuitas, que acababan de establecerse, también en París, con un internado en la calle Vaugirard; según un movimiento general de las Congregaciones religiosas, que se van asentando en París, hasta hacer de la capital política, la capital religiosa de la nación⁸³. Así pues, al frente de la dirección de la *Institution* Santa María, calle Bonaparte, se puso al padre Lalanne, pero director de la casa fue el padre Benito Meyer, hermano del padre León Meyer.

El padre Benito Meyer había nacido en Eguisheim (Alto Rin) el 19 de marzo de 1815; ingresado en Saint-Remy como postulante y novicio, comenzó su formación religiosa el 1 de noviembre de 1827 y profesó en la Compañía el 1 de noviembre de 1829; profeso definitivo en 1838, al año siguiente fue uno de los tres religiosos fundadores de la escuela de Friburgo (Suiza) bajo la sabia dirección escolar del señor

⁸² Lalanne a Clouzet, 9-XI-1851, oferta de compra, en AGMAR: 25.2.94; cartas de Clouzet a Lalanne del 21 de noviembre y 15 de diciembre de 1851 comunicando la imposibilidad de comprar la *Institution* Santa María, en AGMAR: 24.1.98 y 99; Clouzet a Lalanne, 21-IV-1852, anunciando la compra por 30.000 fr. en AGMAR: 24.1.106 y otra del 7-V-1852 comunicando la autorización del Arzobispo, en AGMAR: 24.1.110; Clouzet en París, posesión de la casa y dirección de la obra en AGMAR: 24.1.111-115;

⁸³ Dos cartas de Clouzet a Caillet, París, 20 y 24-V-1852 en AGMAR: 24.1.116; sobre la concentración en París de las Instituciones religiosas, Jean-Olivier Boudon, *Paris capitale religieuse sous le Seconde Empire* (2001).

Enderlin. Aquí consiguió el Brevet simple (25-IX-1838); entonces fue enviado a la escuela Santa María de Besançon, donde gobernaba el padre Fidon, para estudiar la Teología (1841-43); el último año de seminarista se le encomendó la dirección del internado de Courtefontaine y el 21 de diciembre de 1844 fue ordenado sacerdote en Estrasburgo. A partir de este momento, el padre Benito Meyer desempeñó cargos de gobierno y dirección: director del internado de Courtefontaine (1843), de la escuela Santa María de Estrasburgo (1844), Maestro de novicios de la Provincia de Midi en la casa provincial de Réalmont (1846-49), de donde pasó a ser el Provincial de esta misma Provincia (1849-52). En este puesto estaba cuando fue llamado para dirigir el primer colegio de la Compañía en París⁸⁴. El padre Benito Meyer contaba con el padre Melchor Combes de capellán, además de los religiosos don Luis Chopard, don Francisco Cote, don Carlos Volland, don Marcelo Hérail, don Agustín Poirot, don Augusto Lafargue, don Cristóbal Faust (Fautsh) y don Pedro Salmon en los diversos puestos docentes y de mantenimiento de la casa. El 12 de junio de 1852 fue dado a conocer el prospecto de la *Institution* Santa María dirigida por la Compañía de María y el 2 de agosto siguiente el padre Lalanne pudo presentar a los padres de los alumnos la comunidad de religiosos marianistas como los nuevos propietarios del centro. Les explicó que los religiosos de María estaban totalmente dedicados a la educación de sus alumnos, que “enseñan a los niños en general, y con preferencia a los más pequeños, a conocer y a amar a Dios; os lo puedo decir sin respeto humano y sin ostentación, y únicamente porque hay que decirlo, tal es la humilde profesión de los Hermanos de María”. El colegio matriculaba en el curso 1854-1855 a 124 alumnos, en condición de internos y mediopensionistas, distribuidos en 61 alumnos de Latín (bachillerato clásico) y 63 de Francés (bachillerato moderno), atendidos por diez religiosos marianistas, de los cuales cinco eran hermanos obreros empleados en la cocina, la portería, el mantenimiento de la casa y un cochero. La obra con sus religiosos quedó adscrita a la Provincia de Burdeos⁸⁵. De esta manera, el Consejo General estaba en comunicación inmediata con el colegio marianista que con tanto deseo se había querido tener en la capital del país.

Mientras la Compañía dirigía el Colegio de la calle Bonaparte, en septiembre de 1853 el Arzobispo de París, monseñor Sibour, encomendó al padre Lalanne –quien todavía figuraba fuera de la Compañía de María- la dirección de la sección eclesiástica de Altos Estudios de la *École des Carmes* (cuna del futuro Instituto Católico de París) en colaboración con monseñor Cruice. Desde que se supo la noticia, ya el 3 de agosto la Administración General por carta de don Domingo Clouzet le felicitó: “hay que bendecir al Señor por lo bien que arregla todas las cosas; y también a María porque también ella está llena de solicitudes para todos sus hijos”. La *École* había sido fundada para ser una suerte de Escuela Normal Eclesiástica donde los futuros sacerdotes pudieran adquirir “una instrucción literaria y científica lo suficientemente amplia y elevada que les capacitara para responder a todas las exigencias de la enseñanza, al mismo tiempo que poder alcanzar los más altos grados académicos”. Al frente de la sección eclesiástica de lo que con el correr de los años sería el Instituto Católico de París, el padre Lalanne convivió con eminentes eclesiásticos del momento: el director de todo el centro, monseñor Cruice, el sabio Dübner y el capellán Lacordaire. Lalanne se entregó con pasión a esta obra en la esperanza de proporcionar el mayor bien al clero francés. Compuso un curso de literatura e impartía a los seminaristas frecuentes conferencias pedagógicas. Con sesenta años, Lalanne se hallaba en la cima de su fama pedagógica. Circunstancia por la que fue reclamado

⁸⁴ Datos tomados en AGMAR: RSM-Claude Benoit Meyer; sobre el destino a París, carta del P. Meyer al P. Caillet, París, 2-VI-1851, en AGMAR: RSM-16.

⁸⁵ Primer Prospecto del colegio (12-VI-1852) en AGMAR: 24.1.125; Personal y alumnos en los *Tableau du personnel et des établissements de la S. M.* de los años de 1853 y de 1855 y en Cada, *Early members*, 461.

por monseñor Buquet, Vicario general de París, para tomar la dirección del famoso Colegio Stanislas, en relevo a su director el padre Goschler, que se jubilaba.⁸⁶

El prestigioso colegio parisino de *Stanislas* tenía su origen en la *Maison d'éducation* fundada el 15 de agosto de 1804 por el padre Liautard en la calle de Notre-Dame-des-Champs. Liautard unió a la exigencia académica una intensa vida cristiana, en modo tal que la síntesis de ambos conceptos pronto atrajo alumnos de toda Francia y hasta del extranjero. En pocos años llegó a contar con 500 escolares, entre ellos en 1814 al joven Juan Bautista Lalanne⁸⁷. A la retirada del padre Liautard, la obra continuó su marcha próspera y en 1821 el centro obtuvo por Ordenanza real el pleno ejercicio docente, puesto bajo la tutela de la *Univesité*. Esto significaba que la enseñanza era impartida por profesores universitarios, seleccionados por el director del centro y la administración, disciplina y vigilancia era responsabilidad del director o institución –religiosa o civil- propietaria del colegio. Al año siguiente, el rey Luis XVIII le impuso el nombre de *Stanislas*, en recuerdo de su bisabuelo, rey de Polonia y protector de las ciencias y las letras. En esta privilegiada posición legal, el Colegio se puso bajo la dirección de prestigiosos eclesiásticos, entre ellos, en 1838, el filósofo padre Gratry, quien creó una Escuela preparatoria para alumnos ya diplomados de bachillerato que se preparaban para ingresar en las Escuelas universitarias militar, de ingenieros navales, forestales, Politécnica, la Normal superior... El éxito de esta sección atrajo alumnos procedentes de las grandes familias de la nobleza, la política y las finanzas; gracias a lo cual, entre sus antiguos alumnos se enumeraban obispos, diputados y académicos. Pero la presencia de elementos liberales hizo descender el fervor religioso y la disciplina. En 1846 Gratry cedía la dirección al padre Goschler, que no pudo recuperar el primitivo fervor y la prestigiosa institución comenzó a perder alumnos y a contraer deudas. Vinieron luego la Revolución de 1848 y la epidemia de cólera de 1849, que acabaron por despoblar la casa, de tal modo que en 1854 no tenía nada más que un centenar de estudiantes.

Fue entonces, cuando monseñor Buquet, recién nombrado Vicario general de París y antiguo director del centro, recurrió al padre Lalanne con el que había coincidido como alumno de la *Maison Liautard*, para que tomara la dirección del Colegio. Lalanne pidió al padre Caillet que fuera la Compañía quien corriera a cargo de la deuda de 150.000 francos que pesaba sobre el Centro, como requisito para poder recibir la dirección. “La designación de los profesores depende únicamente de mi. Los beneficios y las pérdidas no recaen nada más que sobre mi. El colegio está puesto a mi nombre, a todo riesgo y bajo todo peligro”. Lalanne terminaba con estas palabras: “Este colegio Stanislas, donde tanto bien se ha hecho, me parece un regalo de la Santísima Virgen a la Compañía de María”. El padre Caillet era un meticuloso administrador; pero también un hombre de fe y participaba del sentimiento providencialista de la protección de la Virgen sobre la Iglesia que se había despertado a raíz de la revolución de 1848 y de la que el papa Pío IX estaba firmemente convencido. Caillet vio un signo de la voluntad de Dios para aceptar la propuesta del padre Lalanne, en el hecho que monseñor Buquet había recurrido al padre Lalanne el 8 de diciembre de 1854, día en el que Pío IX declaraba el dogma de la Inmaculada Concepción María. Caillet viajó a París para entrevistarse con monseñor Sibour, cuya intervención fue decisiva para que el Superior General aceptara que el padre Lalanne tomara la dirección del Colegio Stanislas.⁸⁸

⁸⁶ A. Albano, “L’abbé Jean Philippe Auguste Lalanne, directeur à l’École Ecclesiastique des Carmes (1853-1855)”, en *L’Histoire des croyants. Mémoires vivantes des hommes. Mélanges Charles Molette (Archives de l’Eglise de France-1989)* 489-495 y en AGMAR: Lalanne. RSM-22; la felicitación de la A.G. por Clouzet a Lalanne, Burdeos, 3-VIII-1853, en AGMAR: 24.1.177.

⁸⁷ Seguimos a Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 188 y sigs; Simler, *Vie de l’abbé de Lagarde. Directeur du Collège Stanislas* (Paris 1887) T. II; hay dos crónicas del colegio: *Le collège Stanislas, notice historique (1804-1870)* (Paris 1881) y *Le collège Stanislas (1804-1905)* (Paris 1905); y una historia reciente por Georges Sauvé, *Le Collège Stanislas*, ed. Patrimoines et Médias (Paris 1993).

⁸⁸ Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 190; cartas de Clouzet a Lalanne anunciándole que será director del colegio Stanislas, 18 y 27-XII-1854, en AGMAR: 24.1.195-197.

El 3 de enero de 1855 el padre Lalanne asumió la dirección de 109 alumnos en pésimas condiciones de disciplinas y económicas, en la caja sólo había 20'5 francos. Para hacer frente a esta situación se trajo de la *Institution* Santa María de la calle Bonaparte a don Félix Fontaine para ponerlo al frente de la economía. El señor Fontaine era un ecónomo eficiente y estaba en posesión del Brevet de capacitación de instrucción primaria elemental. Más tarde, después de las vacaciones de Pascua, se envió a tres religiosos, entre ellos al joven e inteligente seminarista don Luis de Lagarde para la dirección de la sección de pequeños. El 13 de abril el Ministro de Instrucción Pública prorrogaba por un año los privilegios de Stanislas como *Colegio particular en pleno ejercicio*. Por este reconocimiento Stanislas gozaba de las ventajas académicas de los colegios del Estado, pudiendo examinar a sus alumnos y emitir el diploma de Bachillerato, al tiempo que conservaba su estatuto de colegio privado de pago. Cinco días más tarde, el padre Lalanne era reconocido oficialmente como director de la sección de alumnos de primera enseñanza, llamada "Petit Stanislas". Lalanne no vaciló en depurar los alumnos indisciplinados para recuperar la buena reputación ante las familias. Sin castigos, sino apelando a la razón y a los buenos sentimientos y separando a los alumnos de enseñanza media de los bachilleres que seguían los estudios de la Escuela Preparatoria, Lalanne cambió el cuerpo de vigilantes seculares por religiosos marianistas y así volvió el orden y la buena educación a las aulas, cambió el talante de los alumnos y se pudo comenzar a educar en las prácticas religiosas.

El curso 1855-1856 el colegio contaba con 117 alumnos, de los cuales 57 en régimen de internado. El consejo de dirección lo formaban el padre Lalanne, director, el padre Leonardo Henry como subdirector y don Félix Fontaine era el ecónomo. Otros cuatro marianistas eran los prefectos de estudios y otros nueve eran hermanos obreros encargados de la cocina, portería, enfermería, comedor y vigilantes de internos. El claustro de profesores estaba formado por profesores universitarios contratados por la *Université*, pero seleccionados por Lalanne. Con esta distribución de tareas, el éxito estaba asegurado. Se debe notar que a partir de este año de 1855 el padre Lalanne se reintegró definitivamente a la Compañía de María, y no sólo como miembro de derecho –ya que nunca había dejado de serlo- sino de hecho.

Mientras el padre Lalanne se aplicaba a renovar Stanislas, en el curso 1856-1857 la Compañía había abierto en París, en la calle Berry, 16, en la otra orilla del Sena, una segunda *Institution Sainte-Marie*, en condiciones similares a la *Institution* de la calle Bonaparte: *Pension* de primera y segunda enseñanza con internos y mediopensionistas para jóvenes de familias de buena posición social. El primer director fue el padre Benito Meyer, quien había dejado su puesto de director en la *Institution* de la calle Bonaparte para dirigir este nuevo colegio. Los alumnos no alcanzaban a cien y la comunidad religiosa la formaban 17 marianistas, de los que 8 eran profesores y el resto hermanos obreros⁸⁹. Los tres colegios que la Compañía dirigía en París quedaron adscritos a la Provincia de Burdeos, cerca de la Casa Madre, a fin de seguir de cerca el desenvolvimiento de estas tres obras escolares en la capital del país. Y cuando a finales de 1860 la Administración General trasladó su sede a París a la *Institution Santa María* de la calle de Berry, inmediatamente, en enero de 1861, se erigió una nueva Provincia de París, con estas tres casas como núcleo principal.

Entre tanto, el padre Lalanne estaba entregado a modernizar y completar el programa de estudios de Stanislas con asignaturas modernas y buscando el equilibrio entre las ciencias y las letras. Este trabajo produjo sus frutos: el 11 de septiembre de 1857 el Colegio recibió del Ministerio de Instrucción la confirmación de su régimen de Colegio particular (con el rango oficial de Colegio dependiente de la *Université*, pero sin subvención estatal) con libertad para componer tanto el personal docente, elegido entre los profesores universitarios, cuanto para modificar el reglamento. La Administración General estaba encantada con que fuera la Compañía quien dirigiera

⁸⁹ Albano, *Lalanne, Notice historique*, 203 (nn. 398 y 399) y *Tableau du personnel e des établissements en 1860*, 3.

este prestigioso colegio con tantas ventajas legales y pedagógicas, pues reunía el ideal de la pedagogía marianista que podía ofrecer “a los padres y a los alumnos la doble garantía de la ciencia y de la moral; ventajas tan preciosas que no había empacho en reconocer que no hay otro colegio del mismo grado en todo París”. En estas óptimas condiciones, y después de maduras reflexiones al reconocer las cargas económicas que caerían sobre la Compañía, el Consejo General determinó comprar Stanislas en la firme creencia “que era una ocasión preparada por la divina Providencia para que nos estableciéramos más firmemente en París; nuestro deber ha sido no dejar escapar la ocasión”; y en la sesión del 8 de diciembre de 1857, se tomó la decisión de comprar el Colegio por la cantidad de 345.000 francos, del que se hizo un primer pago de 100.000 fr.⁹⁰

A partir de este momento se elaboró una estrategia común para asegurar la vida y la prosperidad de los tres colegios que la Compañía dirigía en París: al colegio Stanislas se dirigirían los alumnos que terminaban su escuela primaria en las dos *Institutions* Santa María, de la calle Bonaparte y de la calle de Berry. Con este objetivo se daba continuidad a la educación intelectual y a la dirección moral de los niños que a sus 12 ó 13 años terminaban sus estudios de primera enseñanza, al tiempo que se aseguraba al prestigioso Stanislas un alumnado fiel, educado en el estilo marianista. En todo momento se contaba con un demanda escolar segura entre las familias burguesas que pedían educación religiosa para sus hijos. Haciendo pie en París, la Compañía contaba con el emplazamiento idóneo para que sus religiosos tuvieran ocasión y medios para perfeccionar sus estudios religiosos y civiles, ahora necesitados de las licencias universitarias para impartir clase en los colegios de segunda enseñanza. Aunque en un primer momento el cuerpo docente estaba formado por profesores universitarios –lo cual era una ventaja para la Compañía que podía dirigir un colegio con gran ahorro de personal religioso- se esperaba que algunos marianistas se integraran en el claustro de profesores para asegurar la filosofía educativa de la obra. No se ignoraba el enorme sacrificio económico que comportaría reflotar un colegio cuyo prestigio había decaído tanto.

Las esperanzas de la Administración General no quedaron defraudadas. Las matrículas de alumnos comenzaron a subir, en tal modo que en noviembre de 1858 contaba con 180 alumnos y en 1859 se tuvo que suprimir el internado de pequeños y medianos para aumentar las clases pues en el curso 1859-1860 matriculaba a 200 alumnos de los cuales 115 eran internos. Pero, ante todo, se recuperó el nivel académico con buenos resultados en los exámenes; cambió el comportamiento de los alumnos y renació el espíritu cristiano. Así, el colegio recobró su salud económica y aunque al principio la Compañía tuvo que correr con los gastos de funcionamiento, ya en el 1858, al año de la adquisición, el Colegio pudo pagar por sí mismo sus propios gastos; y se esperaba que diera para terminar de pagar el precio de su compra.

Asegurado el alumnado, el padre Lalanne vertió sobre Stanislas todas sus dotes pedagógicas. En 1858 instituía la Academia de Emulación Literaria, apadrinada por el duque de Noailles, antiguo alumno y miembro de la Academia francesa. El programa de sesiones solemnes reunía dos veces por año a los mejores alumnos y durante el curso se tenían las sesiones particulares de las clases; sesiones que ejercían la mejor influencia académica sobre los alumnos.⁹¹ Además, se emprendieron una serie de obras de ampliación y mejoras. El señor Director consiguió que la Administración Provincial autorizase la construcción de una iglesia colegial, acabada en un bello neorrománico y bendecida en 1859 por el antiguo director y ahora obispo de Parium, monseñor Buquet, en presencia de las autoridades académicas.

El objetivo de fondo para poseer en París una obra educativa era trasladar la sede de la Administración General desde Burdeos a la capital de la nación, que bajo el

⁹⁰ P. Fontaine, “Rapport sur l’état Société de Marie présenté au chapitre general de 1858”, p. 23, en AGMAR: 51.3.11., al que seguimos; cfr. Albano, *Lalanne, Notice historique*, 202-203 y 407 (nn. 395 y 396).

⁹¹ Sobre la Academia del Colegio Stanislas, cfr. Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 218-221, donde explica la organización y funcionamiento.

Segundo Imperio se transformaba también en la capital religiosa. En los días finales de 1860, la Administración General abandonó su sede de la Magdalena, en Burdeos, y se trasladó a París, a los locales de la *Institution Santa María* de la calle Berry. No iba a permanecer mucho tiempo en este lugar porque en julio de 1861 abandonó los locales de la calle Berry para venir a instalarse en un palacete comprado junto al Colegio Stanislas. En efecto, el 9 de julio de 1861 la Administración General adquirió el palacete de la marquesa Cristina Trivulzio, princesa de Belgiojoso, cuyo parque era colindante con los campos de recreo Stanislas, con la finalidad de poner su sede en esta nueva residencia; como así se hizo inmediatamente después de la compra.⁹²

La nueva propiedad de Belgiojoso permitió traer aquí la *Institution Santa María* de la calle Bonaparte. Aprovechando que se cumplía el plazo de alquiler del inmueble de este Colegio, los Superiores mayores determinaron trasladarlo a un edificio en la misma finca de la residencia de la Administración General, con la entrada por la calle de Rennes. Así, al comenzar el curso 1862-1863 la *Institution Santa María* transfirió su sede a la propiedad de Belgiojoso, en un solar yuxtapuesto al Colegio Stanislas. La *Institution Santa María* quedó vinculada a Stanislas por un subterfugio legal de los directores marianistas de ambas casas y de la Administración General, que consistió en suprimir legalmente la *Institution* y en unir sus alumnos con los alumnos de la primera enseñanza de Stanislas. El Rector de la *Université* y los padres de los alumnos dieron por bueno el cambio legal.

A partir de este momento el Colegio Stanislas fue un único establecimiento escolar en el que la *Institution* quedó vinculada como sección de primera enseñanza con el título de “Petit Collège Stanislas, division Sainte-Marie”, en relación al “Grand Collège” Stanislas con alumnos de bachillerato elemental y superior y bachilleres diplomados alumnos de la Escuela Preparatoria a las Escuelas especiales, militar, ingenieros, Normal superior... La *Institution Santa María* conservó su propia vida de familia, pues a diferencia de Stanislas, todos los profesores, vigilantes y personal de servicio eran marianistas; si bien, ante la *Université*, el “Petit Collège” era una sección del Colegio Stanislas. Pero ante la Compañía de María eran dos obras independientes con sus respectivos directores y sus dos comunidades religiosas distintas. Cada año, la nueva promoción de alumnos que terminaban sus estudios, formados en el espíritu religioso y en el rigor académico marianista, pasaban al Gran Colegio, en tal modo que Stanislas acabó por quedar bajo la total influencia religiosa, moral e intelectual propia de la pedagogía marianista.⁹³ Así fueron tres los establecimientos escolares que la Compañía mantenía en París, el gran Stanislas (entrada calle Notre-Damme-des-Champs), pequeño Stanislas (entrada calle de Rennes) y a la otra orilla del Sena se encontraba la *Institution Sainte-Marie*, en la calle Berry, llamada desde 1863 calle Valois y seguidamente “rue de Monceau”. A parte se encontraba la sede de la Administración General con el Escolasticado superior, todos ellos en la calle Montparnasse, 28.

Gracias a estas mejoras, el Colegio Stanislas contaba en el curso 1863-1864 con 300 alumnos de los que 202 estaban en régimen de internado, había 86 mediopensionistas y sólo 12 eran externos. La comunidad marianista la componían 24 religiosos dirigidos por el padre Lalanne (quien en enero de ese mismo año 1861 había sido nombrado Asistente General de Instrucción), con la ayuda del joven sacerdote Luis de Lagarde como subdirector, el padre Garnier como capellán y don Félix Fontaine de ecónomo. En su calidad de Asistente de Instrucción, Lalanne destinó a Stanislas a marianistas jóvenes para que estudiaran con los alumnos del Colegio el Bachillerato o los cursos de Ciencias y Filosofía en la Escuela Preparatoria. En 1865 Lalanne organizó la Asociación de antiguos alumnos, llamada a desarrollarse y a

⁹² Sobre la compra de palacete Belgiojoso, en Albano, *Lalanne, Notice historique*, 202-207 (nn. 412 y 414), en AGMAR: 233.5 y 233.6.1-2; sobre el traslado de la A.G. desde Burdeos a París, con la autorización imperial y episcopal, en Albano, *Lalanne, Notice historique*, 386-387 (n. 305).

⁹³ Sobre la *Institution Santa María* en Stanislas, Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, 242-243; Albano, *Lalanne, Notice historique*, 208-209.

mantener entre sus afiliados fuertes lazos de hermandad, tal como ocurrió con el futuro rey de España, don Alfonso XII, estudiante en el *Petit Collège* durante el curso 1869-1870, circunstancia que ayudaría para establecerse en España en 1887. Al año siguiente creó y publicó el *Anuario* del Colegio, en el que recogía toda la documentación académica del curso. Lalanne estuvo al frente del Colegio hasta el 24 de junio de 1871, en que los superiores le destinaron a la dirección del su homónimo de Cannes; entonces le relevó el padre de Lagarde, quien continuaría mejorando la organización del centro, sostenido sobre el espíritu y la pedagogía marianista.

También los otros dos colegios marianistas de París eran grandes instituciones educativas. En el curso 1863-1864 la *Institution* Santa María, ahora "Petit Collège", matriculaba 156 alumnos, 43 en régimen de internado y el resto mediopensionistas. Era director el padre Luis Chopard, asistido por el joven y prometedor padre Carlos Demangeon. El total de religiosos era de 20 hermanos, de los que 8 eran profesores y los restantes empleados en el mantenimiento doméstico. Más modesta era la otra *Institution* Santa María de la antigua calle Berry y ahora de Valois. Matriculaba a 125 alumnos de primera enseñanza, 30 internos y 39 mediopensionistas. El padre Benito Meyer dirigía el colegio y una comunidad de 16 religiosos, de los cuales 8 eran hermanos obreros. Evidentemente, los resultados favorables confirmaron el deseo de la Administración General de asentar firmemente la Compañía de María en la capital política, cultural y financiera del país. La apuesta de hombres y de capital fue enorme; por la adquisición de los inmuebles escolares y sede de la Administración General se desembolsó la inmensa suma de 1.663.000 fr., a pagar a largos plazos con hipotecas, créditos bancarios y préstamos de particulares y, sobre todo, con el trabajo y el ahorro de los religiosos.⁹⁴

⁹⁴ Datos de alumnos y personal religioso tomados de *Société de Marie. Tableau du personnel de établissements en 1864*, pp. 1 y 2; los gastos fueron: Stanislas= 330.000 fr; calle Montparnasse, 28 (sede de la A.G.)= 352.000; sede del Petit Stanislas=150.000; y colegio en la C/ Berry (luego de Valois)= 858.000, cfr. D. Félix, en la Memoria económica al Visitador Apostólico, Mns. Donet, París, 7-III-1868, en AGMAR: 53.1.34